
F. PROAÑO
EN
CENTRO-AMÉRICA
BIBLIOTECA
DE LOS



EN CENTRO-AMÉRICA



DON FEDERICO PROAÑO

ILUSTRADO PERIODISTA Y ESCRITOR FESTIVO

FEDERICO PROAÑO

EN CENTRO-AMÉRICA

ARTÍCULOS LITERARIOS

— 1884 —



LIBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
Avenida Cinco de Mayo, 45

1912

A mi nunca olvidada amiga Dña Carlota de Kelly; un recuerdo de mi papá.

Bolivia

Santa Ana Abril 10-1912

ESTE LIBRO

Al través de mis peregrinaciones y desdichas he logrado salvar de mis naufragios y conservarlos como joyas preciosas, los escritos de Federico Proaño, que reunidos en este volumen se publican por primera vez en esta forma, por cuenta de la acreditada casa editora de la Señora Viuda de Ch. Bouret, á quien he cedido la propiedad literaria.

En vano fué que buscara el apoyo del que, por el hecho de haberse llamado amigo de Proaño en el destierro, y estar después en la cúspide del poder en su país, tenía el deber de ser el primero en interesarse por salvar del olvido la memoria de su compatriota, siquiera por los grandes méritos que adornaron á éste como escritor y sobre todo como hombre de noble corazón y altivo carácter.

Seguro estoy de que la nueva generación de cultivadores del arte literario en Hispano-américa, gozará con la lectura de esta obra.

De mil amores, si yo fuera literato, escribiría aquí la biografia de Proaño : que la haga quien entienda de esos achaques : me conformo con escribir estos renglones, sin ilación ni concierto, para decir tan sólo que la publicación de este libro es en homenaje á la memoria de su autor que, lanzado por la tiranía de su país, El Ecuador, vivió en mi patria, Centro América, y allá murió en 1894, entre la nostalgia y el desengaño.

A nadie con más razón y justicia tengo que dedicar esta obra que á la hija del ilustre proscrito : Doña Bolivia Proaño, viuda de Olmedo, residente en El Salvador : reciba esta pequeña prueba de afecto y simpatía, que el último de los amigos y admiradores de su ilustre padre le dedica como tributo á su memoria.

Alejandro MIRANDA.

Panamá, 5 de junio de 1911.

UN LIBRO DE PROAÑO

En 1884, residiendo en la República del Salvador, escribió Federico Proaño una colección de artículos humorísticos y serios : llámalos el autor cosa de pasatiempo, no obstante estar saturados de una sana filosofía y ser, en la forma y en el fondo, trabajo muy digno de competir con obras y labores que presumen de más alcance y trascendencia.

Federico Proaño es un verdadero literato : artículos hay en su colección, « la Gloria », « Tres plumas », « Horas perdidas » y otros, que constituirían por sí solos la reputación un de escritor y la fama de atinado y profundo observador de cosas, costumbres y tiempos. El fuerte de Proaño es el análisis : no se hizo anatómico en los anfiteatros, pero lo es en la sociedad, en los hábitos públicos, en los sentimientos, en la conciencia. Donde la

generalidad de las gentes no encontraría sino un accidente ó un fenómeno, Proaño encuentra toda una serie de concausas y de motivos, que vuelve, estudia, desmenuza y aquilata con atención imponderable y con una fuerza penetradora que admira.

El estilo de Proaño es para él sencillo; para los demás dificilísimo, por lo original y vigoroso: castizo, purista, exacto en el juicio, diciendo siempre lo que quiere decir sin palabra de más ni de menos, corresponde á la corta falange de escritores que merecen ese nombre y á la primera fila entre los que hablan y escriben el hermoso idioma de Castilla.

A Proaño, como á tantos otros que han tenido la desgracia de nacer en una época transitoria y conturbada, faltóle el apoyo de circunstancias que le permitieran volar hasta las últimas cumbres, en la paz del ánimo y en el pasar sereno que las tareas literarias exigen; no le faltan alas sino espacio, alegría, estímulo: mal avenido con la existencia del proscripto y con la amargura de no ver el fruto moral de privaciones, sacrificios é incansables esfuerzos por la santa causa de la patria y la no menos sagrada de la libertad.

Y con esos torcedores y conflictos del alma, y á pesar de ellos, es sin embargo Proaño distinguidísimo literato, grave pensador, temible polemista y corazón entero.

Tenía un amigo íntimo, en su ilustre compa-

triota Juan Montalvo : en 1885 le envió á París su colección de artículos. « Ayer leí, le respondía Montalvo, tres de sus artículos. Excusado es decirle que el autor del « Times » está allí en alma y corazón : hacía tiempo que deseaba ver algo de Ud. : el cuaderno es magnífico : procure difundirlo ». El juicio de Montalvo vale por el de una Academia, pero Proaño no procuró difundir nada; ahí ha dormido su colección hasta hoy en que los suscritores al « Diario » podrán saborearla, y ojalá todos la aprecien en lo que vale.

Sea advertido que ni de estas líneas que preceden sabe nada Proaño, ni yo he querido echarle incienso, mirra ni otro humo de ninguna clase, sino hacer un poco de justicia al donaire, la gracia y la pureza del escritor, á su reflexivo carácter y á sus ideas generosas, liberales y humanas. La critíca, como la hace Proaño, crítica impersonal, sin hiel ni odio sañudo, enseña y corrige y obliga á meditar, al contrario del pugilato grosero que hiere sin dar enmienda ni enderezamiento.

Valero Pujol.

ARTÍCULOS LITERARIOS

DE

FEDERICO PROAÑO

Ingenioso y picaresco, como siempre, dices que tu « Colección de Artículos », no vale un pito; pero que se vende á cuatro reales.

Yo deseara, humanista como tú, y elogiado por nuestro inmortal amigo Juan Montalvo y por otros célebres literatos, escribir artículos, á estilo tuyo, aunque *no valiesen un pito*, ni se vendiesen á *cuatro reales*. ¡ Son tan buenos, tan castizos, tan instructivos y tan ingeniosos !

Como soy aficionado á los clásicos, que tú has estudiado y recuerdas mucho, te digo, al partir, imitando á Cervantes :

« *Puesto ya el pie en el estribo*
« *Sin las ansias de la muerte,*
« *Mi buen Proaño, ésta te escribo :*

Te escribo para expresarte que tus artículos serán solaz de entendidos lectores, y por lo ingeniosos y castizos, honra y prez de las letras hispano-americanas; te digo que tus artículos pasarán, de mano en mano, como se afirma de cosas tradicionales, entre las gentes que hablan nuestra castellana lengua, y gozan con las invenciones y donaires del ingenio.

Grande es tener genio, como Homero, como Virgilio, como Dante, como Shakespeare, como Calderón y como Víctor Hugo. Pero los genios son para pocos. Lindísimo es tener ingenio como tú, Lesage, Larra, Juan Martínez Villergas, Leopoldo Alas y Joaquín Pablo Posada. Sin que aventajes, en muchas de sus dotes á los últimos escritores citados, tienes el privilegio de los ingenios que avasallan á las mayorías. Prueba de esto tu preciosa « Colección de Artículos literarios. » Me deleito leyéndote, y espero que de igual manera se deleitarán todos tus lectores.

Ya que eres tan correcto escritor, ya que tienes ingenio tan agudo y fecundo, busca, como te he manifestado siempre, la escuela del Derecho, para que si en tu bello Ecuador y en nuestro grande istmo de Centro-América no prevalecen las verdaderas instituciones republicanas, al menos se recuerde por la Historia que los que sienten y los que piensan, y tienen lenguaje propio y propio estilo, protestan contra los atentados de la fuerza bruta, ya provengan de la negra teocracia, ya provengan de la churrigueresca *canallocracia.*

Detesto la inquisición de los frailes que se valía del brazo secular; pero más detesto la inquisición civil que se vale de su propio brazo, para cometer enormes crímenes en nombre de la República!

Me dirás, Proaño, que á nada conduce lo que te expongo, pues, tus artículos son literarios, y no tienen que ver con Libertad ni con República. Equivocado estás si así juzgas. ¿Por qué emigran, en nuestra América Latina, los que representan industrias, ciencias, artes y letras? Porque el despotismo, bautizado con distintos nombres, no les deja atmósfera respirable. Todo se relaciona y se mezcla en el mundo social y político: las letras con la ciencia; la ciencia con el derecho; y el derecho con la fuerza que debe servirle, no más, que de garantía: cuando no se sabe, ó no se quiere hacer distinción de tales cosas, tú que eres entendido en ciencias y letras, podrás conceptuar que para nuestras sociedades sólo quedan dos extremos: ó la teocracia ó la *canallocracia.* Mil veces felices los pueblos que, como los Estados Unidos y la Suiza dan ancho campo al individuo, á la familia, á la patria, á la humanidad, á la religión, á la ciencia, al arte y al estricto cumplimiento de las leyes! Si tú vivieras en tales países escribirías mucho mejor que lo que escribes. Tendrías toda la espontaneidad de tu ingenio, y todo el vigor y brillo de tus inspiraciones.

Podrás afirmarme que poco me he ocupado en tus artículos que, en mi sentir son lindísimos, y afir-

marás lo cierto, si tal afirmas; pero mi dejación, talvez culpable, proviene de que deseo que tu claro y cultivado talento lo dediques á abogar por el triunfo legítimo de las instituciones del Ecuador, y de instituciones estables en este hermoso istmo de Centro-América.

Que vuelen, en alas de la fama, tus selectos artículos literarios, que nunca desdecirán del nombre que has adquirido por la virtud del trabajo, del estudio y del talento; y que guardes en tu carazón, conservando estas breves é improvisadas líneas, un recuerdo de tu viejo amigo que regresa mañana á sus nativas montañas.

Guatemala, 30 de diciembre de 1890

RAMÓN ROSA.

CARTA DE J. J. PALMA

Mi querido Proaño :

Acabo de leer tu libro, y he gozado mucho en su lectura, es tan bello!

Pero lo he leído con el corazón, y no puedo juzgarlo, sino sentirlo.

Además, como toda crítica necesariamente tiene que ser científica y como yo no poseo las ciencias, mis juicios serían indoctos y baladís; así es, que me conformo con admirarte y manifestarte lo que siento.

Otros podrán decirte cosas más luminosas y profundas, pero no más sinceras.

Tu libro es bello, porque es original. En cada una de sus páginas brillan palpitantes las donosuras de tu ingenio raro y lleno de tantas gallardías.

Está escrito en castellano puro y limpio. Su forma es ligera y perspicuo su estilo.

En él hay iras, amarguras, y mucho desdén por los hombres y sus miserias. Tu libro está lleno de risa; pero de la risa inmortal de Rabelais.

Y á propósito, dice Coquelín *Cadet*, que la risa de Augier es intensa y resplandeciente; la de Henry Becque, negra; la de Octavio Feuillet, rosada.

Y yo creo, que la tuya, es amarilla, como las hojas de otoño, y fría como el mármol de las fuentes.

Leyendo tu libro, se me antoja creer que cuando tú escribías esos artículos picarescos y rientes, en lo profundo del corazón, allá donde se ocultan las lágrimas que no deben derramarse, recitarías la inmortal quintilla de Florentino Sans:

« Hay risas de Lucifer,
risas preñadas de horror;
que en nuestro mezquino ser,
como su llanto el placer
tiene su risa el dolor. »

Pero al menos consuélete saber que en el género satírico de crítica social, que es el que tú cultivas, te distingues con ventaja en nuestra América latina.

En tus escritos brillan todos los donaires del opu. lento idioma español, y todo el chisporroteo de tu talento cáustico, festivo y avasallador.

Tienes ingenio y una instrucción múltiple y nu-

trida; tu estilo es propio, y tu gracia ingénita, por eso eres un escritor notable.

Tú, de la cosa más baladí, formas un cuadro brillante y encantador. Tienes el talento del detalle en grado extraordinario, y cuando analizas las debilidades ó vilezas de la *bestia humana,* eres incomparable, eres terrible.

Tu libro está lleno de nobles ideas. Lo has escrito con los ojos fijos en lo porvenir. Sus burlas envueltas en risas, chorrean sangre.

Eres inexorable con el pasado, y cuando vuelves hacia á él la vista desconsolada, descubres solamente las altas torres de las catedrales góticas, ennegrecidas por el humo de la inquisición.

Leer tu libro es conocerte íntimamente; en él, apareces en espíritu y en verdad, eso forma tal vez la cualidad más apreciable, su mérito indiscutible. Sus páginas son exactas fotografías de lo que pintas en ellas. En cada párrafo, puede admirarse algo espiritual, ingenioso ó peregrino.

En fin, parece escrito en Atenas, pero en los buenos tiempos de Pericles; eso es todo, y no debo decirte una palabra más, aunque las que callo. serían las mejores.

Te felicita tu envidioso admirador.

J. J. Palma.

ARTÍCULOS LITERARIOS

POR FEDERICO PROAÑO

Así se titula una colección de bien escritos artículos que el autor ha publicado en el Salvador, hace cosa de cuatro años, y que reunidos en un libro de 130 páginas están de venta en las librerías de esta capital, al módico, y por ende accesible precio, de cuatro reales ejemplar. Si el antiguo autor del *Taimesito* necesitase ejecutorias de escritor galano, correcto y bien intencionado, sus « Artículos literarios » serían más que suficientes para asegurarle un lugar distinguido entre los cultivadores de las letras españolas, porque campean en ellos, á la par de la pureza del lenguaje, tanto gracejo natural y tantas ideas sanas, que entretienen y enseñan deleitando y como quien no piensa en tal cosa. Privilegio es este de que sólo gozan los buenos estilistas

y los maduros pensadores que no necesitan ahuecar la voz y hablar *ex cathedra* para decir grandes verdades y producir el efecto que se proponen. Por eso es tan raro hallar escritores que sepan hermanar lo jocoso con lo serio, sin que el lector note este difícil artificio, que requiere, para ser convenientemente empleado, profundos conocimientos del idioma y del corazón humano y sentimientos nobles y generosos que opongan una valla infranqueable á cuanto pudiera trascender á chabacanería, herir susceptibilidades dignas de respeto ó pecar contra los preceptos del buen gusto. Este escollo lo evita Proaño con singular fortuna y habilidad, logrando decir las cosas más desagradables de una manera tan oportuna y tan culta, que lo punzante de la sátira se desvanece ante la rectitud de la intención y lo feliz de la frase.

José Leonard.

Fragmento de un artículo publicado en el número 714 de « La Estrella de Guatemala. »

PRÓLOGO EN DOS SENTIDOS

l primero, que es de broma, se hallará leyendo todo el renglón, sin tomar en cuenta el espacio blanco que separa las dos columnas, y el segundo, que es el verdadero, si se lee únicamente la columna que cae hacia la mano derecha.

AMIGO LECTOR.

Yo sé, y muy al dedillo, que
inque importa mucho más,
te agrada vivir de gorra
to es echar por echar: léelo con
ve Dios! por esta vez no has
al menos confiesa que no es
No es obra que merece aplauso
s mios no lo son, y en un padre
olvido de sus buenos hijos.
no en la gloria, por lo menos
le algo valen, nunca entre los
ndo los pobrecitos á caer
le los intonsos dependientes de
perdonan papel impreso y
iero sacarlos en paz y á salvo,
no les sirve ni su mérito,
ndo así ejemplo de hermandad
or cuanto diste, se entiende)
Si acaso amas el trabajo útil,
sabes lo que vale la impresión,
Marta no está para tafetanes,
trégale á las llamas; pero no
pone á tu disposición, y

El librejo que tienes en la mano
te ha costado cuatro reales;
me dirás que es caro; pero
paciencia, lo has comprado ya y
cometido una gran calaverada,
la peor de tu pícara vida.
Coleccionar escritos baladís,
es culpa que no puede perdonarse
Sé que mis artículos deben estar
donde se hallan otros muchos
que salen y mueren al instante
en manos de los mercaderes,
los boticarios y pulperos que
destruyen más que las polillas;
pero si deben ir al fuego eterno
que se vayan siquiera juntos
Hé aquí por qué te afrezco
la presente coleccioncilla.
Recíbela, pues, con benevolencia;
cómprala sin desdén : después
échala al olvido, y si te place
en unión del prójimo autor que
te desea salud y después gloria.

Federico Proaño.

San Salvador, Mayo 31 de 1884.

EN CENTRO-AMÉRICA

EN CENTRO-AMÉRICA

MI CUARTO

La elección de vivienda en esta capital y en esta dichosa época, es un asunto de vida ó muerte, desde que día y noche tenemos, á cada momento, temblores de tierra, que nos amenazan nada más ni menos que con echarnos á la cabeza la cubierta y las paredes de la casa.

Con el mismo amargo despecho que Galileo, estamos actualmente exclamando : *E pur si muove!* y creo que hasta los teólogos de la *Santa* Inquisición, convendrían conmigo sin zampuzarme en un calabozo, gritándome : *terra semper stat!*

Si se ha de vivir temblando, es necesario buscar una habitación de tal naturaleza que aunque las

fuerzas plutónicas de la tierra den los dos ojos de la cara por tumbarla, se queden con cien palmos de nariz, si es que las fuerzas tienen ojos y nariz.

Y tal es mi cuarto, que le conceptúo como una especie de casa de seguros contra los terremotos y la representación en madera y lienzo del principio de la inviolabilidad de la vida humana.

De aquí es que cuando estoy dentro de él y siento algún temblor, digo desdeñosamente con el portugués: *Non tembles, terra, que no os fago nada!*

Al hablar, pues, de mi cuarto, tengo que celebrarlo, aunque me ponga yo mismo en calzas prietas, y dé origen á que el dueño del terreno, entrando en mejor acuerdo, me suba el precio del alquiler.

Pero esto no es un inconveniente que me hará morder los labios.

Lo que en realidad me acobarda, es que al hablar de él, no puedo hacerlo con la propiedad que exigen la Gramática y el sentido común; porque principio por advertir que el adjetivo *mi* está mal empleado, desde que el cuarto no es mío, sino del dueño de la casa, quien puede entablarme una querella de despojo.

Luego caigo también en la cuenta de que no debo darle el nombre de *cuarto*, desde que su área no es la cuarta parte de la casa, sino una fracción igual á uno ochocientos mil avos de casa, quebrado *propio*

para su dueño, como he dicho, mas no para mí, diga lo que quiera la Aritmética.

Pero, pelillos al mar! yo debo tomar las voces conforme el uso me las da.

Lavándome así las manos, entro en materia, es decir en mi cuarto; si es verdad que ya me hallaba dentro de él antes de comenzar á escribir estas líneas.

Supóngase el lector un cubo hueco hecho de tablas, forrado de lona y colocado en el interior de una casa, sobre una área de 5 varas, y habrá dado con la naturaleza, figura y dimensiones de mi cuarto.

Cuando medito en la pequeñez del espacio en que me encierro, recuerdo que el Diablo Cojuelo y Cleofas dieron con cierto loco arbitrista, cuyo tema era la *reducción de los cuartos*, y tengo para mí que este maniático es el carpintero que acaba de construir mi cuarto, y que, no pudiendo realizar su tema en el campo de las Matemáticas, ha logrado practicar al menos la reducción de los cuartos de las casas.

Sin embargo, así me basta y me sobra, y con tal de que no sea el aposentillo del pilar donde fué encerrado el Príncipe de la Paz, ni el tonel de Diógenes, estoy contento y á mis anchas, y mas cuando considero que el cuarto ha sido fabricado únicamente para pasar los temblores de la temporada.

No soy discípulo de Aristóteles para echar bar-

zones y vivir paseando á la peripatético; por otra parte, no pienso dar ningún baile en este tiempo de sustos; si algún momento se me ofrece bailar, será de rabia, en vista de lo que pasa en este mundo pecador, y para un rigodón de esta clase me bastan dos palmos de terreno.

En el lado que mira al Oriente se halla la abertura de una puerta baja y sin ninguna hoja, con la que estoy muy satisfecho, por tres razones : 1ª porque de adentro miro siempre al Oriente, y por lo mismo el sol que nace, á guisa de buen político ; 2ª porque siendo baja no hay hombre grande que no se quite el sombrero y se incline profundamente al presentárseme hacia dentro, y yo me desvivo por hacer bajar el gallo y ver á los *grandes* de la tierra en semejante actitud ; y 3ª porque no teniendo ni una sola hoja de servicio, mi cuarto no llegará á ser ni *general*, pues semejante ascenso no me sería conveniente, por cuanto la habitación exclusiva de mi persona, llegaría á ser de la generalidad, como si viviera en tierra de comunistas.

La circunstancia de encontrarse en el interior de la casa está al colmo de mis aspiraciones, pues me place conocer los secretos é interioridades de las cosas, así como aborrezco las apariencias y puras exterioridades, razón por la que me causan dentera los diplomáticos.

Por lo dicho se colige que mi cuarto no está en los altos de la casa, sino en la mitad de un extenso patio.

Desde luego, me agrada gozar en el mundo de una *posición elèvada*, y tener, por ende, carta blanca para todo...; mas no estoy en esta época de temblores de trepidación, para elevarme muy alto como cuerpo liviano; prefiero como hombre *de peso* y en fuerza de mi *gravedad*, quedarme abajo; de suerte que cuando caiga, lo que sucede á menudo en esta vida, donde todos se dan de costaladas, no caeré de muy alto, como aquellos ambiciosos á quienes eleva en la sociedad el inconstante viento de la fortuna.

Declaro que mi habitación no tiene ninguna ventana; y por tanto, no puedo botar la casa por ella, así que, sin peligro puedo ser tesorero ó albacea, pues no tengo como derrochar los fondos. Oh! si los que manejan dinero ajeno tuvieran cuartos como el mío, otro gallo nos cantara!

Se asegura que los ojos son las ventanas del alma; continuando la metáfora, puede decirse que las ventanas son los ojos de la casa, y en este caso mi cuarto es ciego de nacimiento, lo que es una verdadera dicha, pues no tendrá que hacerse de la vista gorda, ni verá tantas cosas feas como abundan en la tierra.

Sin embargo, no faltan en él uno que otro agujerillo, por donde me entra mi parte de luz, de sereno y de aire, especialmente de este último, que es un personaje tan escurridizo, como ciertos hombres duchos que son capáces de colarse hasta por el ojo de una aguja del número 90.

Como la puerta mira hacia el Oriente, creo que en mi cuarto amanece el día antes que en los otros de la casa. Soy yo el primero á quien esa alegre loquilla que se llama luz, viene á besarme los párpados, á jugar con mis cabellos y á llenarme de blandas y amorosas caricias, á fin de que deje el lecho y descorra la cortina de la puerta, para dar libre y expedito paso al aire que, en ciertas mañanas, roza suavemente con sus alas las paredes de mi vivienda, como si el pobrecillo viniera cansado y desfalleciente á albergarse bajo mi techo, ó como si tratara de ganarle la delantera á su amiga la luz y entrar el primero á darme los buenos días.

El cielo raso de mi vivienda no se halla muy por encima de mi cabeza, y así debía ser; porque no soy un gigante como Anteo, ni mucho menos, y porque puedo ofrecer muy bien y fácilmente coger el cielo con la mano, como lo hacen los enamorados y los candidatos para los empleos públicos, que ofrecen maravillas la víspera y se olvidan de todo, una vez que han atrapado la cucaña.

Tal es, en resumen, mi cuarto, es decir el continente: para hablar del contenido, es menester de la cruz y los ciriales.

Con todo, pasaré revista de lo mejorcito que se encuentra sobre el petate que, *velis*, *nolis*, tendré que liarlo cuando Dios lo quiera.

Tres sillas que están unidas y, como muchachas malcriadas, dándose de codazos y pisándose los pies.

Una mesita que, por ahora, sirve de velador, de armario, de escritorio, de cómoda, de escaparate y de todo : sólo por estar en cuatro pies podrá la infeliz soportar el peso de los libros y de cuanto tengo sobre ella, y juzgo que es la que más desea que hubiera un terremoto de 360 grados de intensidad.

Un catre, que abusando de su naturaleza de fierro, trata de armar una de las de Dios es Cristo con la pobre mesa, á la que le está gritando : « retírese U. más allá ó le rompo las costillas. »

Un baúl, que es lo peor de mi ajuar; porque si es verdad que me guarda religiosamente algunos... papeles (ojalá fueran pesos), también es cierto que es el prototipo de la abyección. Como este pobre diablo tiene cara de baqueta, nada se le da vivir, á imitación de muchos hombres, postrado indolentemente á los pies de la mesa; eso sí en un profundo

silencio, merced al candado que le tengo puesto en la boca; porque creo que así deben estar los sujetos de su condición; ojalá en todas partes, esos muebles de los salones de los grandes, que se llaman aduladores, tuvieran la boca como mi baúl!!

Encima del lavabo, que de paso diré que es una silla sin espaldar y en tres patas, se encuentra un espejo, mueble que, con una severidad catoniana, me echa en cara mis defectos, cuando me acerco á él. Tiene su regular coramvobis, pero sucede que « por algunos puntos de la luna pasa libremente el sol », y además que está por independizarse de la tiranía del marco. Aunque todavía puede servirme, especialmente en esta temporada de temblores, en que puedo verme en él la cara después de un movimiento, para medir, por mi palidez, los grados de intensidad; sin embargo, muy en breve tendré que darle sus letras de retiro, y con dolor de mi alma; pero, en cambio, me quedará el consuelo de que todas las cosas de esta frágil vida podrán mirarse la cara en mi espejo, y exclamar con el Sabio : « vanidad de vanidades! » El espejo quedará entonces en el número de los cesantes, y esperando que se le destine en algo, y yo á la luna de Valencia, y deseando que esta fuera azogada para verme en ella la cara.

Con lo expuesto, el lector conoce mi cuarto, que

lo pongo á su disposición, puede ocuparlo con entera confianza cuando guste... después que hayan pasado los temblores y que haya cargado con mis trebejos á otra parte.



EL ESTÓMAGO

(PRIMER ARTÍCULO)

Heme aquí con la pluma en la mano y con la palabra *estómago* puesta sobre el papel. Diríase que iba á hacer una disección anatómica, si no se viniera en cuenta que no estudio para cirujano, que mi pluma no es escalpelo ni mi escritorio anfiteatro, y que el estómago que tengo entre manos no es el de un muerto, sino el de los vivos.

Á semejanza de tantos hombres que no tienen más cabeza que su estómago, va este artículo encabezado con esta palabra, que, aunque esdrújula, es por ahora para mí demasiado *grave,* por cuanto voy á tratar de un objeto de tanta gravedad y de considerable magnitud.

El tema no es muy nuevo que digamos : muchos han escrito sobre el estómago; aunque en verdad más son los que han escrito por el estómago. . .

Pero muy poco importa que no sea nuevo; así seré yo el único que no ande á caza de novedades.

Dicho lo cual, voy á tratar formalmente del asunto.

Cuenta la historia que Plotino, filósofo de Alejandría que vivió hacia el siglo II de la cristiandad, siempre que se ponía á comer lloraba inconsolablemente y como un niño.

¿Qué es lo que daba origen á esta extraña ceremonia de apertura en una comida?

La contemplación del filósofo, que en esos momentos conocía, mejor que nunca, que la pobre naturaleza humana había venido al mundo con estómago, y que se hallaba sujeta á la imperiosa y prosaica necesidad de comer.

Bien merecía este sabio haber nacido en aquellos mundos, cuyos habitantes, según la opinión científica de Flammarión, no están obligados al grosero trabajo de comer y de beber; porque el aire, más nutritivo que el nuestro, les basta para la vida.

Por el contrario, bien venidos fueron á la tierra Heliogábalo, Vitelio, el granadero Tarare y otros comilones y tragaldabas que nacieron para digerir, y que por cierto no se habrían visto satisfechos con

un almuerzo de gas oxígeno ó una cena de nitrógeno.

Plotino llorando delante de una chuleta de ternera ó de un plato de menestra, es, á mi modo de ver, más filósofo que en la cátedra, explicando en lo que consistía la esencialidad elemental del pensamiento.

Aplaudo de muy buena gracia su filosofía espiritualista, y hay que convenir en que fué un genio inimitable.

En estos tiempos de materialismo habría pasado por loco para los ignorantes y por estúpido para los sabios, como Huxley, para quienes los hombres, y eso haciéndonos mucho favor, somos nada menos que descendientes, en línea recta, del mono *chimpancé*, ó una especie de gusanos *que crecemos y avanzamos hacia la verdad, á medida que devoramos. . .*

Lo que galicanamente se llama el *buen tono*, hermanado con el buen gusto, hacen hoy en día, que al sentarnos á la mesa *abramos boca* con un *bitter* ó un *coktel*, y no con las lágrimas arrancadas por la filosofía neoplatoniana. La sublime idealidad de Platón nada puede en presencia del positivismo de un buen plato de *roasbeef*.

Si he visto llorar á alguno en la mesa, seguramente no ha sido en virtud del conocimiento de las miserias de la humanidad, sino á causa de la inhumanidad de la cocinera; no por el exceso de espiritualidad en

su ser, sino por el exceso de calor en el chocolate, que al primer inadvertido sorbo, le ha hecho saltar las lágrimas, sin que el paciente pudiera remediarlo.

Por lo que respecta á este vuestro seguro servidor, es preciso que os confiese, benévolos lectores, que si no he llorado como Plotino, más de una vez he maldecido contra la suerte de la humanidad, al considerar que el estómago es la causa de tantas negras iniquidades que hacen de la sociedad una gazapina abominable, y del mundo una Babel.

Ah ! el estómago, esta víscera tan inocente para los anatómicos, es el mayor y el más implacable verdugo del humano linaje.

Siniestro y bronco de carácter, es lo que se llama un sujeto de malas entrañas.

Sus preceptos no pueden ser objetados ni por la sana razón ni por la dulce y poética voz del amor.

Se aclimata fácilmente en todas partes y vive bajo todas las latitudes del globo ; es el mal universal.

Poligloto, habla en todos los idiomas y dialectos conocidos ; mas no por esto deja de ser ignorantísimo y ciego.

Ni cómo podría ilustrarse si su biblioteca no se compone sino de un solo libro, y qué libro ! el « Manual de Cocina. »

Duro é inexorable como la fatalidad, manda con despótico y ultrajante imperio. Alejandro, César,

Napoleón, todos los grandes dominadores han inclinado su cerviz ante él.

El mismo Dios-hombre escuchó la voz imperiosa del estómago; porque aun cuando asegure el Evangelista San Marcos que Jesucristo fué servido por los ángeles, durante los cuarenta dias que pasó en el desierto, San Mateo y San Lucas afirman que Jesús no comió y que al cabo de aquellos días tuvo hambre.

Satanás que, aunque no come, no ignora lo que son las exigencias del estómago, trató de aprovecharse de la coyuntura y dijo al Señor: « Si eres el hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan. »

Pero estaba escrito que el Diablo no había de salirse con la suya, y recibió por toda contestación estas palabras: « El hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. »

Hermosísimo pensamiento, pero bueno solo para escucharlo de los labios de Jesús.

En los demás hombres esto sería una amarguísima ironía, y quien lo repitiera contra el tentador maligno del estómago, correría el grave peligro de morirse literalmente de hambre.

Cuando el estómago habla, forzoso es escucharle en silencio. En vano se le replicará con la profundidad de un Tácito y la elocuencia de un Demós-

tenes, ni siquiera se dignará oír: *venter non habet aures*, dijeron por esto los antiguos romanos.

De aquí es que con razón se ha advertido á los que solicitan empleos y favores de los grandes de la tierra, que no lo hagan durante el cuarto de hora que precede á la comida; porque el vientre no tiene oídos.

Consejero depravado, el estómago ha encendido mil veces la guerra en el seno de las familias y de los pueblos.

Habla á los castos oídos de la inocencia, y la obliga á precipitarse en un abismo.

Convierte al discípulo de Cristo en Judas, y el Divino Maestro es vendido por menos de treinta reales.

Pone el puñal en manos del ignorante, lanzándole á las encrucijadas de un camino público, para que allí demande al transeunte *la bolsa ó la vida.*

Dirige la pluma del escritor público, y hace que estampe en cada frase una necedad y en cada página una infamia.

Vence con su lógica de acero al militar, y mancha de cieno sus estrellas y galones.

Juega con esos seres desgraciados que se llaman políticos, y con una sola de sus palabras les convierte en pulchinelas ridículos, en hombres sin honra, sin dignidad y sin nada de lo que merece la estima de los buenos.

Divinidad terrible, el estómago exige que se sacri-

fiquen en sus aras casi todas la especies de los reinos animal y vegetal.

Gusta alimentarse de cadáveres!

Todas sus órdenes llevan por sanción el *morte morieris* de la Biblia.

Hay que obedecerle buenamente.

No le deis por algún tiempo lo que os pide, y le oiréis exclamar como el Ugolino del Dante en la Torre del hambre, y escucharéis también el crujido de los órganos de su dependencia que, en su idioma, parecerán decir lo que le decían al infortunado conde sus hijos: « comednos á nosotros. »

Para acallar la voz imperiosa del estómago y tenerlo contento, no hay sino un remedio : comer.

Comer! he aquí una palabra que nos explica lo que es la prosa de la vida.

Sin embargo, ella es la constante aspiración del hombre, y la constante causa de sus desgracias.

Eva, por comer una *manzana* nos legó una herencia de males tan terribles, que de buena gana habría cedido mi porción en favor de la mortuoria.

Esaú perdió su primogenitura por comer un mal sazonado plato de lentejas.

Jonatás expiró por haber gustado con mucho gusto un poquillo de miel.

Y cuántos como Eva, Esaú y Jonatás conozco en el mundo!

Con razón lloraba Plotino . . . .

Nada me parece tan vulgar ni ridículo como el acto de comer.

El hombre civilizado de la antigüedad, hartándose en sus opíparas cenas, acostado muellemente en su lecho, y el de nuestra época, sentado á la mesa y batiendo las mandíbulas, cuando menos dos veces al día, qué escenas tan prosaicas!

¿ Y qué diré de las que nos ofrece el hombre salvaje?

Para horrorizarse con ellas sería preciso ver al australiano devorando, sumergido dentro del cuerpo de la ballena muerta que las olas arrojaron sobre la playa, ó asistir á las orgías de los esquimales, y ver á uno de estos infelices, como cuenta Lyon, adormecido, rojo el semblante y abierta la boca: á su lado la mujer, vigilando al esposo, con el objeto de introducirle en la boca gruesos pedazos de carne y grasa cruda, para que una vez completamente llena, comenzar también ella á roer la carne que cuelga de la boca del salvaje, quien, en el delirio de la dicha, permanece echado en tierra, gruñendo, de vez en cuando, con el semblante y el cuello chorreados de grasa, *hasta quedarse embriagado* de tanto comer.

En vista de cuadros como éste, hay que convenir en que el estómago, como la Circe de la fábula, convierte á los hombres en bestias.

De aquí es que la Iglesia católica ha querido hacer un bien, estableciendo la ley del ayuno, que es una sabia disposición, por la que se consigue que una parte de la humanidad se espiritualice un tanto, siquiera por el tiempo de cuarenta días al año.

Comer es el término antitético de pensar ; es el triunfo de la materia sobre el espíritu, y la preponderancia del polvo de la tierra sobre el soplo de vida comunicado por Dios al hombre.

Desgracia es que con eso y con todo haya que comer y sea necesario conjugar este verbo en todos sus modos y tiempos, porque á ello nos obliga esa maestra exigente, malhumorada, terca, regañona y fea que se llama Hambre.

Según la Gramática, este verbo es regular, y tan regular que, como dice el célebre Teodoro Guerrero « nadie deja de conjugarlo en el tiempo presente... El pasado es desconsolador : *yo comí*, es triste como todas las memorias muertas, y más para el hombre que no tiene la fortuna de ser animal rumiante : *comía*, no es pluscuamperfecto : la carencia de alimento para el mortal es el *imperfecto* de la vida. El *futuro* lo conjugan los cesantes, en sueños, clavados delante de la mampara de los ministros ; *comeré* equivale á decir : « Tendré asiento en el festín del presupuesto. »

Y para conseguir este asiento y conjugar este

verbo regular, ¡ qué de irregularidades se cometen !

Sujetos hay que deben formar en la ciencia zoológica un nuevo género : el de los *presupuestívoros ;* esto es, de los hombres que, por medio de intrigas y ruindades, consiguen que la patria, más que de lástima, de despecho, conjugue, á su vez, el imperativo del mencionado verbo, y les diga : « Come tú ! Comed vosotros del presupuesto ! »

Oh ! entonces es de contemplarlos con

« Las manos en su ración
Y los ojos en la ajena »,

reclamar la exclusiva para su aparato digestivo ; argüir y sostener que sólo ellos tienen el derecho de comer, y que los demás hombres están en la obligación de padecer por lo menos de dispepsia, ya que no de morirse de hambre.

Parece que no tuvieran otro sentido corporal que el del gusto, ni otra prominencia en el cráneo que aquella que los frenólogos designan como el órgano de la *alimentividad.*

Por lo que hace al alma, no hay duda, los *presupuestívoros* la tienen en el paladar.

Con un estómago á prueba de gastralgias é indigestiones, los nuevos Lúculos hallan la suprema dicha en los buenos bocados.

Nunca muestran la irradiación de la alegría en sus labios, sino cuando se abren para comer.

Á éstos hay que dominarlos *por la boca*, como alguien ha dicho, y como lo aconseja la sana política y la ciencia de los gobiernos.

Infelices! son los australianos y los esquimales de la civilización!

De lo dicho hasta aquí deduzco que la humanidad, mientras dure su peregrinación sobre este grano de arena que se llama mundo, tiene que andar inquieta haciendo sacrificios y manchándose hasta con el crimen, á fin de satisfacer la imperiosa y nada limpia exigencia de comer.

Con razón lloraba Plotino, á quien desde ahora tengo por el más ilustre de todos los sabios que nacieron con estómago.

EL ESTÓMAGO.

(SEGUNDO ARTÍCULO.)

Es cosa perfectamente averiguada que el hombre propone y Dios dispone. Resuelto me hallaba á continuar con mis habladurías contra el estómago en este mi segundo y último artículo; mas, he recibido, cuando menos lo esperaba, un golpe de gracia tan eficaz que, al estar á caballo como Saulo, me habría indudablemente echado á tierra.

Mutatis mutandis, he creído escuchar el « por qué me persigues » que oyó el Apóstol de las Gentes, y se ha verificado el milagro de mi conversión.

Si, pues, el error no está en cometerlo, sino en no repararlo, allá va mi reparación.

Como vivo en una época en que hay necesidad de

ser vano por sistema, so pena de pasarla muy mal, abrigo la vanidad de creer que también yo tengo público que me lea ; por ende me dirijo á mis lectores, á fin de que reformen su juicio, ó mejor dicho, el mío, respecto de lo que, no ha mucho, les dije al hablar del estómago y del verbo comer. Esto se llama cantar la palinodia ; pero á fé mía que ese es el mundo : con cantores y cantatrices de esta laya tropezamos todos los días . . . . , ...

He llegado, pues, á convencerme de que el estómago es la más grande dádiva de la Providencia, y la más convincente prueba de la bondad infinita de Dios. Con muchísima justicia aquel Reverendo de Tirso de Molina, engulléndose un capón y . . .

« Quedándose con los dos
Alones, cabeceando :
Decía, al cielo mirando :
Ay ama, qué bueno es Dios ! »

El verbo comer es el más regular y provechoso de los verbos de la Gramática, y la parte de la oración más necesaria para todas las *lenguas*.

Mal pude, por tanto, hablar en contra.

Platón, admirándose de haber encontrado *monstruos que comían dos veces al día*, y Plotino, llorando al sentarse á la mesa, son desde ahora para mí, con perdón de la Filosofía, un par de idealistas embus-

teros y muy dueños de un gusto, que indudablemente fué del número de los que merecen palos.

Comer : he aquí la vida! El famoso entimema de Descartes : « Pienso, luego existo », no tiene tanta fuerza como este otro : « Como, luego existo ».

Y no sólo es de más fuerza, sino más conforme con la verdad filosófica.

Los animales irracionales existen y no piensan, en lo que se igualan los infelices á ciertos racionales que, excepto la figura, parecen ser *ejusdem generis et speciei.*

La prueba, pues, de que unos y otros existen está únicamente en que comen.

Suprimamos el estómago, y no se alarmen los fondistas, que no es sino una suposición del momento.

¿Qué sería entonces del mundo? Fácil es preverlo.

En virtud del *creced y multiplicaos* de Dios, los peces no alcanzarían en los mares.

Las aves llenarían los aires.

Los cuadrúpedos serían tantos que andarían hombreándose con los racionales, que se calarían en los templos y hasta invadirían las salas de los congresos y de los tribunales, disputando á todos la jerarquía de orden y de jurisdicción.

Por otra parte, los árboles frutales y los demás

variadísimos productos del reino vegetal quedarían sin objeto en la creación.

Es una ley providencial que el hombre tenga que destruir y matar para alimentarse.

Sin el estómago faltaría el necesario equilibrio en la vida de los seres de la naturaleza.

De aquí es que en todo tíempo los hombres han dicho, siguiendo los consejos de la Higiene, la Filosofía y la Teología: « Comamos y bebamos, que mañana moriremos. »

Comer es verbo de la primera conjugación y el más *activo* de cuantos encierra el diccionario. Su acción recae sobre todo lo que vive sobre la tierra.

Es *primitivo*, no tanto porque no se deriva de ninguna parte de la oración castellana, cuanto porque estuvo en uso desde los primeros tiempos del linaje humano.

No es *defectivo*, porque se usa en todos los tiempos y por todas las personas. No hay, pues, defectos que tacharle, y antes que ser defectivo, podríamos llamarle *perfectivo*.

Alguien ha observado que si no es *sustantivo* es sustancioso, y que merced á la civilización, se le ha declarado *auxiliar*, en contra de lo que establece la Etimología.

En efecto, este verbo sirve para todo.

Auxilia á la Medicina, en lo más difícil de ella,

en el diagnóstico ; y como prueba, ahí está el aforismo científico : « enfermo que come no muere ».

Sirve de termómetro para el conocimiento de las personas. El adagio español lo atestigua, cuando dice : « Dime con quién comes y te diré quién eres ».

Se emplea para solemnizar debidamente las fiestas de la religión y de la patria ; por esto dijo Larra : « El vientre está encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. » De lo que se sigue que es hasta una prueba de la espiritualidad del alma humana.

Sirve este verbo, sobre todo, y de una manera especial, para ventilar y resolver las más arduas cuestiones políticas y sociales.

Pasó la época en que los filósofos decían á los que no lo eran lo que don Quijote á su escudero : « Come, Sancho, hijo, come tú que no eres caballero andante y que naciste para comer. »

El siglo XIX ha protestado contra el idealismo de los caballeros andantes, que tenían por maestro á Platón, y ha demostrado que la Filosofía no está en pugna con el estómago.

Muy al contrario, en los banquetes de hoy en día se come y se bebe *para activar la concentración del pensamiento*. . . . .

¿ Quién no sabe, por ejemplo, que los negocios de

Gobierno se dilucidan admirablemente en presencia de los manjares de la mesa ?

Yo sé que muchas transformaciones políticas se han meditado á la hora de los postres de un festín, y que más de un famoso conquistador ha salido de una alegre francachela. La copa de los banquetes del Canciller de Alemania, dijo un escritor, le ha costado á la Francia quinientos mil millones de francos y dos importantes provincias.

Dos hombres públicos, es decir dos *Excelentísimos*, ó dos *Usías*, ó dos *Honorables* señores, cuchicheando en presencia de algunos guisados y unas cuantas botas de jerez seco, me infunden un respeto que casi raya en temor ; porque no me queda duda de que esos grandes hombres, con el pretexto de comer y de deber, tratan de la resolución de algún intrincado problema económico que dé por resultado, cuando menos, la mejora de la hacienda propia y la bancarrota de la pública.

Hace ya tiempo que se ha observado que un político de la oposición con el tenedor en la mano, es más poderoso que Neptuno con su tridente.

Un padre de la patria, uno de tantos como tiene la desgraciada, armado con el cuchillo de mesa, es más imponente que el mismo Júpiter con el haz de rayos en la diestra.

Inmejorable y magnífico verbo es el comer !

Apenas se le conoce un ligero inconveniente : el de tener que pagar en la fonda cada vez que uno conjuga la primera persona del presente de indicativo.

Con razón se ha dicho : « Al yantar, *vitæ dulcedo !* al pagar, *ad te suspiramus!* »

Cometí la injusticia de asegurar que el estómago, aunque era poligloto y hablaba todos los idiomas conocidos, era ignorantísimo y ciego, por cuanto no tenía sino un solo libro en su biblioteca : « El Manual de Cocina. »

Qué libro mejor que éste? El sabor literario de todas las obras juntas no agrada tan generalmente como el de esta obra maravillosa, *escrita para todos los gustos*.

La pintura que hace Virgilio de los corderillos del pastor Coridon, no tiene tantos aficionados como una rebanada de pecho de cordero empanado y asado.

La sal ática de los versos de Horacio no es, para el común de los hombres, más agradable que una ensalada de coliflor con salsa de tomates.

Las estrofas del divino Homero, destilando la miel hiblea, no son más dulces y delicadas para todos los paladares, que los postres de huevos rellenos.

Y todas estas maravillas estomacales, de tan esquisito gusto y tan amena *lectura*, se encuentran reu-

nidas en el precioso « Manual de Cocina », obra inmortal á cuyas páginas deben tantas inspiraciones los más nobles *artistas* de estos tiempos : los cocineros.

Como el hombre abusa de lo más santo, nada quiere decir que el Emperador Vitelio haya conjugado mucho y muy á menudo este verbo, comiendo cuatro veces por día, según refiere Suetonio, y siendo doblemente *monstruo*, según la doctrina de Platón.

Nada importa que Heliogábalo haya sido inmoderado en el uso de los alimentos.

También Tito, el Emperador llamado la Delicia del género humano, prolongaba sus banquetes desde la hora de nona, en que comían los romanos, hasta la media noche, y á veces más.

El mismo Catón, el severo censor de su tiempo, era aficionado á los placeres de la mesa.

Comer ha sido y será en todo tiempo el encanto de la humanidad, y la delicia, no sólo de los malos, sino también felizmente de los buenos.

Y ¿qué es lo que se necesita para conjugar este verbo?

Salud y pesetas ; sobre todo pesetas. — En la fonda se expenden los alimentos como en la Curia eclesiástica las bulas de la cruzada : « por cuanto vos disteis. »

¿ Cuáles son los órganos precisos para la conjugación ?

La Fisiología responde: la faringe, el esófago, el estómago y los intestinos y glándulas anexas.

Este es el gran aparato sin el que no se concibe la vida.

Dueño y poseedor de él, cada hombre es una especie de laboratorio ambulante, una verdadera máquina de digerir.

Este laboratorio se halla al servicio del más sabio de los químicos, el estómago, que trabaja sin cesar, preparando en sus misteriosas retortas aquella sustancia blanca que se llama *quilo*.

Para este importante trabajo, los demás órganos hacen las veces de preparadores químicos de la oficina.

Y si no, escuchad por un momento, que aquí va toda mi erudición anatómico-fisiológica.

Con el *visto bueno* del olfato, que es el centinela avanzado del estómago, entra un alimento cualquiera en la cavidad de la boca; sea, por ejemplo, un competente trozo de *beefsteak* á la española.

El órgano del gusto, que es el portero del laboratorio, da inmediatamente cuenta al encéfalo por medio de una red de alambres telegráficos, que se llaman nervios.

Advertida la presencia y reconocidas las calidades

sápidas del recién llegado, se le extiende el pasaporte, y digo el *pasaporte*, porque nadie viaja libremente en tiempo de guerra, y en los dominios del estómago reina constantemente la revolución ; pero una revolución salvadora y muy diversa de las que surgen en ciertas repúblicas democráticas de origen latino.

Dado el pase, se ordena que no se le deje pasar como quiera, sino bien desmenuzado y bien molido.

Principia la masticación. Se cierra la boca por el orbicular de los labios, á fin de que el *beefsteak* á la española no intente salir para el exterior, despidiéndose á la francesa y gritando : « viva la libertad! »

Ciertos músculos de la cara entran en actividad y llevan la *battuta*, mientras las mandíbulas alientan de contento, separándose y juntándose repetidas veces, y aun moviéndose, de una manera imperceptible, de oriente á occidente y vice-versa.

Digo de oriente á occidente, tomando por norte la mesa, donde cada plato brilla como una estrella polar y vale más que la Osa mayor y todas las constelaciones juntas del polo boreal.

La lengua, á quien no le pesan los huesos, y que es la señora que inspecciona los quehaceres de la casa, empuja la sustancia alimenticia entre las muelas, como quien dice : « á moler, muchachas », y el trozo de *beefsteak* á la española baila de gusto la

jota aragonesa y el fandango, va de arriba abajo, de un lado á otro en la oscura y misteriosa bóveda; y si alguna de sus partículas logra salvar el arco dentario, la lengua se alarga, encorva la punta, la pasea por todos los rincones, á guisa de bedel celoso, y conduce suavemente á la extraviada para adentro.

Mientras todo esto pasa, las glándulas salivales, que son gentes de muy *buen humor*, se excitan y humedecen el bocado, preparándolo para la deglución, es decir, para que pueda resbalarse por la faringe y el esófago y llegar, de precipicio en precipicio, á la boca del estómago.

De qué manera el pedazo de *beefsteak* hace esta endiablada travesía, es cosa que sólo la saben los Galenos; básteme decir únicamente que la lengua, elevándose hacia el paladar, y con cierta maña, le dice abur! y empuja al desgraciado, que, hecho una calamidad, se precipita en la faringe.

El acto de pasar por esta región, *tocando la campanilla*, debe ser naturalmente para que el esófago se prevenga; y en efecto, este órgano abre de par en par sus puertas, recibe al huésped y le conduce al gabinete del estómago, donde penetra por el conducto á que la Anatomía ha dado el nombre de *cardiaco*.

Terrible camino debe de ser éste; pero aunque oscuro y torcido, nunca será, oh lectores, ni tan tene-

broso, ni tan intransitable, que pueda ser comparado con los vericuetos de la política.

El día que Dios quiera que como á Jonás me trague algún cetáceo humano, que sí los hay y muy temibles, y vuelva bueno y sano como el Profeta, entonces os revelaré las interioridades del hombre, y seguro estoy que os espantaréis con el relato.....

Mientras tanto, veamos al buen trozo de *beefsteak*.

Lo dejé del *cardias* para adentro : no se crea que una vez allí pueda exclamar con el poeta ; *inveni requiem*, nada de eso.

En manos del inexorable químico del estómago tiene que ser descompuesto por medio de reactivos, como el ponderado jugo gástrico; y luego quedar reducido á quilo, y siendo quilo componerse de fibrina, de albúmina, de cloruro de sodio, fosfato de cal, y qué sé yo cuántas cosas más.

Ahora bien ; el operario que así trabaja para conservar la vida del individuo, ¿puede llamarse el *verdugo* de la humanidad?

Muy al contrario, le creo el salvador de la especie humana sobre la tierra.

El estómago es el órgano principal del progreso. Alienta el genio más que el amor y la gloria. Elocuente en su manera de hablar, con una sola frase mueve al perezoso, impeliéndole al trabajo, y convence al más avaro de la necesidad de gastar, obli-

gando á que los capitales entren en circulación.

El estómago obra prodigios.

Lo que el hombre no hace en virtud de sus exigencias, ya no lo hará por ninguna cosa del mundo.

Quién como el estómago !

LOS PIES

(HUMILDE ARTÍCULO QUE PONGO Á LOS PIES DE LOS LECTORES)

No me agrada tocar en extremos; sin embargo, por ahora no estoy para términos medios, y quiero escribir nada menos que sobre el extremo inferior del cuerpo humano.

Se dice justamente que todo extremo es un vicio; pero hay que excepcionar los pies, que están muy lejos de ser un vicio: por el contrario, es un gravísimo defecto el no tenerlos.

La importancia de los pies es innegable, no sólo porque son el fundamento y la base de nuestra humanidad, sino por las siguientes razones que, por

cierto, no son de pie de banco, sino muy legítimas y convincentes.

Á menudo sucede que, cuando un hombre está débil, se le va la cabeza; cuando pasa junto á una buena moza, se le van los ojos, y á veces el corazón, tras ella; así como se le va el alma del cuerpo, cuando tiene miedo; mas, con estas diferentes idas regularmente nada le sucede, no así si se le van los pies; porque está probado que va á dar irremisiblemente contra el suelo.

Pero, los pies no sólo sirven para andar y mantener la posición vertical del cuerpo, tienen también otros usos menos prosaicos: sirven para comunicar los sentimientos del alma, y hacen maravillosamente de intérpretes en materia de amor; para la prueba, póngase en contacto los pies de dos enamorados y se conocerá de cuánto son capaces. Es por esta razón, y en este caso que ha dicho Mantegazza: « dos pies que chocan son siempre dos chispas que saltan. »

Haciendo hincapié en este tema, conviene decir que la diferencia entre los seres racionales y los brutos está en los pies; así lo conceptuó Platón, al llamar al hombre animal bípedo; y así es en efecto, desde que los irracionales no tienen pies, excepción hecha de aquel gusano que se llama *cien pies*.

La vida humana consiste en estar de pie, y la

muerte se reduce, en último análisis, á que nos saquen de la casa con los pies adelante y nos pongan en siete pies de tierra.

La libertad individual consiste en poder ir, benditos de Dios, por este mundo un pie tras otro. La esclavitud de los pies, implica, pues, la esclavitud del hombre.

La felicidad, si es que alguna vez la encontramos, se reduce á ir con buen pie en nuestros negocios ; en no andar nunca de pie quebrado, y hasta en caer de pie, si es que alguna vez caemos ; para todo lo que se requiere, antes de nada, haber nacido de pie.

La juventud del hombre consiste en andar á tres pies á la francesa, sin que nada nos ataje el paso, y la vejez en arrastrar los pies y tener el uno puesto en la sepultura.

La virtud de la fe está en creer á pies juntillas lo que no se entiende ; la de la prudencia en no buscar tres pies al gato y en andar con pies de plomo en los negocios de la vida ; la de la humildad en mirarse á los pies, así como la virtud de la constancia, el *self-help* de los ingleses, se limíta á poner pies en pared y salirse con la suya sin echar pie atrás.

La ciencia de la guerra consiste en dar fuego á pie firme y obligar al enemigo á poner pies en polvorosa.

La Filosofía, lo ha dicho Dumas, no es sino la

huella que dejó en la tierra el pie de Jesucristo al ascender al Cielo.

La ciencia de la moral es la indagación del pie de que cojea todo hombre, y por tanto la sociedad, á fin de aplicarle el remedio conveniente.

Las ciencias políticas y sociales se ocupan del pie de ejército de las naciones y prescriben las reglas oportunas para que el mundo llegue á ponerse en un brillantísimo pie de prosperidad y de progreso.

La *grandeza* de los pies se me manifiesta de una manera elocuente, no cuando recibo un pisotón ni cosa parecida, sino cuando recuerdo que Cristo, la víspera de su pasión, lavó los pies á los Apóstoles, y cuando veo que su Vicario, el Papa, se hace besar los pies por la cristiandad, sin duda para formar contraste con la conducta de Jesús, que en esto, como en otras cosas, es desgraciadamente inimitable...

En punto á reconocer la importancia de esta parte del cuerpo humano, los podígrafos y los japoneses están en lo justo, desde que los primeros obran maravillas con los pies, y los segundos han establecido como una muestra de aprecio y respeto para con una persona, el quitarse ante ella el calzado, como nosotros el sombrero ; de manera que lo que todos hacemos con las manos y la cabeza ellos lo hacen con los pies.

Pero, sin fijarme en los podígrafos que con las obras de sus pies me admiran más que muchos con las de su cerebro, es innegable que los pies trabajan más que las otras partes del cuerpo; y tienen tal resistencia que, estoy seguro, ni San Simeón Estilita habría podido permanecer, verbigracia de cabeza, sobre aquella columna, donde diz que permaneció de un solo pie por el reducido espacio de 78 años [???]

Prueba de que trabajan más, es que los libros sagrados de la India aseguran filosóficamente que los *Sudras*, es decir, los trabajadores salieron de los pies de Brahma; y es prueba también de lo dicho ese empeño de la civilización moderna por darles descanso, mediante los ferrocarriles, tranvías, coches, etc., etc., que nos evitan el andar en el caballo del seráfico Padre San Francisco.

*
* *

En este mundo los hombres siempre nos hallamos al pie de alguien ó de alguna cosa! Cuando salimos de una visita nos ponemos á los pies de la señora de la casa, y especialmente á los de las niñas; y es lo mejor que podemos hacer, porque eso se quieren ellas y nosotros también.

El beato ó beata que se encuentra *in extremis* y en las manos de los médicos, se pone á los pies del con-

fesor, á fin de no irse de pies ó de cabeza á las calderas de Pero Botero.

Un hombre cuando célibe anda al pie del bien querido, y cuando casado, que no puede decir : mi alma en mi palma, por más percances que al infeliz le sobrevengan, tiene que permanecer firme al pie de la cruz.

El cortesano se echa á las plantas de los gobernantes, tal vez diciendo que éstos tienen los oídos en los pies, como decía Aristipo, para disculparse de sus humillaciones ante Dionisio de Siracusa.

Los clérigos pasan al pie de los altares, y ellos saben lo que se hacen ; pues con el pie de altar hay para ir pie adelante en los negocios de este mundo, cuyo reino también les pertenece.

El soldado no solo vive, sino que también muere al pie del cañón, defendiendo los intereses de la patria, cuando no son los de algún bribón afortunado.

Por último, todos los días vemos que los ociosos se plantan al pie de las esquinas para requebrar á cuantas chicas pasen por allí ; que los clientes andan al pie de los letrados, los acreedores al pie de los deudores, los pobres al pie de los ricos, y los viles á los pies de todos.

*
* *

Los pies tienen sus momentos de inocente vanidad, cuando se ponen de veinticinco alfileres con un buen calzado; sus horas de poesía, de delirante placer y hasta de locura, cuando se mueven al compás de un valse de Strauss, especialmente si son pies de hombre y van junto á los piesecitos de alguna beldad; sus días de dolor, de mortales angustias y sudores fríos, cuando les sale lo que, con perdón de los lectores, se llama un callo.

De aquí se deduce que hay sujetos que se sostienen por los pies ajenos, cosa que parece un imposible, pero que no lo es, desde que existen zapateros, maestros de baile y quiropedistas, personajes que se han adueñado de los pies de la humanidad.

De estos tres tipos sociales, los zapateros son más necesarios para el hombre, y especialmente para la mujer, que si anduviera con los pies desnudos, no habría quien se enamorara de ella, pues opinamos con Becerro, que lo que encanta y hace los pies bonitos y de irresistible tentación es el calzado; de ahí es que « cuando el diablo de la casualidad levanta algunos centímetros una falda, y se ve un pie que sobre la nevada calceta ostenta en el gracioso descote un broche de brillantes y un lazo enano de color de rosa, chicos y viejos, reyes y cardenales, ángeles y querubines dicen: « ¡ole! ¡ole! »

Y francamente lo dicen con harta razón.

*
* *

Conocido lo que son y lo que valen los pies, veamos lo que sufren.

Es una máxima generalmente aceptada aquella de que cada uno sabe dónde le aprieta el zapato.

No admite duda la verdad, desde que hay muchos que, sin tener ciencia infusa, saben que, aunque se calcen en la horma de Goliath (si es que el gigante halló la horma de su zapato) les ha de ajustar el botín precisamente en el punto donde, por razones *patológicas* desconocidas, les ha llegado á salir una de aquellas excrecencias que la Medicina llama callos, y de las que no se vieron libres ni los emperadores romanos, con ser quienes eran, á juzgar por las narraciones históricas de Suetonio.

Cuenta la fábula que Aquiles era vulnerable únicamente en las plantas de los pies, y que por cierto los cuidaba más que las niñas de los ojos; pues el que lleva un callo bajo el cuero de su zapato y sobre el *idem* de su pie, tiene que cuidarlo más que Aquiles y sobre todo, ocurrir al leal saber y entender del quiropedista, y con una franqueza desconocida en estos tiempos de política y de diplomacia, informarle del pie de que cojea.

Los doctores en Quiropedia dividen los callos, omo los lógicos las ideas, en géneros y especies; y

como los gramáticos los verbos, en regulares é irregulares, atendiendo á sus raíces y terminaciones.

Entre las diferentes especies, hállase la que ha recibido el nombre científico de *ojo de pollo.*

Y aquí sí que no tiene aplicación el repetido *nihil novum sub sole* de Salomón; porque es muy corriente y viejo que la naturaleza le ponga á uno ojos en la cara, desde que, según la historia, los contemporáneos de Nemrod, de Epaminondas y de Carlo-Magno llevaron los ojos en el mismo sitio donde se cala los espejuelos la miope juventud de nuestros días; pero no se había oído ni visto que á nadie, ni al mismo Argos, le salieran ojos en los pies, y no siquiera ojos humanos, sino ojos de pollo!

Con perdón de la ciencia, creemos que los tales ojos no son de pollo, sino de fénix; por cuanto se reproducen, aunque se los vacien mil veces con el bisturí.

De su peso se cae que cualquiera daría un ojo de la cara por no tener el de abajo, es decir, el del pie.

¿Quién no querría quedarse tuerto de este importuno ojo, desde que para ver las cosas de la vida, bastan y sobran los ojos que llevamos bajo el hueso frontal?

¡Los ojos de pollo cuando mucho sirven para hacer ver estrellas á medio día, y maldita la gracia

de mirar con plena luz del sol las constelaciones de la via láctea!

Si el lector ha sido alguna vez dueño y poseedor de un callo, sabe que aquellos agudos dolores son capaces de obligarle al más guapo á echarse á la calle y prender la carrera, llevando los pies sobre la cabeza.

Ya se ve, esto no es posible, desde que tenemos la desgracia de no poder correr sin salir *pedibus* andando. Cabalmente todo esto entra en el número de las incomodidades de esta dolencia de los pies.

Con el más agudo dolor de muelas, por ejemplo, le queda á un hombre el poderoso alivio de exclamar: « pies para que os quiero », y andar de un lado á otro de la habitación, bailar sobre los tacones y hacer mil corvetas; pero hagan UU. algo de esto con un buen ojo de pollo entre dedo y dedo, y ya veremos á donde les llega el agua!

Dicen que Posidonio exclamaba : « ¡Oh dolor! nunca confesaré que eres un mal ». Indudablemente este estoico no sabía lo que es un dolor de los callos. Yo le habría visto á *Mister* Posidonio con un buen ojo de pollo y calzado de botines, como los de ciertos mocitos afeminados, para que entonces me hubiera dicho, si el dolor de los callos era un mal ó un bien.

Cosa rara! los callos no sólo arrancan lágrimas á los ojos, sino también reflexiones al alma.

El que los tiene, por ejemplo, en un dedo, puede convencerse de que en la vida, la redención se verifica por el dolor, al observar que los dolores de uno solo de los cinco hermanos, les redime á los demás del cautiverio de los zapatos, máxime si están nuevos y á la última moda.

Como en esta vida, por donde se peca se paga, el paciente escudriñará, desde luego, su conciencia y verá los malos pasos que le hubieren ocasionado aquel tormento, jurando por cierto la enmienda.

Deduciendo unas cosas de otras, caerá en la cuenta de que, á pesar de las revueltas políticas de la patria, no se halla en disposición de ponerse las botas... á guisa de aquellos logreros que no tienen ojos de pollo en los pies, sino en la conciencia, la que llega también á encallecer, á fuerza de acciones reprobadas.

Todo esto es muy exacto y tan claro que puede ser visto hasta por los ojos de que vengo hablando.

Pero, las penas de los pies no son irremediables, desde que tienen un refugio seguro y eficaz en lo que todos saben: en los zapatos viejos!

Al pie de la letra.

Buscar otro remedio, es poner los pies fuera del plato, digan lo que quieran los quiropedistas.

De aquí es, que no hay fina galantería de enamorado, ni expresión cariñosa de amigo que equivalga al sabio y poético proverbio que dice : « te quiero como á mi zapato viejo. »

El lector puede hacerse de un buen ojo de pollo, si desea conocer prácticamente la profunda filosofía que encierra esta sentencia.

LOS PIES Y LAS MANOS

(Carta que demuestra cómo las manos han llegado á ser el pie de que cojea un estimable amigo mío.)

Señor don Eugenio López.

Apreciado amigo Eu-genio :

Muy satisfactorio me es asegurar con la mano en el corazón, ó lo que es lo mismo, con el corazón en la mano, que el genio que U. tiene dentro del cuerpo y en el nombre, es el genio del mismo Barrabás.

Escribí yo un mal pergeñado artículo en honra y gloria de los pies, á fin de que alguien dijera : *exaltavit humiles*, y en el acto U. echó mano á la pluma y zis! zas! puso á las manos por las nubes, dando prueba de que U. entra en el número de los que pueden coger el cielo con la mano.

Por cierto el artículo de U. fué escrito por su mano derecha, y no me sorprende que ésta, tocando á laudes, se haya elogiado á sí misma; porque en los tiempos que alcanzamos, nadie piensa en que la alabanza propia es vituperio.

Por no quedarse U. mano sobre mano en presencia de mis pies, es decir de mi humilde artículo, se le ocurrió meter la mano hasta el codo en la cuestión, y dejó bien puestas sus manos en el muy donoso escrito que ha tenido U. la bondad de poner en las mías, sin duda con la dañada intención de que, teniéndolas entre manos, no pudiera yo tomar el lápiz y darles á los pies una nueva mano de gato para presentarlos ante el público.

Convengo con que las manos son las extremidades superiores y los pies las inferiores del cuerpo humano; pero, francamente, no convengo con los argumentos con que de manos á boca me ha salido U. al encuentro, en contra de los pies.

Dice U. : « las manos hablan con elocuencia irresistible. » Nunca las he oído, y quiera Dios que jamás experimente la elocuencia de los puños, que le han caído á U... en gracia.

La mano escribe esquelas amorosas, verdad como un puño; pero, si alguien se vale de ella debe de ser porque no tiene ojos para hacerle un par de guiñaditas á la enamorada, ni boca para decirle :

yo me muero por U., ni pies para ir á verla, que es mucho mejor que escribir cartas que, aunque vayan perfumadas y en rico papel, no dejan de ser un compendio de simplezas sin fuste ni muste.

Ya que, á propósito de pies y manos, se trata de amoríos, no me negará U. que si alguna vez las manos están en su gloria al oprimir el aéreo talle de la mujer amada, es únicamente cuando los pies bailan : que se atrevan en cualquier otro caso á tomar la cintura de una bella, y ya verán el sornavirón que se llevan. Menos me negará U. que es mil veces preferible y más provechoso echarse á los pies de una beldad que ponerse en sus manos, y si no que lo digan ellas.

Convengo que con las manos se tocan algunos instrumentos de música, aunque hay podígrafos que los tocan con los pies; pero qué obcecación! no cae U. en la cuenta que los pies son los maestros que las dirigen, midiendo los compases y llevando la *battuta*, y que, en un *armonium*, las manos se quedarían tocando tabletas si los pies no se encargaran de mover los fuelles.

Dice U. que las manos llevan anillos; pero á esto podrían decir los pies como los escolásticos : *per me laboras*; las manos ocasionan ese gasto más á los amartelados, á los esposos y á las mamás y papás de las niñas de lindas manos.

Cierto es que una de las manos de nuestras damas, sirve para levantar la cola del traje; pero aun este insignificante servicio, que generalmente se reemplaza con un gancho de metal, no lo prestan las manos, sino cuando se anda, y ni las damas, ni U., ni nadie, que yo sepa, puede andar sino con los pies.

Continuando U. en su tarea de difamación contra los pies, les nota el gran defecto de que necesitan cubrirse con el calzado; pero, esto no quiere decir sino que son honestos, que se cubren pudorosamente, como otras bellas é interesantes partes del organismo humano y que no son sinvergüenzas como las manos. La mejor prueba de que los pies proceden en esto acertadamente, como lo dirían los zapateros, es que cuando las manos van, llevadas por los pies, á una visita de etiqueta, á un baile de personas de trato cortesano, tienen que cubrirse indispensablemente con los guantes; sólo á los saraguetes y bailes de candil ó de cascabel gordo van sin ellos.

Yo sé que con las manos se hacen muchas cosas buenas; pero también sé que con ellas se cometen muchísimas picardías y maldades; principie U. por ver que con las manos se arañan y mesan los cabellos las mujeres y concluya porque con las manos se roba, se incendía y se asesina : los pies

nunca se manchan con semejantes crímenes; son tan inocentes y buenos que ni los maestros de escuela de antaño les tocaron jamás con la palmeta, como á menudo lo hicieron con las manos, en reemplazo de otra parte más noble que ellas.

Alega U. que la mejor venganza es la de poner las manos en los que nos ofenden; pero no advierte que mucho mejor es ponerlos bajo el pie. Seguro estoy que la guapa figura de San Miguel Arcángel, sería muy ridícula si en vez de tener al enemigo malo bajo el calcañal, lo tuviera á la altura de sus puños, dándole moquetes; como quizá U. lo pondría si fuera fabricante de ídolos.

Las manos tienen palmas; y de ahí es que las baten en su propio loor; y aunque los pies tienen plantas y según la Botánica, en ellas están comprendidas las palmas, que no son sino una especie del genero, sin embargo no las baten; porque les domina la virtud de la modestia, tan rara aun entre los hombres que valen menos que los pies.

Vamos, amigo, cuando yo noto que U. pone manos violentas en los pies, que son los órganos que le sostienen sobre la tierra; cuando le veo convertido en panegirista de las manos, me parece U. á una chiquilla de escuela, que se muere de cariño por las manos; por cuanto cada una tiene una muñeca con que poder jugar.

Y adviértole que con las manos no se puede ni jugar impunemente; porque es sabido que « juego de manos es de villanos. »

Aseguraría que U. se ha vuelto una jalea en presencia de las manos, por quedar bien con el prestidigitador Fabra, que actualmente se halla aquí, si acaso no conociera que únicamente lo ha hecho por contradecirme en todo lo que yo dije de los pies.

Y á fe que ignoro por qué, ni aun con este objeto, demuestra U. tanta ojeriza, tirria, inquina y qué sé yo que más, contra los pies, siendo U. como es, inclinado á la poesía y acostumbrando medir los pies de los versos ; y siendo, sobre todo, tan decidido por la enseñanza y por que los jóvenes terminen con su carrera, cuando nadie principia ni termina mejor una *carrera* que los pies, según opina, con mucho seso, una autoridad muy competente, á pesar de que confiesa, como yo, que los pies no se ocupan de escribir sino eses y zetas, y eso no siempre, sino cuando suben á la cabeza los humos de licor que la malhadada mano lleva á la boca.

Al concluir esta mi carta, que ya tiene siete pies de larga, debo decirle que espero que U. vuelva sobre los malos pasos que ha dado con las manos, y que no ande á vueltas y tornas con sus pobres pies, que no tienen más pecado que servir abnegadamente al dueño de unas manos que, por alaban-

ciosas, merecen ser castigadas con tres ramalazos.

Reciba U. el apretón de manos que le envió, póngame á los pies de sus amiguitas buenas mozas, y, dando de mano á esta discusión, dejemos en pie nuestras opiniones y sigamos, como siempre, buenos y sinceros amigos.

LOS PEROS DE MI LAVANDERA

Muchos y graves doctores aseguran que á consecuencia de la manzana del Paraíso, nacieron en el mundo los peros.

Así será, mas es indudable que no hay cosa, de tejas para abajo, que no tenga su pero, es decir, su lado imperfecto y sus inconvenientes.

La honradez, qué prenda tan inmejorable! mas tiene su pero en la malevolencia de los pillos.

La riqueza, qué cosa tan cómoda! sin embargo tiene el pero de la avaricia.

La política, qué asunto tan digno del ciudadano! no obstante tiene el pero de las persecuciones.

El mando supremo, qué glorioso es! mas tiene el pero de la intranquilidad del alma.

El periodismo, qué ocupación tan amena! sin em-

bargo tiene el pero de que literaria y literalmente se muere de hambre el periodista.

El matrimonio, qué delicioso y qué lleno de encantos debe ser! mas tiene un libro en folio de peros, que empieza, como prólogo, con el pero de las fatigas del amante, cuando la conquista; que continúa, á guisa de capítulos, con el pero de los hijos que lloran y los celos que braman, y que concluye á veces, como epílogo, con el terrible pero de un coronamiento de... hojas que no son de laurel ni de verdes mirtos.

Basta de preámbulos, campo á los peros de mi lavandera, y arriba el telón!

Pues, señor, doña Casimira Izquierdo, que así se llama, es una *mengala* más guapa y airosa que un tambor mayor de carabineros ó un deán del cabildo eclesiástico; pero se halla ya en el mal lado de la cuarentena, que es un pero de los mil demonios.

Como se sabe, tiene el oficio de lavar; pero no lava de oficio como muchos de sus parroquianos lo querríamos.

Por supuesto, ella corre con mi ropa; pero solo cuando la lleva, que para traérmela no corre, sino que anda más despacio que los carros de la diligencia y el carro del progreso en ciertas poblaciones.

En obsequio de la verdad histórica he dicho que es guapa y airosa mujer ; pero tiene el defectillo de ser tuerta del ojo izquierdo ; de manera que si fuera hombre y le diera el naipe por ordenarse de presbítero, no lo podría hacer, por el pero de faltarle el ojo del canon y ver el mundo por un solo agujero, cuando los clérigos deben verlo por varios, razón por la que se han inventado las rejas del confesonario.

En realidad de verdad, estoy por decir que Casimira Izquierdo casi mira derecho y casi ve las cosas mejor que los que, siendo dueños y poseedores de dos ojos, tenemos el pero de casi no ver nada.

Del resto, Casimira aventaja á sus tocayos los 3 reyes polacos de la dinastía de los Piast : á Casimiro I, el *Pacífico*, á Casimiro II, el *Justo*, y á Casimiro III, el *Grande*.

Es buena como una bendición, leída y escribida como una gaceta, clara como agua llovida y atenta como un pretendiente ; pero tiene el grave defecto ó pero de pedirme adelantada la paga, que suele llamar el *pisto*, con tanta propiedad ; porque la cuitada vive á pistos, y porque si pisto, según el Diccionario, es la sustancia que se extrae del ave, especialmente de la gallina, lo que Casimira me extrae, si no es la sustancia de una gallina, lo es la de un

prójimo que está un poco menos que el gallo de Morón.

Á pesar de que Casimira es tan buena, no deja de ser todo lo que se llama estrictamente una mujer de rompe y rasga; pues me consta que rompe y rasga las piezas de ropa, con el disculpable pretexto de lavarlas y aplancharlas.

Achaque ó pero es éste tan común á las lavanderas del mundo, que no parece sino que, en algún congreso internacional, hubieran celebrado un pacto de alianza ofensiva y defensiva con los fabricantes y vendedores de ropa hecha.

Cuando Casimira cae en mi cuarto, con la orilla del chal en la boca y con el « buenos días le dé Dios », es con el objeto aparente de llevar ó traer la ropa y con el verdadero de conversar ; porque otro de sus peros es el de no tener polillas en la lengua y querer estirar la pierna hasta en los dominios de la literatura, de la política y de la ciencia; y á fé que lo hace mejor que muchos literatos, políticos y sabios de trastienda.

Como la paloma del cuento del arca de Noé siempre viene, no sólo con una rama, sino con un lío de buenas nuevas en el pico ; pero eso es cuando no se le antoja traerme la crónica escandalosa del barrio de Candelaria, donde parece que es el bulle bulle de las vecinas y la Capitana general de las lavanderas.

Aunque soy poco amigo de doñear, me pirro por sostener pláticas hasta con las lavanderas, si son listas y un tanto pisperinas, y no dejo, á veces, de echar con ella una mano de diálogo que suele salpimentarlo con maestría.

Maneja el idioma castellano con soltura, ni más ni menos como la ropa cuando lava, es decir que lo estruja á las mil maravillas y sin andar con tiquis miquis, usa de términos tales que el más pintado en idiomas se queda en Babia.

He aquí una muestra en la siguiente relación que me hizo de un mal matrimonio; y que yo la escribí, con el pretexto de que la historia merecía escribirse por rara y sentimental.

« *Ña Chus*, me dijo, era una *mengala chele*, muy chula y *mera galana* : por *chucanada* comenzó á *miguelear* con *ño Chico;* que es un *shashaco peche*, *cuto* y medio *bolo; charangos* van y *charangos* vienen, hasta que se casó con el *alícrejo*. Como *Chico* es *campisto*, más pensaba en la *cuma*, los *tuncos*, los *chuchos*, los *jolotes* y la *milpa*, que en su mujer, á quien le *plegaba* en todo; porque le hacía cargar *amarrados* de *zacate* liados con *mecates* y unos *cacastes* tan pesados que reventaba el *mecapal*. Siempre estaba la *campucha* con el *yagual* en la cabeza, acarreando *tecomates* de agua ó con el *tarro* lleno de *chintas*, *chelacayotes* y *copinoles* que iba á vender;

y el maldito *tacuasín* nunca se comedía en alcanzarle ni la *animala* de un *cumbo*, menos en agarrar el *pepeiste* y cargar algún *atado*. La tenía en la *loma del grito* y sin probar ni un *tajo* de *pan de hombre: hejotes*, *uisquil*, *pischtones* y *nistamal* sin *otro algo*, era todo el almuerzo y la merienda. El cara *shipe*, con su corazón de *tetunte*, habría preferido que un *zope* le dejara *choco*, antes que sacar *pisto* para un trago de *guaro* ó un *cristal* de *tiste* ó para comprar una *rasión* de *alboroto* para beber agua del *porrón*: jamás le mercó donde las *ancheteras* un par de *aritos* ni un *carretón de hilera* y nunca fué la *Chús* á las *entradas* ni al *rezado*, menos á un baile de *tacón de hueso*. *Achís!* y á pesar de todos estos *compendios*, *le quemó la canilla* y la abandonó junto con un su *zipotillo* que tenía. »

Para quien no ha vivido en San Salvador ni ha tratado á las *mengalas*, esto será hebreo ó sánscrito, pero que lo traduzca la lavandera, que yo no lo hago, contentándome con entender esta especie de *patué*.

Doña Casimira tiene decidida vocación por la lectura, cosa que entre las lavanderas no está comprendida en las *generales de la ley*; pero lee sin escoger materia y sin discernimiento, lee lo que le viene á la mano, y lo mismo da para ella un capítulo de Paul de Kock que una página del « Rami-

llete de divinas flores » ó una columna del « Diario Oficial »

Otro sí digo, que, en sus opiniones religiosas, es descreída como un liberal radical; pero ¡pícaro pero! como muchos liberales, cree á puño cerrado en duendes, brujas y aparecidos; en la infalibilidad del cura de la parroquia y hasta en el diablo, á quien, como San Antonio Abad, le tiene un miedo que se convierte en verdadero terror.

Mangonea de científica, y en Geología, por ejemplo, entiende de pe á pa las teorías neptuniana y plutoniana; pero cree, como que hay Dios en los cielos, que han cesado los temblores de tierra por la novena hecha á San Emigdio, patrón de los teremotos; niega magistralmente que haya gases subterráneos; porque estando el *gas* caro y alcanzando apenas para el alumbrado de la ciudad, nadie lo ha de haber echado por las abras de la tierra; así como niega también la existencia del fuego central, no porque haya leído á los sabios alemanes que tratan de esta materia, sino porque está convencida de que en esas regiones sólo existe el fuego del infierno, que está pared de *bajareque* por en medio con el purgatorio, según enseña el catecismo.

En consecuencia opina, como legítima lavandera, que merecen una buena *jabonada* los geólogos que nos han *encarrujado* el alma con los anun-

cios del *semígrafo;* que para hacerles ver que no somos *mantas lavadas*, conviene *sacarles los trapos al sol* y echarles toda el *agua* del molino ; que por más que anden orondos y *almidonados* hay que poner la tela en *limpio* y hacerles ver clarito como el *agua* que no les *lavamos* los cascos, sino que les consideramos dignos de que se les pase una *plancha caliente* por la lengua, si continúan pronosticando y metiéndose en *camisa* de once varas.

Tales son las ideas de Casimira, y es tan intransigente en sus opiniones que no agacharía la cabeza ni á cañonazos : tiesa como un cadáver colgado de la horca, y siempre tan firme en el terreno de sus principios que no le harían mover un solo paso ni los once terremotos que ha tenido esta ciudad.

Dígase ahora si mi buena lavandera tiene peros y si éstos no son de muy padre y señor nuestro !

LOS SERENOS

Cuenta la Historia que para cierto habitante de Síbaris era suficiente causa de desasosiego y para pasar de claro en claro la noche, el tener en el lecho el doblez de un pétalo de rosa, y que tanto fué el refinamiento de molicie en aquella ciudad de la Grecia Magna, que estaban proscritos los gallos, á fin de que no interrumpieran el silencio que debía reinar en las horas del sueño.

Condeno la conducta de esos muelles habitantes que concedían premios al que inventaba nuevos placeres, y repruebo la injusta manera de tratar á los gallos, que fueron proscritos como revolucionarios y perturbadores del orden público.

Mas, juro en Dios y en mi ánima y declaro que al-

escuchar, en medio del silencio de la noche, el prosaico y rudo canto salido de una traquearteria que podría servir de pito de una locomotora ó de un vapor, experimento una terrible excitación en el órgano auditivo y en todo el sistema nervioso.

En otros términos, declaro solemnemente y juro hasta por la cruz del mal ladrón, que me enferma, me martiriza y de repente hasta me mata el canto de nuestros serenos.

Y estoy seguro que todos mis lectores de esta capital dirán : una misma es nuestra pena.

Qué música y qué letra, por Cristo santo y bendito !

Y soporte U. esa pesadilla de hora en hora, desde las nueve de la noche hasta las cuatro de la mañana, en que, á la despedida, terminan los condenados con una canción mística entonada *voce magna*, á todo pulmón y con un estrépito que no le va en zaga á lo que los italianos llaman *música di gati*, y nosotros cencerrada ! ! !

Y en punto á dormir, no le tachen de sibarita al que escribe estas líneas; porque sépase que es uno de los más favorecidos por Morfeo y que ha tenido el gustillo de dormir á pierna suelta en noches de terrible tempestad; que no se le ha dado un ardite en pasar al raso, media noche durmiendo y la otra media roncando, en medio de las selvas amazónicas, arrullado por los bramidos de las fieras, y á

orillas del océano, en medio de los retumbos de las olas que se estrellaban contra las rocas de la playa, que es cuanto puede decir en elogio de su sueño profundo y envidiable.

Á fin, pues, de dormir, como en aquellas circunstancias, un sueño de una sola pieza, digo, sin exageración ninguna, que prefiero quela municipalidad ordene que, al sonar los relojes, se dispare un cañonazo en cada esquina, ó que la naturaleza, que no es difícil aquí, se encargue de despertarme cada hora con un terremoto, antes que el sereno me despierte con su poética cantilena.

Estoy convencido que en los países sud-americanos y para los que no gozaron del tiempo de nuestro amo el rey, el sereno es una especie de mito, cuyo recuerdo se conserva, mediante la tradición, y sirve de tema para los cuentos con que las dueñas quintañonas entretienen á los rorros.

Al soltarnos de su amorosa tutela la madre España, nos dejó en unión del riquísimo tesoro de su idioma, dos plagas funestas que no las olieron ni los egipcios : el fanatismo y los serenos.

La primera va de capa caída, gracias á la civilización.

La segunda ha desaparecido ya de la misma España y creo que de toda parte y lugar, menos de San Salvador.

Aquí cualquiera la encuentra, de pie, chafarote al cinto y chambergo á la pedrada, formando una sola pieza con la esquina de la calle, el poste del farol ó la moldura de una puerta.

El sereno es una calamidad con forma humana, un tipo curioso por lo raro en el mundo y por los papeles que desempeña.

Y tengo mis barruntos de que el día menos pensado cae aquí algún inglés, con el exclusivo fin de conocerlo, estudiarlo, medirlo, pesarlo y si es posible empaquetarlo, y llevárselo para que alterne en un museo de antigüedades con las momias del tiempo de los Faraones.

En esta República felizmente han desaparecido los títulos ó tratamientos de ciertas personas constituídas en dignidad: el Presidente no es *Excelentísimo*; los diputados al Congreso no son *Honorables*; los gobernadores no son *Usías* y creo que hasta el Obispo ha echado á la calle el *Ilustrísimo*; pero, por la ley de las compensaciones, ahí tenemos al *Serenísimo señor* de las esquinas.

Su *Serenidad* está, pues, encargado de la laudable comisión de despertar al vecindario cada hora, por lo que le estamos muy reconocidos. Si á un extranjero se le dijera, que en una culta ciudad de Centro-América hay un empleado municipal que está encargado de despertar al prójimo, á gritos, ocho veces

cada noche, no lo creería; y sin embargo esta es la purísima y neta verdad.

Que los serenos se encarguen de hacer el oficio de zorras y que astutamente se deslicen por entre las tinieblas, para dar con el nido de los malhechores, santo y bueno; pero que no se les obligue á desgañitarse, mientras no lleguemos á ensordecer y sigamos con el maldito vicio de dormir. Y si tan agradable es el canto, hago la moción de que se les ordene gritar durante el día y cada cinco minutos si se quiere.

Pero, no señor! el empeño es que los serenos hagan por la noche el oficio de los gallos de la población, y nuestra mala estrella no quiere todavía que los señores municipales se vuelvan un tanto sibaritas y decreten, ya que no la proscripción de estos pájaros de mala muerte, al menos que se les dé un tapaboca ó se les ate un cable á la garganta.

Los serenos hacen también el papel de relojes, y de repetición, porque cada uno canta en dos ó tres esquinas; pero como sucede con los relojes, nunca andan iguales, así que no es raro oír dar las dos de la mañana en los relojes públicos y *dar* el sereno la una, creyendo sin duda, como cierto borracho, que los relojes están mal y que dan dos veces la una de la mañana.

Desempeñan igualmente el papel de barómetros,

é indican el buen ó mal tiempo; pero qué de veces el sueño les hace ver turbio y anuncian que la noche está oscura, cuando la luna está irradiando frente á frente de sus narices.

Ainda mais, hacen de *semígrafòs* é indican si ha temblado la tierra, por si no lo hayamos sentido; pero hay una diferencia, el instrumento aquel diz que anuncia los temblores que han de venir dentro de un siglo y el sereno *pronostica* los que pasaron, que es mayor habilidad y sobre todo más exacto.

Para convencernos de que todos estos papeles están á cargo de su *Serenidad*, no hay sino que oirle.

Supóngase que los relojes públicos y particulares han dado las tres; que la noche es lluviosa y que el sereno, faltando á su costumbre, no se equivoca, pues entonces gritará: « Las tres han dado!!! lloviendo!! »

Ahora digo yo: cuando el sereno canta esta hora, se halla un vecino despierto ó durmiendo; parece que no hay medio en la disyuntiva: si despierto, es seguro que oye llover y, por su reloj ó el del público sabe la hora que ha dado; si está dormido, para qué necesita que se le indique que llueve y que son las tres?

Para maldita la cosa, si no es para quitarle el sueño con un sobresalto y hacer que le hierva la sangre en las venas.

Mas, los gritos desde las 9 hasta las 4, son tortas y pan pintado respecto del albazo ó serenata de las cuatro de la madrugada.

Los unos tienen siquiera el mérito de la brevedad; pero estos de la mañana son toda una pieza completa de ópera, ay! en lo más dulce del sueño!

Ya que no puedo consignar aquí las tres partes que tiene este trozo de música digno de Bethowen, he aquí la letra, que es de lo bueno lo mejor que se ha cantado, desde que se inventó el dogma de la Inmaculada Concepción hasta nuestros días :

« Ave María Purísima!

« Gracias os damos, Gran Señor. Las cuatro han dado. Alabemos al Santísimo Sacramento del altar y á María, concebida sin pecado original. Alabemos á Dios y á la madre de Dios que nos han dejado amanecer con bien. Amen. »

Ojalá así fuera siempre; pero es el caso que mil veces amanece tieso un pobre hombre ó rabiando con un dolor de muelas ó un cólico miserere, mientras el sereno se mata cantando que todos hemos amanecido *con bien*. Amarga y atroz ironía!

Cuando oigo el « Ave María purísima » de las cuatro, tengo tentaciones de creer en los milagros, pues por un verdadero milagro los serenos no cantan toda la doctrina cristiana, desde el « por la

señal de la Santa Cruz hasta el amén del « Señor mío Jesucristo. »

Y en verdad, que esto sería mejor, especialmente si se les diera una guitarra, por lo menos sería divertido; porque de fijo que les tomaba el día cantando y mucha gracia nos haría á todos ver al pobre diablo del sereno con el cabello desgreñado, los ojos encarnecidos por el insomnio, las piernas descoyuntadas, rasgueando la bandurria y con tamaña boca abierta, poniendo en música los siete pecados capitales ó los doce frutos del Espíritu Santo.

Después de todo esto, vamos rectamente al quid del asunto.

¿Ordenará algún día la Municipalidad que, en atención al derecho que tenemos de dormir, se reemplace el canto de los serenos con el sonido de un pito, como sucede en todo país culto, civilizado y caritativo? ¿O tal vez entrando en punto, por mis inocentes vayas, decretará que los serenos canten cada media hora y en cada puerta de calle?

Si lo primero, digamos todos con los serenos « Gracias os damos, Gran Señor »; si lo segundo, hagamos de cuenta que nos cayó la lotería; pero para no dejarnos meter en cintura, juremos desde ahora elevar á la Asamblea Nacional, que actualmente se halla reunida, una protesta y al mismo tiempo una solicitud, pidiendo que, en conformidad

con el título de las garantías individuales, que establece la Constitución, y atendiendo á que se ha descubierto que no se puede vivir sin dormir, decrete, por unanimidad de votos, que carge el diablo con los serenos.

LAS OREJAS

Cada cosa debe hallarse en su lugar y á la altura de su destino; justo es, por lo mismo, que, dando oídos á la conciencia, ponga á las orejas en el puesto que legítimamente deben ocupar.

Mucho de bueno y de malo se ha escrito acerca de los ojos, las mejillas, la boca y hasta de la nariz; pero nada, ó casi nada se ha dicho de las orejas, sin las que no sólo no habría belleza en la cara, sino que andaríamos hechos un demonio y sirviendo de irrisión.

Para cumplir con mi propósito, abro el Diccionario del idioma.

« Oreja, dice: — Ternilla cubierta de cutis y atada con sus ligamentos, que tiene el animal á los lados de la cabeza. »

Así como los antiguos romanos tocaban la oreja de aquel que llamaban por testigo de algún hecho, yo toco ahora la del lector, para que atestigüe que esta definición es incompleta, desde que hay animales, y muy racionales, que no tienen las orejas á los lados del cráneo como ha dispuesto la naturaleza y quiere la Academia, pues hay muchos que las llevan en el estómago, y que sólo escuchan cuando se les habla por esa parte; pero, aun cuando la definición fuera completa, debo protestar contra los señores académicos y hacer votos por que, en castigo del prosaísmo con que hablan de las orejas, alguien les caliente las que también ellos llevan á los lados de la cabeza.

Estos pedazos de ternilla, que parecen insignificantes, son de tal valía que, por metonimia han llegado á significar nada menos que el sentido del oído ó la acción de oír.

Entre los paganos estaban consagradas á Mnemosina, diosa de la memoria, y el zumbido de ellas servíales de presagio, pues cuando lo sentían en la oreja derecha, era un amigo el que hablaba de ellos, y si en la izquierda, un enemigo.

En mi concepto, si las otras partes del rostro les sobrepujan en hermosura á las orejas, ninguna las gana en importancia.

La frente, v. g , no es sino un mostrador de las

pasiones, una especie de cartelón donde el tiempo escribe para el público, con líneas horizontales y perpendiculares, toda la historia de nuestra vida; quiere decir que la frente nos traiciona y nos vende. Las orejas se conservan siempre ilesas, reservadas y fieles : si alguna vez venden á alguien, es á los tontos, quienes por más que hacen, siempre las llevan visibles y largas, como el asno de la fábula disfrazado con la piel del león.

Los ojos, según los moralistas, son las ventanas del alma, y por ellas echamos la casa afuera : además son demasiado fisgones y todo lo registran cuando estamos despiertos, y si cerramos los párpados no nos sirven para maldita la cosa.

Las orejas, por el contrario, guardan circunspección, y tanto á la hora de la vigilia como del sueño están de centinelas silenciosas, cuidando de nuestra persona é interés.

La boca, por linda que sea, es una amenaza, desde que tiene á retaguardia dos hileras de dientes que constituyen un verdadero peligro, sobre todo en ciertas bocas que deben morder hasta cuando besan. Las orejas son inofensivas y de carácter apacible, en prueba de ello jamás han mordido á nadie.

Si es verdad que en la boca y con la boca se dan los mejores besos, también lo es que lo más dulce y

poético de esta unión de los labios está en el melodioso sonido que va al alma, y que va precisamente por medio de las orejas, que contribuyen para la introducción de todos los sonidos; por lo que se colige que ni los ósculos de amor, ni las armonías de la creación, ni la música tendría encanto alguno para el hombre, si no fuera por las orejas.

Con sobrada razón Luis XI de Francia acostumbraba, según cuentan sus biógrafos, acariciarlas suavemente con los dedos índice y pulgar.

Estrabón habla de ciertos pueblos, cuyos habitantes tenían las orejas tán largas que les llegaban hasta los pies; de modo que dormían sobre sus orejas, por cuya razón el historiador les dió el nombre griego de *enotocetas*. Si estos pueblos no han sido imaginarios, desmintieron el modismo español que dice *lo que arrastra honra*, con relación á ciertas ropas antiguas, como las lobas de los eclesiásticos, las gramallas de ciertos empleados civiles y las sayas de las señoras de chapa, cuyas colas arrastraban por el suelo.

Aseguran los fisonómistas que, cuando nos sube la sangre á la cara, si es de cólera, principia á enrojecerse por los ojos y la frente, si es de vergüenza por las mejillas, y si es de amor por las orejas, lo que prueba que hay una íntima relación entre ellas y los más delicados sentimientos del corazón humano.

Bien puede suceder que haya hombres que no sepan dónde tienen las narices : pero no habrá quien ignore dónde se encuentran las orejas; porque tenemos que valernos de ellas á cada momento en las diversas vicisitudes de la vida.

Si queremos prestar atención á alguna cosa, tenemos que *aguzar ó parar las orejas;* si por el contrario conviene desentendernos de algo, no hay mas que *hacer orejas de mercader.*

Si algún charlatán nos importuna y fastidia, el mejor recurso es oirle como quien oye llover, ó *cerrar la oreja*, diciendo, para nuestro coleto : *á palabras necias, orejas sordas.*

Si damos desgraciadamente con un pícaro que nos hiere en nuestra honra, es forzoso *zumbarle las orejas*, y aun *hacerle ver las orejas al lobo*, á fin de que tenga entendido que no se sale airoso cuando se buscan los peligros, ó lo que es lo mismo que *no hay orejas para cada martes*, como reza el proverbio.

Cuando no logramos alcanzar lo que apetecemos, sin remedio, tenemos que *quedar con las orejas caídas* ó bien tirándonos de la una y sin alcanzar á la otra, operación que á menudo tenemos que practicar en este valle de dificultades y miserias.

Siempre que nos enamoramos de una chicuela, hay necesidad de *regalarle el oído y estar con ella á la oreja.* Si acaso no nos lleva el dúo, es prueba de

que nuestros juramentos de amor le entran por la una oreja y le salen por la otra; pero, si llega á correspondernos hemos triunfado, es decir hemos conseguido *mojarle la oreja*, y estamos de enhorabuena.

En fin, cuando no es posible *tenerle de la oreja* á la inconstante fortuna, y nos vienen desgracias tras desgracias, nos vemos naturalmente obligados á *bajar las orejas*; así como cuando quedamos vencidos en alguna contienda ó discusión, es indispensable el *apearnos por las orejas*, que, por cierto, es mucho más decente y digno que el apearse por la cola, como lo dicen y hacen algunos.

Las orejas vienen á ser los ayudantes mayores de las otras partes del cuerpo.

Auxilian, por ejemplo, á los ojos, dando oportuno aviso de la proximidad de algún peligro que ellos no pueden divisar.

Ayudan á la nariz, sosteniendo los anteojos, que sin los alambres que se enlazan en ellas, se caerían á cada momento.

Y ayudan á la mano derecha, prestándose á recibir sobre ellas el lapicero ó la pluma, cuando le rinde el trabajo y deja por un momento de pintar ó de escribir.

En cambio, y muy merecidamente, las manos han hecho con las orejas, lo que con ninguna otra parte

del cuerpo, le han consagrado para su exclusiva asistencia el quinto dedo de ellas, razón por la que lleva el nombre de dedo auricular.

En los pueblos bárbaros las mujeres se taladran los labios y la nariz para adornarse con cualquiera cosa y á su manera; en las naciones civilizadas el único punto donde es permitido abrirles á las mujeres un gracioso ajuguerillo, es en el blando y sonrosado extremo de las orejas, á fin de que cuelguen de ellas pendientes que son las maravillas del arte, y en donde las perlas, el oro y las piedras preciosas contribuyen á hacer de las orejas un portento de hermosura y sobre todo de riqueza.

Los griegos acostumbraban llevar flores detrás de la oreja, cuando iban á visitar á sus queridas; y tanto éstos como los romanos tomaron de los hebreos la moda de las arracadas. Entre los pendientes célebres, la historia recuerda los que lucieron en las orejas de Cleopatra, una de cuyas perlas mandó deshacer en vinagre para la ensalada de una cena con que la galante y caprichosa reina obsequió al romano Marco Antonio.

Estos adornos están, pues, probando la estima que los hombres civilizados tienen por esta parte de nuestra organización.

Pero, algo más tengo que agregar en su obsequio. La Iglesia Católica, apreciando su valor, ha que-

rido que la confesión sacramental sea auricular ; y además, en su empeño porque el diablo no nos haga caer en tentación, ha ordenado que nos persignemos haciendo tres cruces, la primera en la frente, la segunda en la boca y la tercera en el pecho ; pero no ha proscrito que nos signemos en las orejas, lo que indica que son tan inocentes que no hay razón para levantar sobre ellas las barricadas de cruces, donde se detiene el enemigo malo.

Todo el que ha leído la pasión de Cristo sabe que cuando San Pedro, en un arrebato de ira, echó á tierra la oreja izquierda de Malco, Jesús la recogió inmediatamente y la puso buena y sana en su sitio, ordenando que el discípulo envainara la espada y asegurándole que quien á cuchillo mata á cuchillo muere.

Tal vez si el valiente Pedro le rebana la nariz ó le vacia un ojo al mencionado compañero de Judas, Jesús le deja señalado para toda su vida ; pero se trataba de una oreja, y el Redentor que no ignoraba lo que ella valía, no pudo permitir semejante mutilación, impropia hasta para la cara de aquel judío del prendimiento.

Admírese, en consecuencia, el inhumano decreto de Ricardo Corazón de León que ordenó que « el que robase un racimo en viña ajena, perdiera una oreja », castigo bárbaro impuesto á ciertos delitos,

por las ordenanzas militares, y particularmente por la Santa Hermandad; y admírese todavía más la criminal acción de los españoles que, en la guerra de nuestra emancipación, enviaron á Venezuela, como un trofeo de victoria, algunos cajones que contenían centenares de orejas cortadas á los patriotas!!

En vista, pues, de la excelencia y mérito de las orejas, debo concluir como principié, protestando contra la Academia, nò sólo por la definición prosaica de la palabra oreja, sino por haber autorizado el uso de llamar *animales de cuatro orejas* á los que tienen cuernos; lo que es la mayor de las sinrazones; tanto porque la naturaleza de éstos es muy diversa de aquéllas, cuanto porque en ese caso muchos hombres desventurados tendrían que recibir igual calificativo...

Si los maestros del idioma continúan en sus habladurías contra las orejas, les condeno desde hoy, sin apelación, á la pena que mereció Sileno; de suerte que para bien de ellos y para estar arreglados á justicia, será muy acertado que todos los animales, racionales é irracionales, no tengan sino las dos orejas dadas por la naturaleza, y que las dos ó más adiciones que les salgan ó les planten á los lados de la cabeza, sigan llamándose cuernos, en la verdadera y genuina acepción de la palabra; así no se

profanarán estas interesantes partecillas de nuestra humanidad, que deben permanecer tranquilamente sombreadas por la cabellera, sirviendo como de base á la corona de oro de los reyes y la de laureles de los héroes, y siempre respetadas y queridas, por hallarse á la altura donde está la región serena del pensamiento humano.

LA GLORIA.

(Artículo de lujo que se expende á precio muy subido, en todos los mercados.)

La gloria se divide, como todos lo saben, en divina y humana.

La divina, que para todos deseo, no entra por ahora en mis cuentas, pues pudiera suceder que, á causa de mis parletas, me la negaran los clérigos, muy señores y dueños míos, á quienes toca de un modo exclusivo hacer de ella mangas y capirotes.

Hablo sólo de la gloria humana.

Aunque no tengo el gusto de conocer personalmente á esta bella y solicitada señora, reconozco toda su importancia, y hasta creo que debe de ser alguna divinidad, desde que tiene templo, sacerdotes y adoradores.

Como en este idólatra mundo hay divinidades de toda clase, desde aquellas de madera que veneran los pobres de espíritu, hasta las de carne y hueso que adoramos los ricos de corazón, creo, á pies juntillas que la gloria es una divinidad modelada, por mano de seres invisibles, en el maná de los israelitas, sustancia que sabía á todo, según el testimonio de una persona que la probó, y á quien nadie puede coger puntos, porque es nada menos que Moisés.

La gloria tiene, pues, sabores para todo paladar.

Es lo que cada hombre quiere que sea.

Para el militar, la gloria es una rama de laurel teñida en sangre humana.

Para el soberano de pueblos, « las cuatro tablas forradas de terciopelo carmesí. »

Para el pastor de almas, el redíl de ovejas que balan de amor y entregan su cuello, en cambio del pasto espiritual.

Para el abogado, que medra con las discordias, el triunfo en el litigio,por más que las leyes y la justicia estén amparando al cliente contrario.

Para el médico, la curación del enfermo, á fin de darla como resultado de su habilidad, cuando no es quizá sino la obra de la sabia naturaleza, que tuvo que luchar con el mal y el medicamento.

Para el orador y el cómico, unas cuantas palmadas y varios taconazos dados sobre el pavimento.

Para el escritor y periodista, las cuartillas de papel borroneadas para el ilustrado público, quien, sin dejar de serlo, no se toma la molestia de leer; y si lo hace es por vía de señalado favor y de protección al prójimo autor, que gasta su tiempo y su papel pensando en las musarañas.

Para el dueño de riquezas, la gloria está en sus caudales, acumulados tal vez á costa de las lágrimas del pobre.

Para el joven barbiponiente y amartelado, en la esquela amorosa, escrita, á hurtadillas, por algún serafinillo de faldas cortas, que le da una cita para pelar la pava, en un pestañear de la mamá.

Para la coquetuela pizpereta, en las miradas y ternezas de cuantos lechuguinos y lindos echó Dios al mundo.

Para algunos mozos casquivanos y aun hombres hechos y derechos, en la hermosura del rostro y el talante donairoso, que lo llevan como la mejor recomendación de su persona.

Y, en fin, para muchos tontos de capirote, en la casualidad de haber nacido de padres de noble prosapia, aun cuando la nobleza no esté fundada en virtudes ni grandes merecimientos.

Y basten estos ejemplos, para que no se me crea sólo por mi palabra que la gloria es lo que cada uno quiere que sea.

Buscando á esta divinidad han encontrado algunos la muerte; y no han faltado otros que hagan saber al mundo que, por librarse de la desgracia, han corrido en pos de aquélla, y que ha sido tal su desventura, que no han conseguido hallar sino la gloria.

De muchos sé que, persiguiendo á esta esquiva y provocadora maga, han errado el camino é ido á dar no sólo con el cadalso, sino con otra cosa peor todavía: con la infamia!

La gloria, como el destino, tiene á veces amargas ironías.

Por esto sucede que algunos hombres no han podido, en vida, ni siquiera tocar la orla del vaporoso manto de la hechicera, y luego han sido colmados con sus favores, después de la muerte.

Esta es la gloria póstuma, que es la más vana de las glorias mundanas.

Aunque el Príncipe de Ligni haya asegurado que el humo glorioso de la fama póstuma produce grandes cosas, yo opino con el que dijo que la gloria después de la muerte, es un buen viento después de un naufragio.

La gloria es buscada por muchos; pero encontrada por pocos, y eso mediante la crugía que hay que pasar, para tener derecho á la gota de tinta con que la posteridad escribirá un nombre en alguna olvidada página de la Historia.

He dicho que no conozco personalmente á esta bella señora; pero sí la he visto, y á veces con despecho, en sus múltiples manifestaciones.

Una estatua de bronce ó mármol levantada en una plaza ú otro lugar público: he aquí la gloria en el metal y en la piedra y en su más espléndida manifestación.

Cuando he leído que un juglar ha recorrido el mundo con un cerdo, llamado Pompeyo; que la reina de Suecia ha obsequiado á una equitadora un caballo que se llama Lord Byron, y que en el hipódromo de Santiago de Chile han corrido parejas Napoleón I, que es un potro colorado *pur sang;* Cavour, que es un caballo blanco; Gambetta que es un potro alazán, y la Ristori, que es una buena yegua torda, cuando he leído esto, digo, no he podido por menos que exclamar enfáticamente: he aquí la gloria de estos hombres célebres, resplandeciendo en un marrano y en unos cuantos caballos del hipódromo!!

Homero y el Dante, César y Carlos V, Miguel Angel y Rafael, Garibaldi y Washington, Lamartine y Víctor Hugo, andan pintorreados en cajetillas de fósforos de cera que se venden á tres por 10 centavos, y esta es la gloria, manifestada elocuentemente en dos pulgadas de cartón de una fábrica de fósforos!

En todas las confiterías de Lima hay una especie de pastel de figura romboidea, llamado Pío IX, y en cualquiera fonda de mala muerte se sirve un dulce nombrado Pío V; he allí la gloria de los Vicarios de Cristo, manifestada en los postres de una mesa.

En algún almacén de Guayaquil he visto botellas de coñac que, en vez de tener en las rotulatas, el retrato de Urbina ó de Veintemilla, llevan la imágen de Bolívar; y, ardiendo en ira, he dicho, esta es la gloria del más grande de los mortales!!

Casi no hay cantina donde no se halle el busto de Thiers, sirviendo de envase á un licor empalagoso que hace como de alma del gran político y escritor de la Francia. Ah! y esta es la gloria que, para sensibilizarse al mundo, ha tomado la forma ilustre de un botellón de mistela!

Y anden UU. hechos unas gachas, y cómanse las manos y bébanse los aires tras la gloria!

Por mi parte, juro á Dios que la gloria está en no buscarla, en no andar desalado tras esa sombra fugitiva que muy pocos la alcanzan.

Ser feliz en una vida oscura, pero tranquila, pero honrada: esta es la gloria más apetecible.

Y aquí debo traer por los cabellos á Carlos Rubio y decir con él: « Mi gloria, mi porvenir dorado se me presenta como un gabinetito estrecho, con muebles no ricos, pero sí bonitos; con una butaca, una

mujer amable, un buen libro, una botella de Jerez y un cajón de habanos. »

Esta sería mi gloria; pero gloria de cuatro días; trascurridos los que, bien podría poner el *finis coronat opus* esa otra divinidad que se llama la muerte.

Una pregunta para concluir.

¿Habrá quién dude de mi desapego á la gloria y de esta mi rara misantropía?, ó mejor dicho, habrá quién lo crea?

TRES PLUMAS

I

Pocas cosas tienen tanta importancia histórica como la pluma. Su destino es tan grandioso quizá como el de la palabra; porque si ésta es la expresión de la idea, la pluma es el órgano de su inmortalidad; si la palabra ilumina lo presente, la pluma aspira á la supervivencia, y esclarece aun los limbos del porvenir. La imprenta misma, que lleva consigo todos los laureles que simbolizan las glorias de la inteligencia, ¿qué es sino la continuadora de la pluma, de esta obrera infatigable de la civilización?

Una pluma ¡qué pequeña y efímera es! sin embargo, ¡cuántas veces constituye por sí sola un poder armado, y un poder armado invencible, por-

que su fuerza está en la convicción! Los cañones de todos los tiranos de la tierra pueden quedar vencidos por la pluma de un pensador libre: uno solo de sus rasgos es capaz de conmover los tronos cimentados sobre la base de los siglos.

Más temo á una pluma que á una espada, ha dicho A. Dumas, y con razón: entre el instrumento que daña el cuerpo y el que puede herir el alma, es menos temible el primero.

Y qué de veces han temblado ante ella los ánimos más varoniles y denodados! Clemente XIV abandonó más de una vez la pluma con que iba á suscribir la extinción de aquella célebre orden, que por entonces tenía conmovida á la Europa; Napoleón I, que siempre desafió las lluvias de metralla, vaciló ante la pluma con que debía firmar el acta de abdicación de las coronas de Francia y de Italia: el pontífice conoció que su pluma iba á ser lo que la espada de Guzmán el Bueno, arrojada desde los muros de Tarifa..... y Bonaparte vió que, después de un rasgo de la suya, iba á sonar la hora de la venganza de los reyes y la justicia de los pueblos; y ambos se estremecieron de horror.

Plumas hay de grande celebridad y que los hombres han sabido estimar como se merecen. La que sirvió para firmar el tratado de Tilsitz, después de la campaña de Friedland, fué vendida, hace

poco, en París por una considerable suma : un museo de Londres enumera entre sus adquisiciones la pluma que usaba Lord Byron, quizá la misma con que escribió su *Child Harold;* Lamartine cuenta que visitando un día la biblioteca de Víctor Alfieri, robó la pluma con que el poeta italiano había escrito sus versos inmortales.

Y si tal es la importancia que se da á una pluma, mayor es aún la que tienen dos ó tres rasgos de ella. ¡Cuántos hombres, en efecto, han comprado con su sangre una sola plumada del historiador! ¡y cuántos más pródigos todavía, han sacrificado hasta su honor porque una pluma trasmitiera sus nombres á la posteridad!.....

Existen plumas de diferentes materias y clases. Plumas metálicas, en las que se han empleado el oro y el acero, y plumas de ave, arrancadas tanto al águila que abre sus alas en la inmensidad, como al pobre y pesado avestruz, incapaz de levantarse de la tierra.

Plumas que arrojan luz como una antorcha, ó que queman y matan como el rayo.

Plumas que apetecen la dulzura de la miel ó que buscan sedientas el hervor de la sangre para empaparse en ella.

Plumas que podrían servir de pincel á Murillo para colorear sus vírgenes divinas, ó que se mojan en

tinta, en la tinta que todo lo mancha ó lo ennegrece.

Plumas que saborean el néctar que guardan las flores en su seno, ó que áridas gustan el tósigo mortal.

Plumas gloriosas que deben vivir eternamente, ó plumas de maldición, que no deben dejar ni un recuerdo, porque hasta sus recuerdos son tristes y abrumadores.

Entre esta inmensa variedad de plumas, se encuentran la del sabio, la del literato y la del músico, que, en mi concepto, son las más brillantes y grandiosas que la mano del hombre puede manejar sobre la tierra.

II

La pluma del sabio deja en sus sorprendentes evoluciones una inmensa estela de luz.

Es el instrumento que, en medio del vaivén de los siglos, hace brotar las fuentes que manan la vida del corazón y del espíritu; las fuentes purísimas que son para las inteligencias magnánimas lo que, según la leyenda, fueron para los israelitas los raudales de agua que brotó la roca del desierto, al contacto de la vara de Moisés.

« Pluma arrancada al águila y cortada con sublime tajo por la mano del genio », su destino es revelar al hombre los secretos de la sabiduría.

Atrevida como Prometeo, roba el fuego santo de la idea, y vigilante como una vestal, lo guarda en el templo de las ciencias.

Traza la órbita de un sol que acaba de encenderse en el espacio, y enumera los millares de osamentas de microzoarios antidiluvianos, que una lente ha podido contar en el invisible átomo de polvo.

Se deja llevar como el espíritu de Dios sobre las aguas de los mares, y allí examina el organismo del inofensivo pólipo y del inmenso cetáceo que domina como rey en el mundo submarino.

Penetra en el reino encantador de las plantas y descubre desde los soberbios gigantes de la vegetación llamados boabdales y helechos arborecentes, hasta la pobre alga que nada sobre las ondas y el musgo que tapiza las encinas; ya sorprende los secretos admirables de la *valis neria* que baja al fondo de las aguas para fecundar su fruto, ya revela la misteriosa vida de la *mimosa pudica,* que cierra sus hojas apenas cruza la más ligera nube por el cielo ó siente el más ligero rumor sobre la tierra.

Pesa el aire en las cimas del Himalaya ó en las nieves perpetuas del Chimborazo, y mide los grados de calor á más de 800 metros verticales bajo la superficie de la tierra.

Coordina los acontecimientos presentes del orden social en vista de las tradiciones del pasado, lee en lo porvenir los cambios de la vida política de los pueblos, lanzando al mundo aquellas sublimes utopías, que el tiempo viene á transformar en realidades

de alta importancia, en el terreno de la ciencia social.

Profundiza ese abismo de magnificencias y de miserias, llamado corazón humano, é investiga la esencia de Dios.

Tal es la pluma que han manejado Moisés y Sócrates, Tácito y Plutarco, San Jerónimo y Santo Tomás, Newton y Kant, Pascal y Lamenais, Linneo y el barón de Humboldt, y tal es la pluma del sabio.

III

La pluma del literato es un pincel que tiene tintes para todas las escenas de la vida; que refleja como un espejo la humanidad, idealiza el amor, expresa todos los dolores y los desencantos del alma; muestra todas las esperanzas é ilusiones que revolotean al derredor del hombre.

Adoradora de lo bello, pasea la inmensa pradera literaria, recogiendo como la abeja la esencia de las flores para elaborar un néctar más dulce que la miel hiblea; se remonta en vuelo majestuoso hasta los astros, no para darles leyes, sino para modular ese himno que en coro levantan los orbes; penetra en la espesura de un bosque secular, y allí presta oído á los rumores de las brisas y á los murmurios de las fuentes; no mira en cada árbol un ser organizado,

sino una arpa eolia con cuyos sonidos se forma la divina aria con que las selvas glorifican á la naturaleza.

Està pluma brillantísima la manejan los que pertenecen, ya á la escuela clásica de Job, de Homero y del Dante, ya á la romántica de Chateaubriand, de Víctor Hugo y de Schiller.

Amando todo lo que es bello y artístico, la pluma del literato se convierte á veces en espada que hiere en la parte más débil del vicio para darle muerte. Humilla entonces á la ignorancia presumida y concede laureles para todos los méritos; relega al olvido las reputaciones de oropel, y labra cuidadosa la tosca piedra que esconde el diamante que más tarde saldrá á beber la luz; pero para esto debe ser manejada por el verdadero crítico; es como la espada del Cid que no es omnipotente cuando la empuñan otras manos; las plumas de Juvenal y Horacio, de Cervantes y Larra han merecido bien de la humanidad por esta razón; y al contrario la de Aristófanes ha pasado á la posteridad con los anatemas de la historia.

Desgracia es que la pluma del literato se convierta á veces en instrumento de demolición, cuando la manejan manos como la de Paul del Kock, de Pigault-Lebrun y de otros.

Triste es que se manche de fango, otras veces,

constituyéndose en pluma que hoy ensalza lo que ayer deprimió; que hoy levanta ídolos para adorarlos y que mañana los romperá sobre sus mismos altares. Pluma esclava que forma siempre el cortejo de los déspotas y afortunados de la tierra y que es manejada por hombres desgraciados, que, como diría Víctor Hugo, cualquiera que sea la posición de sus cuerpos, conservan su alma siempre de rodillas....

Séneca, cantando al emperador Claudio, Marcial á Domiciano, y Milton á Cromwel, han disminuido mucho su gloria literaria; y por el contrario la han engrandecido más Ducis, Delille, madame de Stael y Lemercier, consagrando su pluma á la libertad, y levantando su frente con toda la grandeza de hombres pensadores en presencia del César de la historia moderna.

IV

Pasemos á aquella hermosa pluma hermana de la del poeta, á aquella que han manejado en sus horas de inspiración Haandel y Rossini, Mozart y Weber, Verdi y Donizetti, á la pluma del músico.

Con un diccionario formado apenas de siete voces recorre esta pluma sobre cinco líneas horizontales, dejando en ellas cuanto puede desear la imaginación más ardiente, y la sensibilidad más perfecta y educada.

Tiene rasgos que varían hasta lo infinito.

Austera y grave, produce las armonías que retumban en la bóveda de los templos, y sumergen al hombre en la meditación, llevándole hacia lo más ideal; afectuosa y apasionada, expresa los sublimes trasportes y las dulcísimas emociones del alma ena-

morada; melancólica y patética, escribe con lágrimas aquellos lamentos que se repiten en el lecho del agonizante ó sobre las tumbas del cementerio; festiva y juguetona, imita las evoluciones de la mariposa ó los cambiantes de la luz, para pintar todas las alegrías y placeres de la tierra; patriótica y entusiasta, infunde impetuosidad y valor en los ánimos, arrebata á los pueblos y los conduce serenos ó airados á la muerte ó al triunfo.

Si queremos conocer cuán fecunda y expresiva es esta pluma con el reducido número de voces que forman su idioma, leamos sus producciones admirables, descifremos lo que dicen esos puntos negros que deja en el papel; y en ellos encontraremos el trino del ruiseñor á la hora del crepúsculo y el canto matutino de la alondra, al lado del rugido del león, que conmueve los desiertos, y el chillido del águila que se cierne entre las nubes; el plácido susurro de los arroyuelos, y el estrépito de las olas; el sonido que ocasiona la ligera ala del cisne al rozar la límpida superficie de un lago, y el bramido del huracán, que barre las cataratas con su soplo, según la atrevida expresión de Lander.

Prestemos oído á esa reunión de suspiros y plegarias que forman la misa de *Requiem*, que nos ha legado el genio de Mozart : desde el introito nos parecerá que escuchamos los ecos de la tumba y los

sordos rumores del vertiginoso abismo de la eternidad; y al llegar á aquella parte en donde solloza el órgano, acompañando á esa epopeya del dolor, como lo ha dicho un escritor creyente, á esa elegía del *Dies iræ, dies illa*, que es el sublime de lo terrible, nos estremeceremos al oír los lamentos del alma que, anonadada por su culpa, pero confiando en la misericordia divina, ruega, grita, gime porque el Criador olvide la falta de la criatura; y temblaremos de espanto al oír el inmenso y postrer alarido del mundo, que se destruye á la voz colérica del Dios justiciero en su día de venganza.

Oigamos traducir lo que dicen esas mínimas y corcheas que han dejado las plumas de Haandel y de Bethowen, y nos parecerá escuchar el Océano que, después de rugir en sus momentos de agitación, queda en silencio y como dormido, besando la humilde playa de arena. Fijémonos en aquellos sublimes *crescendos* de Rossini, y nos parecerá oír el lejano ruido del trueno que progresivamente aumenta, hasta formar un espantoso tumulto, ó el silbido del viento en el bosque, que principia sacudiendo suavemente la débil hoja, y acaba desenfrenado haciendo crujir los corpulentos árboles.

¿Deseamos todavía admirar los triunfos de esta pluma? pues oigamos ejecutar las notas escritas por Carulli y Paganini, y ya no sentiremos el grandioso

estrépito que asombra, sino la delicada y tierna melodía que nos sumerge en esa divina somnolencia, que produce el más íntimo deleite que el hombre puede gozar. Sigamos, por fin, la huella de las plumas de Donizetti, de Bellini y de Verdi; y la demencia de Lucía, los celos de Norma y la pasión de Julietta nos conmoverán infundiéndonos lástima en el alma.

¡Bendita sea, pues, la pluma del músico, que llena el corazón de sentimientos y puebla la tierra de armonías!

V

Tales son los principales rasgos de las plumas del sabio, del literato y del músico.

Plumas que llevan consigo cuanto hay de grande, de bello y de bueno en el mundo moral; porque están consagradas á extender la noción del bien y la idea del progreso, á realizar sobre la tierra la comunión del pensamiento, á inmortalizar las obras del ingenio, á pesar del tiempo que destruye las mismas ruinas, y á ser en medio del naufragio universal de las cosas criadas, el *arca de Noé de la inteligencia*, según la expresión de Campoamor.

SESENTA MILLAS

Tal es el nombre de pila de un mulo que, por zancas ó por barrancas, ha venido á ser de mi propiedad, y al que he resuelto sacarlo hoy de punta en blanco por las calles... en el periódico se entiende, poniéndolo á disposición de los lectores que sepan afirmarse en los estribos advirtiéndoles que no les arriendo la ganancia.

No ignoro que el poeta Lucano y otros han cantado al asno; pero no sé si la Historia consagre siquiera una línea á algún célebre mulo, como ha hecho con *Bucéfalo*, caballo de Alejandro Magno, que cargaba contra el enemigo á manotadas, y como ha sucedido también con *Babieca* que, al entrar en las peleas con Rodrigo Díaz de Vivar, dicen que hacía más estragos entre los sarracenos que un regi-

miento entero de cristianos : lo único que yo sé perfectamente es que los caballos de hoy corren parejas con los generales que los montan, y que éstos en las guerras salen siempre airosamente á uña de caballo; así como no ignoro que los mulos están encargados del tiro de los avantrenes y de la conducción del parque y equipajes, servicios que no los prestan los caballos, y que valen más que todas las manotadas y coces de *Bucéfalo* y *Babieca;* y sé además que si en un tiempo, no muy lejano, la bestia mular estaba destinada al servicio de los arzobispos, obispos, curas etc., era también el lujo de los aristocráticos establos de Londres, de las caballerías reales de Carlos X de Francia y de los reyes de España.

Siendo *Sesenta millas* de raza híbrida, esto es, el término medio entre dos especies, ha sacado la agilidad y la fuerza de la madre, junto con la sobriedad, la resistencia y la mansedumbre del padre. El talento indudablemente debe también venirle por línea paterna, pues todos los días vemos en este mundo asnos que tienen fama de talentosos é ilustrados. De la raza de la madre, apenas sé que entre los caballos célebres, se llamó *Volucris* el de L. Vero, *Orelia* el de Rodrigo, último rey godo, *Billadoro* el de Roldán, *Bayardo* el de Reynaldos de Montalván y *Rocinante* el de don Quijote de la Mancha; que el caballo *Incitatus* de Calígula llegó, por sus méritos, á ser

cónsul romano; y que si es verdad que se nos habla del Caballo Pegaso de la Mitología griega y del Hipógrifo de Astolfo que diz que tuvieron alas, todo esto no pasa de ser pura parleta, buena para que la crean los nenes y las viejas de marras; en cambio, la Historia cuenta que la burra de Balán pronunciaba discursos y hablaba con más seso que muchos oradores políticos, forenses y parlamentarios; y ella precisamente debe de ser uno de los ilustres ascendientes, en el árbol geneológico de mi noble mulo. Igualmente no me queda duda de que entre sus antecesores se halla el borrico en que tuvo á bien cabalgar Jesús (si es que puede decirse *cabalgar* hablando de burros) cuando su entrada triunfal en Jerusalén. Cuenta la tradición católica que ese pollino ó pollina no quiso vivir en la ciudad deicida, y que caminando sobre el mar á casco enjuto, fué á tenerlas á Chipre; de allí pasó á Rodas, Candía, Malta, Sicilia, Aquilea y que, por fin, se estableció en Verona, donde murió y están sus reliquias encerradas en un asno artificial hecho expresamente para tan laudable efecto.

Según la ciencia, el mulo ordinariamente tiene cuatro pies de altura; el mío, aunque posee cuatro patas, no tiene los cuatro pies de que hablan los zoólogos; lo cual no importa, porque, en virtud de la ley de las compensaciones, lo que le falta de cuerpo le sobra de espíritu, y váyase lo uno por lo

otro. Ya quisieran ser así ciertos tagarotes sin pizca de valor.

Como algunos mozos casquivanos, *Sesenta millas* es muy ligero de cascos, pero lo que en esos fatuos es un defecto, en mi mulo es una perfección, y francamente no cambiara, ni con gabela, los cascos de mi humilde solípedo con los de aquellos mequetrefes, aunque los tengan igualmente cerrados y duros.

Siento que á los individuos de su especie, á cuenta de tener el lomo duro y arqueado, como hecho para soportar grandes pesos, se les considere como las bestias de carga por excelencia; y lo siento, porque esto de ser bestia de carga, si es la prueba de fortaleza, también lo es de poca dignidad : ahí están sino muchas gentes que, á fuer de tales, llevan sobre sí, no digo tres quintales, que es la carga habitual de las bestias mulares, sino el enorme peso de alguna iniquidad y, lo que es más doloroso, el de alguna calumnia hábilmente urdida por un enemigo infame.

El mulo es un ser excepcional por muchos conceptos, hasta en la duración de su vida. Esta, en todo animal, se halla en relación directa del tiempo que están en el huevo ó en el vientre materno; así el elefante que permanece de esta manera tres años, es el que más larga vida tiene; entre los demás cuadrúpedos, solo el mulo puede vivir medio siglo, los

otros, como el caballo, el buey, etc., no pasan de treinta años.

Sesenta millas no ha comenzado ni siquiera la época de la pubertad, todavía no es ni un barbiponiente; pero no dudo que llegará á peinar canas, así podrá cuando se le ofrezca echar más de una a. aire.

Sin embargo de su edad, nunca ha andado en chicoleos ni haciendo carantoñas á nadie, pues en ese punto es un modelo de perfección, desmintiendo así á la Biblia que, al hablar de ciertos hombres, asegura que son *sicut equus et mulus quibus non est intellectus*, pues *Sesenta millas* tiene más juicio que los que se llaman racionales en aquello del sexto capítulo del tomo.

En lo único que prueba su corta edad y en lo que ha dado su pata á torcer, es en la decidida afición á la poesía. El murmullo de un arroyuelo oculto entre la maleza; el susurro de la brisa entre las hojas de un bosque; el canto de las aves al romper la aurora, los bramidos del océano, los ecos de la tempestad, en fin todo lo bello y lo sublime le cautivan la atención y le hacen parar las orejas : tengo para mí que el día menos pensado va á sorprender al público, como ciertos bardos, con algún poema en octavas mulares, poniendo á sus concolegas en el caso de discernirle una corona, abriéndole de par en par las

puertas del templo de la gloria, como á un hijo mimado de las Musas.

Lo malo en esto se halla en que don Mariano Calderón, que es el que me lo cuida, conociendo la vocación del niño, lo tenga, de vez en cuando, haciendo décimas ó sonetos filosóficos...

Pero no solo gusta de los versos, como algunos jovencitos que no saben hacer otra cosa mejor; también cultiva algunas ciencias, y entre ellas sobresale la Botánica. Conoce admirablemente las plantas y ha hecho profundos estudios, v. g. sobre los diferentes géneros de *zacate*, digiriéndolos concienzudamente y convirtiendo en sustancia propia las... doctrinas de la vasta y agradable ciencia.

Para lo que nunca ha tenido vocación, es para la política. Por su carácter no puede sufrir ancas ni echarla de diplomático, ó mentiroso que es lo mismo; amigo de las líneas rectas, jamás ladea en el camino que recorre; desde que nació no ha mudado del color pardo que tiene, y el político, hablo del bueno, ha de ser como Proteo ó siquiera como el camaleón. Si alguna vez tomara cartas en ese desván gatero que nosotros llamamos política y resultara con talento para formar filas en la oposición, sería un liberal que, sin pararse en chiquitas ni andar cometiendo indignidades, como hacen muchos, pisaría duro y parejo, de suerte que resul-

tara lo que con el caballo de Atila, que donde plantaba el casco no volvía á crecer la yerba; por lo mismo no espero que llegue á ocupar ni siquiera el puesto de Alcalde de alguna municipalidad, y con esto queda dicho todo.

Por lo que hace á sus conocimientos militares, quizás podría ponerle la pata á Von Molke: conoce todos los pasos, sobre todo el de carga, marcha admirablemente, entiende de táctica y para atravesar un desfiladero y verificar retiradas, nada tiene que envidiar ni á Jenofonte, ni á Napoleón I ni á otros militares que saben muy mucho eso de retirarse á tiempo y salvar el pellejo.

Como la Teología es la ciencia del que no tiene ninguna otra, dudo que *Sesenta millas* sea un pozo de sabiduría ni mucho menos á ese respecto; y creo que en materia de carreras, para la que es tan hábil, nunca seguirá la carrera clerical, y en verdad que ni hace falta, pues no es muy escaso el número de los que componen la tribu de Leví.

He dado algunos perfiles de la fisonomía moral de *Sesenta millas;* por lo que hace á su parte física, de buena gana haría su retrato de cuerpo entero, para que se queden con envidia ciertos lindos que no lo son tanto como mi mulo; pero no lo hago, á fin de que esos relamidos insustanciales se queden en el buen concepto que de sí mismos tienen, pues

pudiera ser que se enamoraran tanto de su gallarda estampa, que se murieran de amor como Narciso; y prometo que el día que eso suceda, tendré y con mucho gusto, candela en el entierro.

LAS CALLES DE LIMA

En Lima, como en todas partes, hay cosas privadas y cosas públicas.

Las primeras gozan de inmunidad, y no hay, por ende, que tocarlas.

No así las segundas.

Entre éstas, que son innumerables, se encuentran la opinión *pública*, el tesoro *público*, los archivos *públicos*, los escribanos *públicos*, los hombres *públicos*, y hasta las mujeres *idem*.

Pero entre estas cosas y personas públicas, hay unas que son más pisoteadas que la opinión, más invadidas que el tesoro, más empolvadas que los archivos, más anchas que la conciencia de los escribanos, más estiradas que los hombres públicos y

casi tan desgraciadas como las mujeres á quienes se concede este infáusto calificativo.

Y son las calles *públicas*.

Tendidas cuan largas son, ahí se están día y noche, sufriendo los desacatos de toda una población.

No hay quien no les irrogue alguna ofensa.

Los cocheros las torturan con las ruedas de sus coches.

Los médicos las atropellan con sus caballos.

Los ingleses las hacen temblar bajo sus plantas enormes por lo regular.

Los ociosos las azotan y las aplanan.

Los municipales las mandan llenar con *rípio*, dejándolas ni más ni menos como las coplas de Calainos.

Los patriotas las desempiedran en los gloriosos días de las elecciones populares.

Los empresarios de la tranvía les plantan durmientes con sus respectivos lechos, y las remueven y taladran á cada dos varas, en que el carro urbano comete la inurbanidad de salirse de los rieles, sin duda para no dejar en zaga al honor, á la virtud y al patriotismo, que andan siempre descarrilados en este desventurado mundo.

Los mayordomos de las casas las ponen de oro y azul todas las noches, arrojándoles basura al golpe de las diez ; y por fin, una comisión de chinos las

recorre entre gallos y media noche, dándoles furiosos escobazos, como si quisieran levantarlas del sitio donde las tendieron, al sol de Dios, los españoles del tiempo de Pizarro.

Mas, por la ley de las compensaciones, en medio de tantos ultrajes, tienen algo que las enorgullece, y es que no sólo son ruedas, cascos de caballos, zapatos ingleses, basura y escobazos los que se asientan sobre ellas, sino que también las oprimen suavemente esas botitas de *taco* que aprisionan los diminutos pies de tantas lindas muchachas; cada una de las cuales nos hace envidiar hasta la suerte de las calles y exclamar con el poeta:

« Yo que por ser lo que su planta huella
El cielo con delicia dejaría. »

*
* *

Las calles de Lima tienen una recomendación valiosísima, y es que son rectas, cualidad muy rara en estos tiempos en que la rectitud no se conoce ni siquiera en los tribunales de justicia.

Por otra parte, nos ofrecen el notable fenómeno de que siendo propiedad de más de cien mil habitantes, que las poseen *proindiviso*, hasta ahora no han dado origen á ningún pleito, á pesar de que tanto abundan los letrados. Con razón, pues, el idioma

conserva aquel refrán español que dice : « La calle del rey para todos es ».

Las calles son también un poderoso recurso en varios casos de la vida pública y doméstica.

Cuando un hombre ha perdido todos sus bienes de fortuna, naturalmente se queda en la calle ; y mucho cuento es esto de tener donde quedarse, cuando todas las puertas se cierran.

Si un pelagatos importuno y fastidioso nos mortifica en nuestra casa, nos queda un poderoso arbitrio, y es el de enviarle á freir espárragos, poniéndole de patitas en la calle.

Si queremos coger á alguno al esportillo, no hay sino que volverse paseante en calle, pues en ella se encuentra uno con los que desea, y hasta con aquellos á quienes jamás quisiera ver.

La persona que se ha echado el alma á las espaldas y dado al traste con la honra y dignidad, ¿ qué es lo que hace ? Tomar la calle del medio... cosa muy fácil y desgraciadamente muy común.

Cuando estamos enamorados, cosa que también suele ser fácil y común en este valle de lágrimas, tenemos que constituirnos en acereros y rondar la calle donde vive el adorado tormento.

Si por haber cometido el pecado de ingerirnos en política nos persigue el gobierno, quédanos el recurso de tomar soleta ; es decir, de coger la calle, y

si esto no es posible, porque nos cercan los esbirros, es forzoso abrirse calle por entre ellos.

Finalmente, cuando alguno, como hay muchos, trata de lucir con los trabajos ajenos, y se hace necesario desairarle por usurpador, no hay más que soltarle en la calle, que en ella recibirá su merecido, pues « á quien de lo ajeno se viste, en la calle lo desnudan ».

*
* *

Cada una de las calles es una escuela pública de costumbres, una especie de escenario donde todos somos actores.

El que quiere estudiar los usos y prácticas de una sociedad, deje los salones donde la hipocresía oculta la realidad, salga á la calle y hará su agostillo.

En ella encontrará lances que le ganarán el corazón para la alegría, y reirá al presenciar, por ejemplo, esos amores al aire libre que tanto tienen de cómicos y risibles.

Verá mozalbetes de poco más ó menos, haciendo la rueda á las buenas mozas y dirigiéndolas ternezas y requiebros sin fuste ni muste; y verá viejos verdes siguiendo la pista á las pollitas y requiriéndolas de amores, persuadidos los almas de cántaro

de que al gato viejo el ratón tierno viene de perlas y como miel sobre hojuelas.

El que es dado á la reflexión tiene un océano de filosofía donde nadar.

Ahí están dándole un tema en los ojos el aparatoso lujo que se ostenta á pesar de la crisis económica.

Ahí « la virtud, el honor, y el saber sin dinero atropellados y escarnecidos por el dinero sin honor, sin saber ni virtud ».

Ahí están, sobre todo, los rótulos de las tiendas y los avisos de las esquinas y de los *kioskos*.

Recordemos algunos.

Las palabras « Banco de Piedad » escritas sobre las puertas de los prestamistas, convidan á reflexionar que sólo en estos tiempos pueda convertirse la usura en obra de piedad y de misericordia.

Los rótulos de « Se vende la Patria » y « La Opinión Nacional », á 10 centavos, que se lee en casi todas las cigarrerías significan mucho y traen á la memoria que si los cigarreros venden « La Patria », los altos magistrados de las naciones venden á la patria ; y que si hay quien venda « La Opinión Nacional » por 10 centavos, muchos existen que venden opinión propia por menos todavía.

La frase se « Vende al contado » que se ha escrito en muchos grandes almacenes, así como la conocida

inscripción de « Hoy no se fía, mañana sí » puesta en la humilde tienda del vendedor de comestibles, encierran una verdad capaz de hacer meditar á cualquiera, especialmente á los que, hallándose sin blanca, necesitan de la confianza de los vendedores.

Las primeras palabras son terminantes y matan de un golpe toda esperanza, las segundas son más galantes y tienen más sabiduría ; porque al mismo tiempo que le ponen á cubierto de una quiebra al vendedor, alimentan las esperanzas del parroquiano, que aguarda indefinidamente el día de mañana que nunca llega.

*
* *

Las calles de Lima están divididas en *jirones*, y en esto se parecen á la hacienda pública que se halla hecha jirones, como la que más.

Cada una de las calles de estos jirones ha recibido con las aguas del bautismo un nombre especial. Nombres que no dicen nada, ó dicen lo contrario y vienen á ser una ironía de marca y contramarca.

Para dar ejemplos de esto último, recuerdo que la justicia debe principiar desde casa, y comienzo por mi calle.

Llámase ésta *Mata judíos*, y yo sé que á nadie se le ha dado muerte en ella, menos á los hijos de la

Judea. Si alguien lía el petate, sin que la calle ni nadie lo mate, es seguramente cristiano, ó cuando mucho, moro ; porque antes creo que mi barrio se componga de moros y cristianos, que de éstos y judíos.

La calle de *Barbones,* aunque no es únicamente de babilampiños, sin embargo no cuenta ni con un solo sujeto que peine barbas de padre capuchino; así que se miente por la barba cuando se asegura que es la calle de los barbones, á no ser que se llame barbones á los que no tienen barba, como se llama *pelones* á los que no tienen pelo.

Igual cosa sucede con la calle del *Jigante* en que no se halla ni para remedio uno de semejante catadura ; y con mucha razón, porque el tiempo de los jigantes ya pasó, estamos en la época en que no se ven sino enanos, especialmente en el orden moral.

Así como en la calle del *Tigre* no existe esa fiera ni en pintura, así en las de los *Patos* no hay una sola de estas aves, para tomarla con arroz, como no hay en la del *Huevo* ni siquiera un cascarón, á no ser por carnavales, en que las vecinas de este barrio, sin andarse en chiquitas, echan el bodegón por la ventana.

Por más que el hombre sea un *animal omnívoro,* como lo califican los sabios, no es posible que sea tan animal como un borrico, ni tan omnívoro que

coma sebo ; luego la calle de los *Borricos* y la de *Come sebo* son una terrible ironía para los infelices que viven en ellas.

Por este orden van las demás, y así continuarán ; porque aun cuando se les varíen los nombres, el pueblo sigue en sus trece y continúa llamándolas con los antiguos, por más que suenen mal y sean un disparate de tomo y lomo.

El único remedio en tal coyuntura es hacer que sus actuales nombres guarden perfecta armonía con su destino.

Cosa fácilmente hacedera.

Véase cómo.

Señálase, verbi-gracia, la calle denominada *Siete geringas* para que la ocupen exclusivamente los alguaciles, las suegras, los primos de las novias, los cobradores de los ramos del alumbrado y serenasgo, de la empresa del agua y demás geringas existentes.

En la calle que se llama de *Pobres*, ya que no es posible poner allí á todo el Perú, póngase á los mendigos y á las beatas ; á los unos por pobres de bolsillo, y á las otras por pobres de espíritu.

Desígnese la calle del *Suspiro*, para los enamorados que alimentan el fuego del amor platónico, la de los *Afligidos*, para los que han recibido calabazas ; la del *Noviciado*, para los que se hallan en

la luna de miel, y la del *Panteoncito*, para los que han completado un año de matrimonio.

En la calle de la *Pólvora*, debía plantarse á los militares; pero como la mayor parte de estos señores no han olido esta sustancia, ni menos son del número de los que la inventaron, será bueno que se les coloque en la calle de *Matasiete*, que allí estarán como en su casa.

Las cuadras de la *Penitencia* y de la *Amargura*, aunque diametralmente opuestas, les tocan en ley de justicia, y de un modo exclusivo, á los directores y profesores de los colegios de instrucción primaria y media. Díganlo si no los del oficio, que en penitencia de sus culpas, tienen que saborear las amarguras que les proporcionan los padres de familia, á la par que los pilluelos de los muchachos que parecen hechos de la piel del diablo.

Nadie puede disputar la calle de *Judíos* á muchos de los señores del alto, medio y bajo comercio; la de la *Salud* á los señores médicos; no tanto por la que dan á sus enfermos, como por la que ellos gozan; y la de la *Pelota*, á los políticos saltimbanquis, que andan siempre dando zapatetas, vueltas y revueltas, que brincan y saltan, se elevan por los aires y se arrastran miserablemente por el suelo.

En la calle de *Gremios* estarán naturalmente los eartesanos y n la de *Gallos* los periodistas. Y nótese

que no decimos que éstos deben ocupar la de la *Imprenta*, sino la de *Gallos*; porque los periodistas gastan plumas, tienen gran copete, viven batiéndose entre ellos, cantan á todo sol naciente, y sobre todo, porque casi siempre están los cuitados como el gallo de Morón...

La calle de las *Cruces*, que es bien larga, debe consagrarse para los indefinidos, jubilados y viudas que tienen sus dares y tomares con el crucificado tesoro de Hacienda; pero, como no alcanzaría á caber en ella ni la mitad, sería necesario que ocuparan también la de *Mogollón* y la que se llama *Espalda de Santa Clara*, especialmente esta última, porque estando así á las espaldas milagrosas de la Santa, podía el Gobierno tomar aliento y descansar algo de la pesada carga que le lleva boca abajo.

Destínese las calles de los *Desamparados* y de la *Soledad* para los hombres honrados y dignos; la de la *Pescadería*, para los empleomaniacos que viven pescando destinos; la del *Refugio*, para las solteronas; la del *Corazón de Jesús*, para los restos de Santo Toribio de Mogrovejo, San Martín de Porras y Santa Rosa de Lima, y la *Faltriquera del Diablo*, agrandándola, para las mujeres de la vida airada, los gobernantes que faltan á sus juramentos, los revolucionarios de profesión, los viles, los presuntuosos y soberbios por sus riquezas mal adquiridas,

una gran parte de los frailes, los avaros y los *piadosos* usureros que son padres de los pobres, no porque los socorren, sino porque los hacen...

Debía reservarse la de *Buenos Aires* para ciertos ministros de Estado, vocales de la Corte, conónigos y demás gente finchada, que anda dándose los aires de grandeza; y la avenida de *La Industria*, para muchísimos caballeros que la frecuentan.

A la calle de la *Moneda* y á la que, sabe Dios por qué lleva el nombre de *Ya parió*, ignoro quienes en conciencia deben ir; porque, contando á ojo de buen cubero, en estos tiempos de papel, pocos serían los poseedores de moneda que merecieran vivir en la primera calle; y por el contrario, innumerables serían las que fueran á ocupar la segunda, á fin de que le viniera bien el ultra-significativo nombre que actualmente lleva.

Con lo dicho, dejo de echar mis pensamientos á la calle, y punto en boca!

¡ MÉTASE U. EN CAMISA DE ONCE VARAS !

Válame D. Jesucristo, fijo de la gloriosa! cuánto les pide el cuerpo á los editores de periódicos! pues acabo de recibir una esquelita, en que uno de éstos me dice, entre otras cosas muy cucas, que escriba una revista sobre política, literatura y modas salvadoreñas.

De las revistas solicitadas, nó le enviaré las que se refieren á la política y la literatura, por la sencilla razón de que, gracias á Dios, aquí no nos ocupamos de semejantes temas, como sucede en otros países más atrasados que el nuestro...

En materia de modas, bien podría arreglarlas á nuestro meridiano aquellas de que habló el malicioso Fígaro, y todo quedaría á pedir de boca; pero no lo haré, contentándome con decir lo que, antes

de ahora, había pensado sobre esta materia que para mí tiene muchos bemoles.

Hablaré, pues, de las modas, sin peligro de incomodar á los lectores, porque « lo que es de moda no incomoda. »

Todos convendrán conmigo en que ya pasaron los buenos tiempos en que no se conocían los vestidos ni la vergüenza, y que si actualmente no se conoce la vergüenza, no dejamos de conocer lo que son y sobre todo lo que valen los vestidos.

Díganlo si no los sastres y las modistas!

Qué tiempos aquellos! en que nuestra madre Eva, cuando quería emperegilarse y vestirse á la moda, no tenía sino que extender la mano y arrancar una hoja del consabido árbol de higuera, bastando esto para quedar con una hermosura y una elegancia tal, que ya las quisiera para las amigas del que me ha pedido esta revista.

Hoy en día sucede otra cosa. Para vestir una Eva de este siglo hay que hacer la guerra á todos los seres de la creación. Es preciso arrancar las barbas á la ballena, los colmillos al elefante y las plumas á las aves; que sacar el oro y los diamantes del seno de la tierra y las perlas del fondo del océano; que robar al gusano de seda el capullo en que se envuelve para morir, al inocente armiño su blanca piel y á la vicuña las guedejas de la lana que le

abriga en el invierno; que arrancar las fibras al lino y á otras plantas, que hacer multitud de cosas más, sin conseguir vestirla por completo.

El tocador de Eva no tenía mucho que pudiera admirar, desde que la buena madre no usaba otro espejo que las cristalinas linfas de las fuentes del Edén, donde se bañaba el rostro con agua pura y se peinaba la hermosa cabellera con sus torneados dedos de alabastro; el jabón de lechuga y las peinillas de marfil no habían venido al mundo todavía.

Pero hoy, visite U. el tocador de nuestras bellas y encontrará todo un museo : pomos de esencias, pomadas, jabones, cepillos, peinillas, brochas, pastas y aguas cosméticas, polvos de arroz, pinzas, tijeras, alfileres, horquillas, flores, crespos, castañas, cintas y otras quisicosas al pie del indispensable vidrio azogado que es el centro y la parte esencial del tocador.

Pero no se me ha pedido que hable del cambio de la moda, sino la revista de ella; y como los predicadores cuaresmeros, hay que entrar en materia.

Se halla en boga la más apreciada y apretada de las modas, el corsé; moda muy poética que da á las damas la esbeltez de una sílfide y que consiste en la constricción torácico-abdominal por medio de un sencillo aparato que si lo hubieran llevado los

monjes de la Trapa ó los penitentes de la Tebaida, habría pasado buenamente por un cilicio.

Nada fuera que el corsé nos hiciera el favor de dejarnos una generación de muchachas jorobadas y contrahechas, sino que siendo tan general la moda, se teme que la justicia y las demás virtudes sociales, que la libertad de imprenta y las otras libertades públicas se nos presenten también *encorsetadas*, temiendo quizá engordar demasiado, como si entre nosotros alguna vez hubieran llegado esas lindas señoras á ser siquiera algo *metidas en carnes*...

En los círculos del mundo elegante se cree que esta moda caerá, y que pronto tendrán las damas vestidos más holgados; pero haya la *modificación* que hubiere en el talle, nunca será el cambio tan radical como el que está haciendo de nuestras leyes el actual Congreso; pues seguro estoy que no reinará entre nosotros la moda de las gruesas cinturas y vientres postizos que llevaron las francesas en 1559, bajo el reinado de Francisco II, y, que poco más ó poco menos, siempre seguirá el corsé formando cinturas de avispa y amenazando ahogar á la persona que lo lleva.

En punto á cosas holgadas, sólo la conciencia de... algunos y las mangas de camisa se estilan muy anchas.

En materia de postizos, á más de los cuellos y los

puños, están en boga el talento, el valor y el patriotismo postizos, merced á lo que muchos tontos, cobardes y egoístas la pasan admirablemente.

Los trajes escotados están de baja, nadie los usa, ninguno descubre hoy en día su pecho; y lo siento de todas veras, no sólo por lo que respecta á esas tablas de pecho, que, como diría Ricardo Palma, son á propósito para que pudiera asirse de ellas un náufrago, sino también porque al llevar los hombres el pecho *descubierto*, conoceríamos los sentimientos de cada uno, y en consecuencia, nos libraríamos de las zancadillas que con tanta frecuencia nos ponen los hipócritas y los pillos.

Empiezan á estilarse, los artículos de periódicos sobre Unión Centro-Americana; pero son tan cortos y de tela tan ligera que corren parejas con los vestidos de las bailarinas de cancán, que, á fuer de cortos, nos permiten ver el primor de las piernas, haciéndonos enrojecer de vergüenza; porque, aquí, en confianza, nosotros no nos hemos acostumbrado á ver, no digo las piernas de una bailarina; pero ni siquiera la verdad desnuda... Razón tienen, por lo mismo, las bailarinas de nuestro teatro en salir como salen á dar brincos en el escenario.

Están haciendo verdadera novedad las peticiones al Congreso de ciertos miserables pueblos que quieren ser metrópolis, y alguna de éstas ha levan-

tado mucho polvo en las cámaras, si es que hay polvo en esas altas regiones. No me explico por qué; pero creo que esta moda tomará el tole para el barrio de las modas muertas, sucediéndole lo que á las majestuosas colas de los trajes que el bello sexo puso en boga, hace algún tiempo, y con las que metió ruido y levantó tanto polvo, no sólo en los dominios del coquetismo y de la elegancia, sino en las calles de la ciudad, con grave molestia de los transeuntes.

El polizón que en otras partes se llama *categoría*, á Dios gracias, no lo usan nuestras damas; pero en cambio de esa prenda que las mujeres llevan empingorotada en la región retrospectiva de su fachada, tenemos aquí *categorías* científicas, literarias, políticas, militares y hasta eclesiásticas. Quién lo creyera!

Los colores de los vestidos varían como los políticos á la Maquiavelo; los que ayer fueron *rojos*, hoy son negros y mañana han de ser tornasoles, hablo de los vestidos.

Hay una irresistible tendencia en muchos á ocupar gran lugar en los anales de la historia patria; pero como esto no es soplar y hacer botellas, presumo que resucitará la moda de la crinolina, y que metidos hasta los hombres en semejante armatoste ocuparán gran lugar en el espacio, ya que no es posible otra cosa.

Una que otra señora usa *castaña;* pero por la ley de las compensaciones, hay muchos señores que tienen tan alto *copete*, que cuando no causan miedo hacen reír.

Los lunares artificiales, esos pedacillos de tafetán negro y engomado que dieron mucho que predicar á Masillón, no tienen aquí ni un solo aficionado; muy por el contrario, estorban hasta los naturales y se los lleva cuidadosamente ocultos; razón por la cual no hay reputación ni honra que se manifieste ni siquiera con un lunarcito. Qué felices somos!

Entre las modas, hay una que me causa irritación general del sistema nervioso, y es la que usaron las damas de París en tiempo de Enrique II, á saber, la de ocultarse el rostro con caretas. La sociedad toda está en riesgo de convertirse en una mascarada de carnaval, pues no hay conservador que no lleve la careta de liberal, ni retrógrado que quede sin máscara de amigo del progreso, ni separatista que no use la careta de unionista. Ya el lector puede suponer cuántos *quidproquos* no sucederán con semejante maldita moda!

Los guantes no son de rigor, y aunque varios debieran usarlos, á fin de ocultar las uñas, prefieren tenerlas largas... y al aire libre.

En materia de uñas, las de color de rosa de las muchachas bonitas está bien que sean largas y que

no se oculten; pudiera que entre nosotros se las llegue á estimar como en aquellos días en que el poeta Propercio, enamorado de las uñas de Cintia, deseaba ser arañado por ella. Y cuerpo de Cristo! qué gusto sería para nosotros hacernos Propercios y andar señalados por las Cintias. ¡Eso se quisieran ellas!

Capas no las conocemos, ni hay quien necesite de semejante garambaina; porque si es verdad que hasta bajo una mala capa se oculta un buen bebedor, los bebedores buenos y malos que yo conozco no tienen para que ocultarse, ni siquiera de los agentes de policía...

Lo que debería introducirse, según mi humilde opinión, es el uso de la toga romana; con eso, todos los días, estaríamos cubriéndonos la cara, como lo hizo Julio César, y exclamando en actitud trágica: *Tú también, Bruto!* á cada mala acción de tantos Brutos, como, por desgracia, tiene el mundo.

En punto á calzado, ni borceguíes, ni botas granaderas de Cirino Morales, ni cosa que lo valga: todos estamos, más ó menos, en soletas... eso sí, diré con Larra, que *lo más común es andarse con pies de plomo*. Hay lentitud en todo, en el orden físico y en el moral, menos en el baile; porque en eso de mover los pies no nos va en zaga ni el mismo San Pascual Bailón.

Quién no baila entre nosotros! unos de contento, otros de rabia y otros por bailar. En política conozco muchos bailarines; porque está probado que con unos cuantos brinquillos de cancán y unas cuantas piruetas bien hechas, es muy fácil encaramarse sobre el destino que á uno le provoque.

En cuanto á diversiones públicas, no tenemos ninguna, excepto la de colgar un infeliz pato, cada año, en el día de San Juan, costumbre que indica que vamos ganando mucho en civilización, y que caminamos ya que no para delante, siquiera para atrás; pues el asunto es andar.

Desde que se supo la muerte de Gambetta, ha entrado á ser de moda la cerveza negra. Yo comprendo que llegue á beberse por seguir la moda el *bitter* de M. Henot, los *copteles* de Madama Lecroc y el aguardiente alemán de don Teodoro Kreitz; pero tomar á trago recio ese brevaje negro y saborearlo sin hacer gestos, es para mí una cosa más incomprensible que el misterio de la Trinidad.

Pero, en punto á cerveza, debo decir que ya que se nos ha calado de puertas adentro, y que es tónica y medicinal, debe el Gobierno mandar que se introduzca como ingrediente de botica y pagando fuertes derechos.

Todos convendrán conmigo en que la cerveza es más desagradable y fea que la política centro-ameri-

cana, y sin embargo hay que tomarla, porque eso es de *buen tono*, de ahí ha sucedido que tengamos cerveza marcada con la letra T y con todas las letras del abecedario, cerveza negra, amarilla y de todos los colores que tiene un patriota camaleón, cerveza alemana, inglesa, noruega y de todas las naciones del mundo.

Si á pesar de mi ojeriza á este licor, hay que beberlo, para acomodarse á la moda, llene el lector un vaso de la negra. Salud y arriba!

Y no hablo más de modas; quédense ahí todas las que he relacionado y, á mi vez, me quedo yo con la mía, que es nada menos que haberme metido en camisa de once varas, al ponerme á escribir sobre un tema en que si hay mucha tela que cortar, y muchos figurines que me servirían para hilvanar las ideas, no soy el llamado para esta ocupación, ni debo meterme á quitarles su derecho á los sastres y á las modistas.

EL AGUA

Bien entendido tengo que lo que voy á escribir acerca del agua, casi equivale á escribir en ella, y que este artículo de *consumo general,* va á quedar cuando más para el gusto de los decididos por el agua de cerrajas, que son los únicos que no pueden decir : *de esta agua no beberé.*

Sin embargo de tal convicción, diré algo respecto de esta sustancia líquida y trasparente que, después del aire, es el principal elemento de la vida.

Nadie sabe, á punto fijo, desde cuándo se encuentra formada ; pero, siguiendo agua arriba la corriente de los tiempos pre-históricos, se llega á deducir que cuando el globo terráqueo se hallaba incandescente no existía el agua, desde que no era posible ninguna combinación química á esa elevada

temperatura. Más tarde y cuando el calor disminuyó, se reunieron el oxígeno y el hidrógeno que existían en el aire, dando lugar al vapor de agua.

La ciencia ha demostrado que esa unión debió producir un gran desarrollo de fuerza y una inmensa explosión; de manera que si hay algún nacimiento bien sonado y que ha hecho temblar el mundo, es el del agua.

Una vez asociados un volumen de oxígeno y dos de hidrógeno, y así como se enfrió más la atmósfera, la Naturaleza, sin decir : agua va !, porque no había á quien advertir, inundó con ella el asiento de los futuros continentes.

Yo no sé si existe algún aristotélico que opine aún que el agua es un elemento, y si hay todavía algún cristiano que crea con la Biblia que la tierra salió de las aguas, sobre las que *era llevado el Espíritu de Dios*, como lo dijo el Legislador hebreo que, millones de siglos después, diz que fué también llevado aguas abajo por la corriente del Nilo.

Si alguien opina así, después de los inmortales experimentos de Lavoisier, bien puede sotener el mayor absurdo imaginable.

El hombre ha hecho con el agua lo que ha querido : lo ha compuesto y descompuesto, dividido en diferentes porciones y héchola servir para las artes, las ciencias, la industria y el comercio.

Indudablemente el agua nos ha venido como llovida del cielo ; con razón la Iglesia la bendice, dice no sé quién, y los sacerdotes la consagran, digo yo ; porque, en resumidas cuentas, el vino que se adora en el cáliz no es sino el agua de cepas, es decir, el agua que las raices de la vid bebieron de la tierra y que el consagrante la bebe en el altar, convertida en sangre de Cristo, según la doctrina cristiana.

Se ha dado el nombre de *Agua de la Vida* al jugo de ciertas plantas medicinales ; pero yo creo que toda agua lo es, sabiendo usarla en conformidad con las advertencias de la Naturaleza, á quien le bastan para purificar este líquido y volverlo potable algunas plantas, como la *Elodea Canadensis* ó una simple capa de carbón.

Se asegura sabiamente que « el agua no enferma, ni embeoda, ni adeuda » ; pero debía decirse algo más, y es que el agua sirve de medicina. Para la prueba, no hay que fijarse en las aguas minerales y gaseosas, como las de Vichy ; ni en las ferruginosas, como las de Spa ; ni en las yodadas, como las del mar ; ni en las sulfurosas, como las de Bareges, sino en la maravillosa agua de la Virgen de Lourdes, que si no tiene para el químico los diferentes principios de las nombradas, produce para el teólogo los diversos fines con que aquellas se recetan.

El agua es, pues, un elemento de vida y sólo por un castigo del Cielo ocasiona la muerte, como sucedió en el Diluvio Universal; pero aun para eso, la fábula asegura que fué necesario que lloviera por el término de 40 días con sus respectivas noches, lo que manifiesta, y lo diré de paso, que los antidiluvianos fueron hombres que no se ahogaban en poca agua.

Y no sólo alienta la vida de los seres creados, sino que ella misma la tiene; porque, si *vivir*, según los sabios, *es moverse por sí mismo*, nada se mueve tanto y por su propia naturaleza, como este líquido. Esto, sin embargo, no quiere decir que el agua no muera, ahi está sino todo un mar muerto al Sudeste de la Palestina.

El agua tiene un enemigo mortal é irreconciliable: el fuego.

Pero, en lucha, si éste la evapora, ella lo apaga, y no hay para que preguntar de qué parte está el triunfo. El fuego apagado no sirve para nada, mientras que el agua reducida á vapor es el poderío y la gloria del siglo XIX, puesto que ella impulsa las naves en el océano, mueve las locomotoras en los caminos de fierro y trabaja incansable en todas las máquinas inventadas por el ingenio humano.

Y sin embargo de ser opuesta al fuego, el agua es amiga cariñosa de la luz, con la que juega y se so-

laza; basta una sola gota de ella y un rayo de luz, para que éste se divida en siete bellísimos colores. El arco-iris que se ostenta majestuoso en la bóveda celeste, « como el trofeo que deja la tempestad en las nubes », es el resultado de la amistosa unión de millares de gotitas de agua con millares de rayos luminosos.

Meditando Arquímedes dentro del agua y con la corona del rey Hierón en la mano, descubrió el peso específico de los cuerpos. Yo, meditando, á mi modo, mas no dentro, sino sobre el agua, no he llegado á descubrir el peso específico de nada; pero sí razones de peso en favor de esta substancia bienhechora.

Estoy convencido de que el agua casi nunca desempeña un papel indigno ni humilde; en prueba de ello, hay *agua fuerte*, pero no débil; hay *aguas firmes*, y no las hay volubles; existe el *agua angélica*, y nadie ha dado con el agua diabólica; hay *aguas ricas* que son las de olor, y no las hay pobres; todos conocen el *agua regia*, y nadie el agua plebeya; y, por fin, hay *aguas bravas*, que lo son en regla, y aunque también hay *mansas*, fíese alguien de ellas y ya verá donde le da el agua, pues por algo ha de decir el pueblo: « del agua mansa me libre Dios, que de la brava me libraré yo. » Sobre todo, líbrenos Dios del agua cuando se la obliga á

tocar en extremos, porque es terriblemente poderosa ; y si no, sujétesela á un calor de 100 grados Centígrado, bajo una presión de 0,76, ó al contrario désele la temperatura de 0 Centígrado, y en ambos casos desarrollará una fuerza extraordinaria que no habrá obstáculos que á ella se resistan.

El agua además tiene virtudes que ya las querrían muchos hombres.

Que es clara, no hay para qué decir ; por ser demasiado claro que posee esta cualidad que no la tienen tantos hipócritas y taimados de este mundo engañador.

Es generosa, se presta para todo, y, en asocio del jabón, quita toda mancha, excepción hecha de aquellas que... no se lavan ni con toda el agua que lleva el rio : su generosidad es una lección para ciertos ánimos mezquinos y ruines que, por desgracia, abundan.

Es libre y más que muchos pueblos que se juzgan como tales : sólo en las naciones mal organizadas se le impone tributos y gravámenes fiscales.

Es republicana y da ejemplos de igualdad, tendiendo siempre á nivelarse, al contrario de lo que sucede en las sociedades humanas, en que cada uno quiere estar más arriba que los otros.

Es digna, oblíguesela á bajar de alguna eminencia, como se hace con algunos hombres, y se obser-

vará que, á diferencia de éstos, que se quedan buenamente abajo, el agua saltará á la misma altura de donde se la hizo descender.

Es justa : la presión que recibe cualquier punto de su masa, la experimentan igualmente las demás partes de ella, según el principio de Pascal ; mientras que el peso de las cargas sociales jamás se reparte en conformidad con esta equitativa ley de Hidrostática, pues siempre vemos más gravados y oprimidos á los débiles que á los poderosos.

Es pura, porque no la expenden los taberneros que todo lo adulteran. Solo el avaro de Alarcón se dice que aguaba hasta el agua ; fuera de este no hay otro ejemplo en la historia, al paso que no es posible encontrar vino ni otro licor sin su correspondiente bautismo, lo que no me extraña, ya que la pureza es virtud que no se encuentra á menudo ni en las personas ni en las cosas.

Es, por último, un elemento de sociabilidad : donde hay un grupo de hombres reunidos, es porque ella los ha impelido á vivir en sociedad. Taládrense las rocas cubiertas por las arenas del desierto de Sahara, surgirá el agua y el campo de soledad y de muerte dejará de serlo.

Según todos saben, se la encuentra en los tres estados : sólido, líquido y gaseoso ; y como líquido, es capaz de tomar las formas que se le den, á

usanza de los *hábiles* políticos que admira el mundo.

Se halla en todas partes, tanto en las profundidades de la tierra, descomponiendo los sulfuros de hierro, para dar origen á los volcanes, ó en la superficie del planeta, formando desde la apacible fuente hasta el tumultoso océano; como en las regiones de la atmósfera y á más de 7.000 metros sobre el nivel del mar, constituyendo esas nubecillas de color de armiño que tachonan el azul de los cielos, en las tardes de verano: ora formando las gotas de rocío que brillan en los pétalos de las flores; ora cristalizada en mil formas y adherida á las vidrieras de las habitaciones: ya en el tallo de un vegetal circulando como bienhechora savia; ya en fin, en el interior del organismo humano formándose mediante la combustión del aire en los pulmones, para salir convertida en vapor, y en tal cantidad que, según el cálculo de Flammarión, valuando en 1.000 millones la población del globo, cada día se escapan de los labios de la humanidad más de *quince mil millones de quilogramos de agua!*

Cuenta la historia que el macedonio Scyllias recorrió 6 estadios bajo las aguas del mar, para llevar á los griegos la nueva del naufragio de su flota; y no me admira demasiado este hecho, desde que todos pasamos una parte de nuestra vida intrauterina sumergidos en este elemento, que, á partir

de entonces, nos es absolutamente indispensable, como es fácil verlo por las siguientes reflexiones.

Apenas hemos nacido, el galeno exclama : moro al agua! y nos zabulle en ella sin escapatoria y con bastante razón.

Si peligra nuestra vida en esas circunstancias, no falta mano, caritativa que nos eche lo que se llama *el agua del socorro*; y aun cuando no sea así, muy en breve nos llevan camino de la iglesia parroquial, á recibir las aguas de un bautismo que ni conocemos lo que vale ni lo pedimos.

A los 40 días del nacimiento empezamos á llorar y llorando pasamos la infancia ; y bien, las lágrimas no son sino el agua que brota de las glándulas de los ojos para alivio de las dolencias que nos aquejan.

Llegamos á la juventud y nos toma de medio á medio la condena bíblica : tenemos que ganar el pan con el sudor del rostro, es decir, tenemos que comerlo mediante el agua que arrojamos por los poros de nuestro cuerpo. En esta época, vivimos en las aguas de nuestra personalidad; nos vienen ciertos cuidados que nos ponen, como á Tántalo, con el agua hasta la boca ; amamos la gloria, y nos bañamos en agua rosada, y, echando el pecho al agua, nos sumergimos en el insondable mar de las pasiones.

Por fin, entramos en la vejez, y el gozo en un pozo !; porque nos constituimos en hombres de agua y lana para las bellas; vivimos de las ilusiones pasadas y siempre entre dos aguas respecto de lo porvenir; ambicionamos la salud y echamos toda el agua por cosas que ya no podemos conseguir, y en esta tarea de querer llevar toda el agua á nuestro molino, viene la muerte y, hombre al agua ! !

Después de este último trago, que es indispensable pasarlo, los que nos sobreviven toman las aguas del olvido, aguas que por ahora deseo que tome el lector, á fin de que olvide este artículo tan insípido, inodoro é incoloro como el agua.

CONTRA MENTIRAS, VERDADES

La hoja suelta que circuló no ha mucho en esta ciudad con este título, ha quitado la tranquilidad á varios sujetos; pues yo en castigo he mandado á quitarle la cabeza con el verdugo, para ponerla en la prensa más grande de la imprenta de la « Concordia. »

El que la hace, que la pague.

No sé ni quiero saber si esta cabeza es la de Carlota Corday ó la de Medusa; pero el hecho es que ya la colóqué y le he de poner el cuerpo que á mí me da la gana.

Así como alguien contó las gracias que le dieron en un día, yo me propuse, hace poco, contar las mentiras que echaban mis prójimos en una hora, y pude convencerme prácticamente de aquella verdad

de San Pablo que sabe á sulfato de quinina y que dice : *omnis homo mendax.*

Verdad, por otra parte, consoladora para las coquetas, los políticos, los comerciantes, los periodistas y otros, por la sencilla razón de que el *mal de muchos...*

Contra la proposición universal de San Pablo está la opinión del pueblo, que asegura que *los niños y los locos hablan la verdad;* pero yo me adhiero á las palabras del Santo, y digo que también mienten los refranes, pues ¿quién no conoce niños mentirosos, y locos que mienten, asegurando que son cuerdos?

La verdad, según la Lógica, es absoluta ó relativa ; pero la mentira tiene más clases que la Escuela normal. Entre otras denominaciones, es heroica cuando salva á la inocencia perseguida ; disimulable cuando viene al caso ; ridícula si tiene su origen en la vanidad ; forzada si la produce el miedo ; criminal cuando hiere la reputación ajena ; insípida si viene de un tonto ; jocosa cuando nos hace reir, y amarga cuando nos hace llorar.

Ni cómo había de ser, si en este mundo se miente con la boca y con todas las partes que tiene el cuerpo humano !

Dos novios de una misma dama se estrechan cariñosamente las manos, pues esas manos mienten.

Dos muchachas que un tiempo se llamaron mutua-

mente feas, se besan con efusión, pues esos labios quieren morderse y están mintiendo.

Un gobernante se manifiesta sordo á las voces de sus contrarios, pues esos oídos mienten, haciéndose los sordos de conveniencia.

Una suegra abraza al yerno que regresa de un viaje, no hay duda, esos brazos están echando mentiras como un templo.

Existen piernas mentirosas, y ahí están los cojos por no marchar.

Hay dientes que mienten, el Doctor Arango no me dejará mentir, porque él los conoce bien, en razón de que fueron obra de sus manos.

Sobre todo, hay ojos que mienten día y noche ; yo mismo conozco un par, que por cierto están bajo el hueso frontal de una morena : son rasgados y negros, velados por largas pestañas, y ríen sin alegría, lloran sin pesar, acarician sin amor, desprecian sin odio, afirman sin convicción y hasta amenazan con prender fuego al alma, siendo más amables é inocentes que los de un pichón de paloma *petenera*. Adivine U., lector, quién será la dueña y poseedora de estos dos luceros del alba !

Lo dicho dicho, la opinión de San Pablo tiene peso. Lo voy á probar con los apuntes de mi cartera ; y me apresuro á hacerlo, no sea que ésta se me pierda, cosa que fácilmente puede suceder, pues

yo he visto á algunos ministros acostarse con la cartera y levantarse sin ella.

Los apuntes se reducen á consignar las mentiras que me dijeron y que dije en una mañana ; trabajo de alta importancia para la estadística mentirosa, y que algún día, si no me muero, lo completaré, para enviárselo á mi amigo y compatriota Alfaro, Jefe de la oficina de Estadística de esta capital.

Comenzaré como los novelistas, diciendo que era una mañana, por más señas, la de ayer, y que me resolví á emprender en la extraña ocupación de pillar mentiras y dejé la cama sin pena ninguna. Aquí debo advertir lo del sacamuelas, que fué sin pena de la cama.

El cielo estaba lleno de brumas y débilmente coloreado por el sol ; creí que era temprano, pero no había tales carneros, era un engaño de la luz y nada más ; entonces abrí la cartera y apunté :

« La luz miente como los hombres », y no es la primera vez que lo hace, agregué para mi capote : desde que los fotógrafos la obligan á pintar, miente en los retratos de las señoritas, que nunca salen tan bellas como son, al menos como ellas creen que son.

Salí á la calle sin ver ni el reloj ; porque mi reloj se ha dado en mentir mucho desde que lo dí á componer á... cierto relojero.

Al voltear la primera esquina, casi se cae encima de mí un caballero que me debe 20 duros desde el día que tuve el gusto de conocerlo, y entablamos este diálogo.

— Comó le va con el dolor de muelas ?

— Muy mal, señor.

— Lo siento infinito !

— Adiós, le dije precipitadamente, sin agradecerle su pesar, y apunté :

« Mentira gorda ! un deudor que siente *infinitamente* por la enfermedad de su acreedor. »

Iba pensando en que mi hombre tal vez sentía tanto porque no me había muerto, cuando pasé por el Hotel Alemán (nombre mentiroso, porque nada tiene de alemán) y oí que un lechuguino muy almidonado y tieso saludaba á una muy señora y dueña con esta frase : « á los pies de Ud., niña. » La señora no era tan niña, y luego eso de arrojarse todo un pisaverde á los pies de cualquiera, á guisa de empleomaniaco, me obligaron á sacar la cartera y escribir :

« Miente por la barba un lechuguino que se pone á los pies de una señorita de 50 navidades. »

Llegaba á la plaza mayor, cuando divisé una mujer elegantemente vestida y revestida : ¡de estas tenemos tan de mañana ! me dije ; pues será preciso entrar á la iglesia y oír misa, para que Dios me libre

de malas tentaciones; pero no hubo necesidad: era una belleza de mala ley, mujer mezcla de cosméticos, polvos de arroz, encajes, crespos hechos, sin duda con pelo ajeno y otros perendengues de la laya. Se acercó, la ví y quedé vencedor como César; entonces puse en mi cartera:

« Hay mujeres que son unas bonitas mentiras. »

De paso oí que un escribano le ofrecía á una señora dar fe en no sé qué enredo judicial, y de paso también escribí:

« Mienten los escribanos que *dan fe* á la justicia de ciertos jueces. »

Seguí mi camino, y pie tras pie, subí á uno de los portales de la plaza, y qué demonche! á poca distancia del quicio de la puerta del almacén de mi amigo Carazo leí esta palabra: *Bosco*, que vale por todo un anuncio; recordé entonces las maravillas que nos ofreció y no cumplió aquel célebre prestidigitador, y, mojando la punta del lápiz, puse en mi libro:

« Regla general: no hay convites de teatro, ni memorias de empleados, ni prólogos de libros que no mientan y remientan. »

Estaba en el día de las mentiras y, ¡voto á bríos! que no habría querido estar en el de las verdades; por consiguiente, me llegó también el turno. Encontré á un amigo con quien no nos habíamos visto hacía

muchos meses. Después que casi me sacó las entrañas con un gentil abrazo, y de que mutuamente nos alegramos muchísimo de vernos las caras, le pregunté por una hermana suya, uniendo así al dolor que me había dejado en el cuerpo el abrazo, el dolor que me causaba en el alma el recuerdo de la amiga ausente.

— Está bien, me contestó, mil gracias, y me encargó que le diera mil memorias. Yo de mi parte le dí, como quien nada da, un millón de agradecimientos, aunque él, por la suya, me aseguró que no tenía por qué dárselos.

Incontinenti me refirió que le habían sucedido mil y mil acontecimientos desagradables en sus negocios mercantiles, acontecimientos que son gajes del oficio y que callo por consideración á las lectoras sensibles del « Diario ».

Nos despedimos, yo ofreciéndole mi persona, que es cuanto puedo ofrecer en esta vida, y él, dándome mil gracias, que quizá es el único capital que mi amigo tiene para dar, á otro se entiende.

Buena cosecha! dije entre mí, y situándome en la puerta de la botica de Sierra y Cª., con peligro de que las gentes me tomaran por un médico que iba á despachar... una receta, saqué el lápiz y la cartera y escribí :

« En cinco minutos de tertulia con N...	
Gracias de él y mías, sin contar con el abrazo, que es una gracia que vale por las 3 de la Mitología	1.002.000
Memorias de la hermana	1.000
Acontecimientos desagradables de mi amigo sin contar con el mío que es el haberme encontrado con él . . .	2.000

Total : *un millón, cinco mil mentiras,*
salvo error ú olvido. »

Llegué á la plaza, que, por mentira, se llama *Parque;* leí el rótulo de Giammatti, que, por idem, dice que hay una *nevería*, donde no existe sino un billar ; pasé por la *Administración de Rentas*, que es también la de « La Linterna », y sorprendí el *adiós mi alma!* que le dirigió el cronista de ese periódico á una *mengala* de fuste y muste, lo que me hizo sacar el lápiz y escribir, en presencia de D. Chema Mayora :

« Mentira garrafal, que una muchacha guapa pueda servir de alma para un cronista de « La Linterna. »

Seguí andando, y al llegar á la imprenta de « La Concordia », á guisa de buenos días, me presentó el cajista la prueba de un artículo, sobre *la mente de los animales*. Corregí las erratas con la santa pa-

ciencia que el caso lo demanda, y una vez concluida la prosaica tarea, abrí la cartera y puse lo siguiente:

« Las mentiras de los poetas, se llaman hipérboles; las de los clérigos, misterios; las de los hombres de Estado, diplomacia y las de los cajistas, erratas, que para mí son las que me causan más tirria. »

Pero, loado sea Dios! en medio de tantas mentiras encontré una gran verdad en el artículo que acababa de corregir, y fué la de que ciertos animales irracionales tienen más inteligencia que muchos que se llaman racionales, verdad comprobada en todas partes y aun entre nosotros, cuando Pompeyo, no el vencedor de Mario, sino el *cerdo sabio*, venció en el teatro y dió jaque mate al más hábil de nuestros jugadores de ajedrez.

Con los ojos clavados en una composición en verso publicada por uno de nuestros *ingenios*, y que por casualidad la tenía sobre la mesa, meditaba profundamente en lo que es y lo que puede realizar la inteligencia de los animales...; pero un tipógrafo del « Diario del Comercio » me sacó de mis filosóficas meditaciones, con esta voz de alarma: « faltan materiales para dos columnas!! »

Otra verdad me salió al paso; pero verdad amarga relativa á dos columnas, que fueron para mí más aterradoras que la columna junto á la cual antaño

azotaron á Cristo los ascendientes de los banqueros de ogaño.

A estas dos verdades palmarias, debo francamente agregar otra, y es que los apuntamientos de cartera ni se hicieron ni se harán.

Tales son las únicas verdades que yo presento contra las mentiras; si alguien, á fuer de catador de estilos, dijere lo contrario; sepa que estoy listo y tengo buenos apaños para hacerle conocer cuál es y cuán poco vale el humilde estilo del no menos humilde coronista de mentiras.

HORAS PERDIDAS

Parece que está bien averiguado por los cosmógrafos que este mundo es una *bola* de 25 mil millas de circunferencia.

En verdad que es grande y que sólo las *bolas* que echan á rodar los políticos la igualan en materia de redondez y abultamiento.

Sobre esta enorme bola viven mil trescientos millones de animales, á los que, dando la última diferencia, se les llama *racionales*.

Diferencia sobre la que algún gracioso D. Gustavo de los Palotes (no siempre ha de ser Perico) anda diciendo con los sentidos y potencias, que es irónica y no muy imparcial...

Sea de esto lo que quiera, de los mil trescientos

millones de seres racionales, me inspiran lástima todos, menos uno.

Este uno, por cierto, soy yo.

Digo que me mueven á compasión mis prójimos, porque todos pasan la mitad de la vida, dando y cavando en las musarañas y forjándose ilusiones, y la otra mitad llorando sus desengaños.

Yo, gracias á mi organización especial, nunca me alimento de quimeras.

No entiendo una jota de poesía.

Vivo en prosa.

Jamás recurro á las ilusiones para precaverme contra las amargas é ingratas realidades de la vida.

No merezco, por lo mismo, entrar en el número de los que son dignos de compasión.

Sabido es que Calderón de la Barca aseguró que la vida humana era un sueño, y aquí viene de perlas exclamar :

« Cuando Calderón lo dijo,
Estudiado lo tendría. »

Realmente, aunque el poeta español no lo hubiera dicho, el género humano pasa la vida soñando.

Y tengo para mí que vivir de sueños y quimeras es lo mismo que no vivir, ó al menos, que las horas de ilusión son horas perdidas.

Suprímanse las ilusiones y podremos decir, con

todo rigor, que el hombre vive algún tiempo sobre la tierra.

Pero, preciso es confesar de plano que esto no puede hacerse, mientras el amor ande enloqueciendo á la humanidad y dando al hato y garabato con toda la sabiduría de los hombres.

El amor es el principio, fuente, origen y madriguera de las más colosales y estupendas ilusiones.

Perdónenme los enamorados; pero creo que todos van por sus pasos contados á dar de cabeza en un manicomio.

Llegan estos deschabetados á persuadirse que una mujer es un ángel, un querubín, una hada, una hurí, una perí, y no sé cuántos disparates más acabados en *a* ó en *i*.

Por experiencia, en cabeza ajena, sé que no hay enamorado que, por fas ó por nefas, no dé en poeta romántico.

Y entonces queda en aptitud de hacer capirotes del sexo femenino.

Para él la mujer no tiene carne, ni sangre, ni huesos, ni músculos, ni nervios, ni cosa de esta laya.

Es un ser impalpable que flota en un rayo de la luna.

« El espíritu que la luz ha tomado del rocío. »

« Un diáfano habitante del invisible éter. »

Un sueño de ventura.

La belleza ideal.

El aroma de las flores.

La armonía de los cielos.

El alma del alma.

En fin, una pata de banco cualquiera, menos una mujer, en el sentido en que trae, lisa y llanamente, el Diccionario del idioma castellano.

Pobres mujeres! se quedan las infelices sin nada de lo que les dió la madre naturaleza.

Los ojos que tienen no son ojos para el enamorado poeta, sino dos astros que brillan más que el lucero del alba.

Los labios no son de carne, sino de grana ó de coral; eso cuando no los hace de rubí, de cereza ó de carmín.

Los dientes no son de hueso, sino de nácar, de perla, ó siquiera de la misma sustancia que los colmillos del elefante.

La cabellera ha de ser de ébano ó de azabache, si es negra, y de oro de veinticinco quilates, si es rubia.

Las mejillas tienen que ser de rosa.

La cintura una palma de Delos.

El cuello y la tabla del pecho indispensablemente de alabastro ó de mármol de Paros ó Carrara.

Y por este orden van los demás miembros.

Con un acopio de ilusiones de este calibre, el enamorado pasa haciendo ciquiritacas, vive soñando despierto, y dirigiendo requiebros y ternezas sin ton ni son.

Pero sucede, á menudo, que el bien querido, echándole, con sus desdenes, el agraz en los ojos, disipa las torres levantadas en el aire, y desaparece el ídolo que tenía un altar en el pecho del náufrago del alma, que se queda sin brújula ni timón.

Entonces es cuando, para remate de males, observa con Eguílaz, que la mujer come, bebe, duerme, tiene mal genio, se corta las uñas, bosteza, ronca, estornuda y... adiós encantos, adiós adoradas ilusiones!!

Ello va en la comadre y eso tiene meterse en un berengenal.

Y cuando un enamorado se queda con cincuenta palmos de nariz: qué de jeremiadas para lamentar sus desencantos!

Es un Espronceda que anda erre que erre, con la cantaleta de que

« Las ilusiones perdidas
Son las hojas desprendidas
Del rábol del corazón. »

Nadie le oblígó á deshojar el árbol del corazón; y si tiene la manía de vivir de ilusiones, cuando éstas

le dejen tocando tabletas, debe irse con los ayes á Roma.

Pero, corra la bola, y continúe la humanidad pidiendo cotufas en golfo.

Sueñen los otros con el amor, que á mí no me la pegarán de codillo en esta materia.

Encastillado en el terreno de lo real y positivo, rindiendo, á mi modo, pleito homenaje á esos..... seres queridos, (casi digo también ángeles) que se llaman mujeres, sin andar bebiendo los aires por cosas que valen un comino, pasaré indudablemente como un hombre prosaico; pero allí me las den todas; porque, en cambio, no tendré que lamentar las horas perdidas con las ilusiones y los delirios de la imaginación.

Bástame perder el tiempo en hilvanar artículos como el presente, con el fin de hacer que también lo pierda el lector de mal gusto que ha tenido la paciencia de seguirme hasta este punto, que es el final.

LA MUERTE DE MILORD

Á MI AMIGO ESTEBAN CASTRO.

Un escritor ha dicho que la última desgracia del que se muere es la necrología; si así es, yo voy ahora á completar la obra de los victimarios de Milord; y añadir una postrera desgracia, á la que ayer tuvo el *personaje*, cuyo nombre encabeza estas líneas, que, por no imitar á Jeremías, no las he bautizado con el nombre de *Trenos*.

Quién fué Milord, dirá alguno á quien no le llegó la fama y las acabaladas prendas del difunto; pues Milord, fué nada más ni menos que una clarísima inteligencia puesta por la naturaleza en la modesta organízación de..... un perro.

Al lamentar la desastrosa muerte que acaban de

darle con estricnina los agentes de Policía, que nunca han hecho cosa buena que yo sepa, no me parece que doy pruebas de una sensibilidad mal educada, ni me expongo á los decires maliciosos de la gente que vale ménos que el ser que ha perdido para siempre el amigo á quien van rectamente dirigidas estas torcidas y mal pergeñadas líneas.

Homero, el representante de la Musa griega escribió la *Batracomiomaquia*, ó sea la guerra de las ranas y los ratones, haciendo cumplido elogio de muchos de estos roedores; Lucano cantó al asno; Lope de Vega inmortalizó á los gatos y Casti se ocupó de muchos animales; nada tiene, por lo mismo, que yo hable de Milord, que en vida fué más notable que las ranas y los ratones de Homero, los gatos de Lope de Vega, los animales de Casti y muchos de los racionales que han merecido pomposas necrologías, una vez que liaron el petate y se largaron para el otro barrio.

Grandes fueron los merecimientos del llorado animalito, y grande debe ser también el remordimiento de los agentes de policía que cometieron un perricidio que clama al cielo, sin parar mientes en lo que hacían con el prójimo ni distinguir lo que va de perro á perro.

Milord, como lo indica su nombre, descendía de una noble familia de Inglaterra; y aunque fué de

color negro subido, fué más blanco por su proceder é hidalguía que muchísimos hombres blancos que son negros hasta en sus entrañas.....

Los académicos, autores del Diccionario de la lengua castellana, que no se paran ni en los pelillos de la raza canina, para decir verdades, afirman, al hablar del perro, que « es un cuadrúpedo carnívoro que tiene cinco dedos en los pies delanteros y cuatro en los de atrás, lengua suave, cola encorvada, ligereza, fuerza y olfato grande, y que es muy capaz de educación y muy leal al hombre. »

Así fué realmente Milord.

Los que lo conocimos, nunca le vimos andar en dos pies ; á lo que se resolvió quizá por modestia, talvez por una amarga ironía contra ciertos bípedos muy conocidos por él.

Fué carnívoro, pero con cuenta y razón. De los enemigos del alma, el mundo y el demonio le importaban un ardite, solo la carne le inquietaba hasta el extremo de que no perdonó ni la que le dieron los celadores de policía ; y he dicho que fué carnívoro, con cuenta y razón ; porque en las temporas y la cuaresma ni la probaba, á no ser con la respectiva bula que expende la Curia eclesiástica, razón por la cual no dudo que su alma se halla en el cielo de los perros.

Que tuvo solo 18 dedos, también es una verdad ;

pero esto quiere decir que tuvo dos uñas menos, razón por la cual no se dedicó á ser escribano, prestamista ni hotelero.

En cuanto á su lengua, fué suave, como dice la Academia española, y no se le oyó en toda su perra vida una sola palabra áspera, ni siquiera contra la policía, en los momentos de expirar.

En la cola, exceptuóse de la regla dada por el Diccionario; desde que no fué encorvada; y no lo fué por la sencilla razón de que no la tuvo, y aunque esta circunstancia le impidió que fuera todo un Bajá de San Salvador, en cambio le proporcionó la gloria de no haber salido nunca con el rabo entre las piernas.

Por lo que hace á ligereza, fuerza y olfato grande, se perdía de vista Milord; sin embargo hay que decir, para su elogio, que nunca fué tan ligero como algunos políticos ramplones; ni abusó de la fuerza, como ciertos gobernantes; ni empleó su buen olfato para constituirse en espía de nadie, como varios sujetos degradados.

Que fué educado y leal, no hay para qué decir. Los hechos que conservan las páginas de la historia perruna lo dicen elocuentemente y á voz en cuello.

Ni cómo había de ser sino educado, cuando era el perrito de todas bodas y visitaba á los amigos de su casa y concurría á las tertulias, veladas literarias,

conciertos y hasta á las aulas de la Universidad, donde su señor y dueño daba lecciones de Gramática! Allí, no sólo se educó, sino que se ilustró muchísimo, de ahí es que para él era una bicoca, Vg. conjugar en la clase, el verbo dormir en todos sus modos y tiempos, como lo hacían los alumnos más adelantados.

Su lealtad no pudo ser mayor : fiel y agradecido á los beneficios si Milord hubiera abrazado la carrera de la política, jamás hubiera medrado, y al sucumbir con su partido, estoy seguro de que se hubiera quedado solo, como el perro de los buques normandos, ladrando á la tempestad. A él sí que no podía comprársele con una diputación ó cualquier otro empleo ; á una propuesta semejante habría contestado : á otro perro con ese hueso! dando así testimonio de que no es cierto el adagio que dice : « por la plata baila el perro. »

Serio, circunspecto y lleno de gravedad, al fin descendiente de ingleses! se le veía siempre mirando por sobre el lomo á los perros más encopetados, aunque fuera un terrible buldog, á quien le podía alzar la pata y... despreciarlo, lo mismo que á cualquier perrillo faldero.

No hay duda, Milord era de la casta de aquellos perros del tiempo en que se les amarraba con longanizas, vista su honradez acrisolada, pues nunca

tuvo ni siquiera la tentación de dar cuenta del queso y la carne de las cocineras, á pesar del mal ejemplo que éstas suelen dar á perros y gatos, infringiendo el 7° mandamiento de la ley de Dios.

Tal es el sujeto que acaba de ser envenenado *inhumanamente* por la Policía. Muerto el perro se acaba la rabia... de los celadores; pero debe comenzar la acción de los tribunales de justicia para castigar el delito.

El célebre perro chileno, llamado *Cuatro remos*, fué enterrado por la corporación de los bomberos de Valparaiso, que le han erigido una columna de mármol, y posteriormente consagrado á su memoria un libro de muchas páginas.

Milord debe también ser inmortalizado con una estatua, que, por vía de desagravio, sea erigida por el cuerpo de celadores, debiendo ponerse en la base del monumento esta sencilla inscripción :

A MILORD,

VÍCTIMA DE LA IGUALDAD ANTE LA LEY,

Los celadores arrepentidos.

Descanse en paz el notable can, y reciba el amigo Sr. Castro mi pésame sentido.

LAS PREPOSICIONES

(Articulillo que nada tiene de gramatical.)

I

Dice la Gramática castellana que las preposiciones rigen á otras palabras de la oración ; luego desempeñan el importante cargo de Regidoras.

Esto es claro.

Y como este régimen es más severo que el del Czar, se sigue que los escritores que faltan á él, deben ser deportados, como los rusos, cuando menos á Siberia.

Sin tener tantas campanillas como el verbo, ni los humos del sustantivo, ni siquiera la fuerza de ciertas interjecciones que yo me sé, las preposiciones rigen de una manera inflexible y tenaz : con razón llevan el dictado de *indeclinables*.

Debo advertir que, así como las personas que llegan á ponerse en pinganitos tienen un círculo de opositores, que muchas veces no es más que un círculo de aspirantes indignos, así también las preposiciones tienen quienes les formen la oposición y desconozcan su régimen, contándose entre los conspiradores el célebre don Andrés Bello.

Además del cargo de Regidoras, las preposiciones desempeñan en la República de las letras el Ministerio de Relaciones Exteriores, ya que indispensablemente expresan la relación que hay entre las diferentes partes del discurso.

Si la unión *hace* la fuerza, como todo el mundo lo dice, las preposiciones *hacen* la unión, sin la cual las palabras andarían sueltas y como moros sin Señor.

Desde luego no deja de ser notable que las preposiciones desempeñen tan honoríficos destinos, cuando, en rigor, no son ni siquiera *partes* de la oración, sino, apenas, *partículas* ó fragmentos de nombres, según asientan los filólogos.

Tienen también una recomendación asaz especial, y es la de que, siendo las más de origen latino y perteneciendo, por tanto, á una raza esencialmente revolucionaria, no se hayan disputado el poder, pues ninguna tiene la ambición de extender su régimen al dominio de las demás, como sucede en las

naciones del orbe, que, por desgracia, no son regidas por preposiciones sino por hombres.

Como todos saben, entre estas partículas hay algunas que son *dobles*, y, en esto de *dobleces*, sí que se parecen á muchos regentes de pueblos y ciudades.

II

Aunque se ha disputado á tente bonete sobre el número de las preposiciones, respecto de la necesidad de ellas en lenguas como la castellana, están conformes todos los hablistas y habladores.

Mas por si alguno de estos últimos, que son capaces de todo, me dijere que nones, me tomaré la libertad de dar algunos ejemplos.

Tienen ustedes la primera de las preposiciones, la figura acentuada del grupo, la preposición *á*. Pues bien: omítase esta partícula, por ejemplo en la frase *voy á caballo*, y resultará lo que no puede decir ninguno que cabalgue, por más que sea cierto, siquiera por la razón de no poder ir uno sobre otro.

Asímismo omítase en el siguiente axioma: *la clerecía lanza frases á tontas y á locas*, y vendrá á quedar que las frases son las tontas y locas, lo que tam-

poco puede decirse, en conciencia, de las palabras del Espíritu Santo... al menos sin que lluevan excomuniones.

Luego, y que lo coja un galgo, la preposición *á* le libra á un caballero de ser caballo y deja las palabras clericales al colmo del deseo de sus autores.

Además, la partícula *á*, seguida de unos puntos suspensivos, es necesaria para los amartelados, que, dando en poetas, dedican versitos por la imprenta y quieren que el malicioso público no sepa á quien dirigen la puntería.

Según los gramáticos, la preposición de que voy hablando va á la vanguardia de la persona que recibe la acción del verbo, y hace de excelente guía, no sólo de la que recibe provecho, sino también de la que recibe daño ó perjuicio. Esto último es raro en estos tiempos, pues sabido es que la persona dañada en su fortuna, no tiene quien la acompañe y menos quien la sirva de cariñosa guía.

Entre paréntesis, debo una explicación : he dicho únicamente *dañada en su fortuna*, porque yo conozco á mil personas ricas dañadas legítimamente en su honra, y de tal modo, que se han quedado sin ella, y, sin embargo, las he visto más acompañadas que un obispo en día de procesión.

Vistos los buenos oficios de la preposición *á*, veamos los de una que otra de las demás.

III

Sin la proposición *con*, este valle de lágrimas se vería privado de cosas tan buenas como las *con*suegras y *con*cuñadas, que nacieron para amarse entrañablemente.

Los periodistas no tendrían *con*colegas con quienes ser uña y carne, y, por ende, trabarse de palabras y hasta darse de cachetes cuando conviniere.

Los colegiales carecerían de *con*discípulos para poder armar la gorda contra el profesor.

Los versificadores se quedarían sin palabras *con*sonantes para fatigar á las musas y á los prójimos.

Las naciones no podrían llegar á la *con*federación, que es el *summum* del republicanismo.

Y, ¡cosa atroz! el Eterno Padre con todo su poder,

no podría ser *con*substancial con el Hijo y el Espíritu Santo, como lo es, según enseña, manda creer y confesar el padre Mazo y otros padres de apellido y doctrinas contundentes.

IV

Si no existiera en el idioma la preposición *de*, no habría, indudablemente, ni hombres *de* bien en los gobiernos, ni periodistas *de* ilustración al volver de cada esquina, ni mujeres *de* piedad entre las hijas espirituales de los curas, ni mártires *de* la libertad en el calendario político de las Naciones.

Sobre todo, no tendría nadie el gusto de hombrearse con Caballeros *de* Calatrava, Barones *de* Kamelokoff, Quijotes *de* la Mancha, Ignacios *de* Veintemillas, ni Pericos *de* los Palotes, que tanto abundan para dicha de la humanidad.

V

Sin la preposición *ante*, los miopes se quedarían sin *ante*ojos y sin poder ver á dos palmos de sus narices, los mandatarios sin *ante*salas donde recibir á los mil y un visitantes, y los *pica-pleitos* sin poder usar de la provechosa y sacramental frasecita : « *ante U. comparezco y digo.* »

VI

Sin la preposición *contra*, ni los militares tendrían *contra*marchas, ni los marinos *contra*maestres, ni los músicos *contra*bajos, ni los cantantes *contra*altos, ni los bailarines *contra*danzas.

Por último, sin las preposiciones *sobre* y *entre*, nadie podría tener de *sobre*mesa un momento de conversación *entre* amigos, aunque sea respecto de un tema tan fecundo como el que me ha dado tela en que cortar, en las presentes líneas que van encaminadas á probar la necesidad de las preposiciones.

LAS PALABRAS

I

Desde que va este nombre en plural, dicho se queda que no voy á ocuparme de lo que los afrancesados llaman *el don de la palabra* y los españoles el *don del habla.*

Mi objeto es muy distinto.

Quiero que mi palabrería se limite únicamente á las palabras, sin examinar si son ó no un don de la naturaleza.

Como todos saben lo que se entiende por palabras, no hay para qué definirlas.

Por otra parte, las definiciones no me cuadran, á no ser que se hagan en el terreno de la política, y eso para que, definiéndose los partidos, uno se evite

de tomar gato por liebre, como sucede todos los días en nuestras Repúblicas democráticas, donde vivimos, como unos angelitos, jugando á la *gallina ciega.*

Ya que no defino las palabras, las dividiré; sin embargo de que tampoco estoy por el maquiavelismo ni me agradan las divisiones, salvo que se trate de una herencia, en la que me venga de bóbilis una porción que me dé pan y callejuela.

Al dividirlas, no será en sílabas, como hacen los gramáticos, sino en grupos, á guisa de naturalista.

Y creo que estoy en mi derecho, desde que el mismo idioma por una parte, y todo el mundo, por otra, hacen de ellas mangas y capirotes.

Para la prueba de lo primero, basta y sobra advertir lo que sucede con la palabra *público:* aplíquese á un ciudadano y dígase que es un hombre público, y la frase será recibida sin que nadie diga chus ni mus; pero hágase lo mismo con una ciudadana, llámesela mujer pública, y habrá toros y cañas y recibirá un buen tapaboca el más empingorotado personaje.

Para probar lo segundo, no hay más que recordar que, amén de ciertos escritores que estropean las palabras, hay hombres que literalmente se las comen, por simples é insustanciales que sean; que abundan los que empeñan su palabra y con suma

facilidad, sin duda porque no les corre el interés, como cuando se empeña una alhaja en la casa del prestamista; que hay algunos que miden y pesan las palabras, especialmente las ajenas; que otros las tuercen, como sucede entre los periodistas que se dan de mojicones por la imprenta; y, por fin, que no falta quienes remojan la palabra, haciendo, para hablar, lo que los frailes dominicanos, antes de principiar la misa : llenar el cáliz.

Pues, si otros las estropean, comen, empeñan, miden, pesan, tuercen y hasta las remojan, nada quiere decir que yo las divida como me da mi regalada gana.

Dicho esto, apunto, en primer lugar, el grupo de las *palabras ociosas.*

Entre los mil y un dichos que tienen la propiedad de ser tan ociosos como el que, entre nosotros, escribe para el público, pueden servir de ejemplo :

El *yo le tendré á U. presente* de cualquier ministro á cualquier pobre diablo que solicita un empleo.

El *juro observar la Constitución y las leyes* de todo gobernante, juramento que lo cumple cuando no lo viola, según opina Pero Grullo.

El *¿me quieres?* que repiten cien veces por hora cualquiera pareja de infelices que se hallan enamorados hasta la pared del frente.

El *es un favor que U. me hace* de toda muchacha

bonita, cuando se le habla de su belleza, que nadie mejor que ella la conoce, merced á los espejos y á la vanidad.

El *viva la patria!* que cantan los serenos donde todavía quedan estos hombres especiales, que son talvez los únicos que no quieren ver á la pobre patria muerta y enterrada.

El *quién vive!* de los centinelas con que por la noche le asustan al transeunte, dejándolo en Babia y sin saber qué contestar, porque no es posible nombrar á todos los que viven de techos para abajo.

El *soy de U. atento servidor Q. B. S. M.* del final de las cartas, excepción hecha de las que escriben algunos que serían capaces de besar hasta... los pies de las personas á quienes se dirigen, sobre todo si son de las de gran copete.

El *vis baptizare?* de los párrocos, dirigido á un niño de teta que no sabe hablar, ni ha tenido clase de latín en el vientre materno, ni menos tiene voluntad para que, sin decir ¡agua va! le den un baño de cabeza y le endosen una religión, por más que el sacristán responda *volo*, término que en tales casos debe convertirse en español y pronunciarse con *b*, ya que entre nosotros algo significa esta palabra.

Y basta de ociosidades.

II

Desde que por un capricho del idioma se llama *pelona* á la persona que no tiene pelo y *rabón* al animal que carece de cola; y desde que todos nuestros secretarios para expresar que leyeron alguna solicitud, aseguran que dieron cuenta *con* ella, ni más ni menos como los ratones dan cuenta con el queso y los tiranos dan cuenta con las libertades públicas; desde que todo esto pasa, tengo para mí que existen palabras que deben entenderse *al revés;* y entran legítimamente en este grupo las siguientes, salvo mejor concepto :

El patriotismo de los que están arriba.

El liberalismo de muchos de los que están abajo.

La humildad evangélica de los *Príncipes* de la Iglesia.

La santidad de la Santa Inquisición, la Santa Alianza y otras cosas santas.

La piedad de ciertos bancos, fundados por los usureros, y que no son sino banquillos para sacrificar al prójimo y no para hacer ninguna obra pía.

La benevolencia de los lectores para el autor que quiere vender sus obras.

Las suscriciones á los periódicos en nuestros países, donde, á Dios gracias, no se paga para leer.

El cariño desinteresado de los novios pobres para con las novias de *monis*, y por añadidura tontas y feas.

III

Verba volant, han dicho sentenciosamente los latinos.

Si hay, pues, palabras que vuelan, deben ser las... livianas, naturalmente, á las que no conviene menealas.

Mas, así como algunas vuelan, otras no pueden volar, aunque se las eche al aire y se las ponga debajo aquello que hace volar á los Czares, y son las del grupo que llamaré *palabras pesadas* ó de peso.

He aquí la muestra.

La palabra de matrimonio, cuando está en autos la futura suegra y tiene primos la novia.

Todas las que contiene la nota en que se le comunica su cesantía á un empleomaniaco.

La del galeno que le anuncia al enfermo que se

prepare para tomar el portante, camino del cementerio.

Las del *ego vos conjungo* del clérigo que da la bendición nupcial.

Y las del acreedor que, á la hora menos pensada, le deja de una sola pieza al deudor pobre, con la extraña curiosidad de saber cuándo le paga.

IV

Dicen que hay palabras que no pueden faltar, como la del rey.

Puede ser verdad esta mentira; pero, en cambio, hay muchas que pertenecen al conjunto de las que ordinariamente suelen faltar.

Para verbigracia, bastan estas tres:

La palabra de honor de ciertos militares para con los Gobiernos que hacen despensero al gato.

La palabra de concurrir á una cita y á una hora dada, sin excluir ni aún las citas amorosas, cuando se resuelve á pelar la pava una chicuela.

Las palabras de los prólogos de libros, prospectos de periódicos y programas de funciones, que prometen maravillas, y vaya U. á ver si las cumplen!

V

Tentado estaba de hacer mi agostillo con las palabras *necias*, que son más que las espigas de trigo y las arenas del mar.

Pero, como á éstas el lector ha de poner orejas sordas, las paso por alto.

Quédanse, asimismo, en la carpeta, el grupo de las palabras *almibaradas y empalagosas*, á fin de que no me muestren mala cara los hijos de las Musas.

El de las palabras *viles*, para que no se azufren los ruines y aduladores de profesión, por si los hubiere.

El de las palabras *engañosas y evasivas*, para que no me miren con ojeriza los diplomáticos y políticos á la moda; aunque, á decir verdad, éstos no usan de palabras, sino de medias palabras; pero de esas que cada una vale por palabra y media.

VI

Para terminar, me ocuparé de las palabras *gastadas*.

Debo advertir que con éstas no sucede lo mismo que con todas las cosas que se gastan. Cuando se gasta, por ejemplo, el dinero, se queda uno sin poder usar ni abusar de él; no así con ciertas palabras que, aunque viejas y gastadas, todavía salen al sol, especialmente en escritos cuyos autores bien pueden pasar por anticuarios de la literatura.

Para ofrecer algo bueno en este pobrecito artículo y para formar este importante grupo, apelo á la *Literatura fósil* de Samper, escritor célebre que investigó palmo á palmo la Paleontología literaria.

Juzgue el lector si son ó no vejeces desenterradas las siguientes :

« *La Parca destructora, cortando con su tijera el hilo de la vida*, que leo en toda necrología.

La espada de Damocles, suspendida sobre todo auditor y todo suscritor de periódico.

El buitre de Prometeo, que roe los tipos de todas las imprentas.

La caja de Pandora, que ya no es sino una jaula de ratones y cucarachas.

El caballo de batalla, que á fuerza de montarlo todo el mundo, está reducido á esqueleto.

El nudo gordiano, que más de un necio debiera desatar con las muelas.

El suplicio de Tántalo, que se ha hecho muy vulgar, porque lo sufren todos nuestros empleados cesantes.

El tonel de las Danaides, monopolizado por algunos Gobiernos, para convertirlo en la caja de la Tesorería Nacional.

El *timón del Estado*, siempre *en manos de pilotos experimentados*, con su correspondiente *puerto de salvación* y su respectiva *estrella polar*.

El *olivo de la paz*, que nunca reverdece. »

A todo lo que agrego de mi cuenta y riesgo :

El *risum teneatis*, que no hace reir á nadie.

El *magister dixit*, bueno sólo para los discípulos de Pitágoras.

El *amicus Plato, sed magis amica veritas*, de todos

los que no son amigos ni del uno ni de la otra.

El *carro de la libertad*, que de puro viejo ya no sirve ni para botar basura.

Y la *hidra de la discordia*, que debe engullirlos á tantos que la nombran.

Confieso que ante estas zarandajas con que se adornan las columnas de los periódicos, me acometen ideas salvajes; y creo que si fuera obispo haría un auto de fé con ellas, y fulminaría excomunión mayor reservada al Papa, contra el que las usara en lo sucesivo.

Si los que se sirven de esta ropa vieja se airan conmigo, y juzgan que si hay alguno que merece ser excomulgado, ese soy yo, tienen su alma en su almario y pueden lanzarme solemnemente un anatema.

LAS PUERTAS

(ARTÍCULO ESCRITO EN LA CÁRCEL DE GUAYAQUIL.)

> « Simile ad un amante maltrattato dalla sua bella, e dignitosamente risoluto di tenerle broncio, lascio la politica ov' ella sta, e parlo d'altro.
>
> *Silvio Pellico.*

I

Por cosa bien insignificante y muy vulgar se tiene una puerta : ¿ quién no la conoce y dónde no se la ve ? Sin embargo, ¡ cuán pocos son los que se detienen ante ella para meditar sobre la vanidad del mundo y la triste condición del hombre !

Una puerta tiene cierto carácter moral que nos recuerda algunas escenas de la vida.

¡ Cuántas veces la hoja de una puerta ha sido suficiente para que el corazón abunde en sensaciones de placer ó de dolor !

Una puerta abierta, dando franco paso al aire y á los resplandores de la luz, tiene mucho de consolador y alegre; es el indicio de que reina la vida en aquel lugar. Por el contrario, una puerta siempre cerrada, descolorida por la acción del sol y de la lluvia, con sus dinteles cubiertos de polvo y los goznes oxidados por el tiempo, tiene algo de triste, algo que parece indicarnos que las sombras de la muerte se han espesado en aquella morada silenciosa.

Hay una inmensa variedad de puertas, y media una escala infinita, desde la que ostenta el fausto y la vanagloria del hombre, hasta la que revela la miseria y la humildad; desde la de mármol, que custodian lacayos con lujosa librea, hasta la de tosca madera, cuyos umbrales no pisan sino las plantas fatigadas del mendigo, al terminar su peregrinación del día.

Las primeras deslumbran, con su aspecto, á las almas superficiales; las segundas llaman la atención del hombre pensador.

Por las primeras no pasa sino el orgullo, y muchas veces aun el crimen: por las segundas pasán siempre la desgracia y la virtud!...

II

Las puertas tienen también sus recuerdos históricos.

Entre los antiguos romanos se abrían hacia dentro; sólo Marco Valerio Publícola mereció la honrosa distinción de poderlas abrir hacia fuera, al uso de los pueblos griegos.

Los espartanos colgaban en ellas, como un trofeo, los despojos del enemigo tomados en la guerra.

Los atenienses las coronaban, en los días de gloria y de regocijo, con vistosísimas guirnaldas; y en los días de duelo con el fúnebre follaje del ciprés.

En tiempo del paganismo se colocaban en las puertas de las ciudades figuras que representaban á los dioses, y que más tarde fueron reemplazadas

por los cristianos con las efigies de sus emperadores.

Hay puertas célebres, cuya memoria ha pasado á la posteridad.

Todos recuerdan las puertas de los hebreos rociadas con sangre, según dice la leyenda, para que el ángel esterminador no hiriera de muerte sino á los primogénitos de los egipcios.

Todos han oído hablar de lo que un tiempo fueron en Roma las puertas del templo de Jano, cerradas por primera vez bajo el reinado de Numa.

Todos han leído en la Biblia que las puertas de la ciudad de Gaza fueron llevadas por Sansón á la cima de un elevado monte.

La famosa puerta judiciaria no puede ser más conocida ni más célebre, en los anales del cristianismo.

Las puertas de Tébas han sido y serán siempre memorables, por haberse librado ante ellas la primera guerra de los Epígonos, tan cantada por la musa griega.

Nunca caerán en olvido las puertas de Roma, que presenciaron el triunfo de las lágrimas de Volumnia sobre la venganza de Coriolano, y que vieron más tarde al espantoso Atila deteniendo su carrera de desolaciones, deslumbrado por la magnificencia de un pontífice romano.

Nadie ignora, en fin, que el imperio de la Turquía se conoce con el nombre de *Sublime Puerta*, desde que el califa Mostaden colocó, en los umbrales de su palacio de Bagdad, un fragmento de la célebre piedra de la Meca, para que fuese por todos venerada.

III

Para el hombre feliz y poderoso todas las puertas se abren de par en par ; para el desgraciado y el indigente todas se cierran á su presencia.

Para Nicias ¿ qué puerta se habría cerrado en toda la Grecia ? Mas para Homero, que mendigaba por las calles, recitando sus divinos versos, ninguna se abrió, por más que llamó á todas.

Víctor Hugo, este admirable observador de las costumbres sociales, ha pintado con mano diestra, en su Juan Valgean, el tipo del desgraciado, para quien ninguna puerta está franca, á no ser la del verdadero hombre del Evangelio.

Las palabras de Jesús : *Pulsate et aperietur vobis*, solo están escritas en las puertas de los que lo imi-

tan y para todas las personas sin distinción de clases.

— « Es preciso abrir una puerta para el enemigo que huye », decía Escipión el Africano, y sus palabras fueron tenidas como una máxima moral mas bien que de estrategia : la moral evangélica dice más, mandando que se ame al enemigo.

IV

Existen puertas que en los pueblos católicos inspiran profundo y general respeto, y son las de una iglesia, que para los creyentes, es el lugar santificado por la Divinidad, y adonde deben ir los mortales para elevar sus plegarias y oraciones fervorosas; de aquí es que para ellos una iglesia es *la casa de Dios, y sus puertas las del Cielo.*

Hay otras que infunden religioso pavor: tales son las de un cementerio, que sirven de límite al campo sombrío de la muerte, adonde vienen como inmensas oleadas, generación tras generación, para confundir sus cenizas y dormir el tranquilo sueño de la tumba. Un cementerio es la última jornada del camino, y en sus puertas está escrito con lágrimas el postrer adiós que se dan los que se amaron sobre la tierra.

V

Puertas hay cuyo horripilante aspecto repugna á la vista y lacera el corazón : al contemplarlas la imaginación nos hace leer, en sus dinteles, aquella terrible estrofa del bardo florentino :

« Per me si va nella cittá dolente,
Per me si va nella, eterno dolore,
Per me si va tra la perduta gente. »

Ah ! son las puertas de una cárcel !...

Mas, hagamos una triste, pero necesaria salvedad. Entre nosotros, no siempre se abren éstas, como debía serlo, para dar entrada á la *gente perdida :* también la virtud y la honradez entran por ellas para ser infamemente confundidas con el vicio y la maldad ; también entra la inocencia perseguida,

ostentando en la frente una corona de blanquísimos jazmines, y veladas sus formas con el puro ropaje de los ángeles, ay! para salir, más tarde, llevando en las sienes enroscada una serpiente que le muerde y cubierto su cuerpo con los manchados harapos del crimen!...

En este fatal lugar donde no se siente el más leve soplo de la brisa, que pudiera renovar la atmósfera viciada y deletérea; donde los rayos de luz, que coloran el universo, vienen á ser absorbidos por la negrura de los calabozos; donde el horizonte lo forman cuatro paredes derruidas por los elementos y llenas de hendiduras que ostentan algunas briznas de paja; donde hasta la inmensidad de los cielos está reducida á cuatro palmos; allí, se mezclan los gemidos del arrepentimiento con las maldiciones de la desesperación; allí se apura esa copa de la vida, rebosante siempre en lágrimas y acíbar; allí se escucha el áspero y monótono sonido de la barra de grillos, junto con la voz amenazante de los verdugos y el grito salvaje del presidiario; de este sér infortunado que vegeta indolente, sin que el calor de un solo pensamiento noble anime alguna vez su fisonomía, sin que una sola emoción generosa lata en su pecho, que está desierto, insensible y gastado por una serie de infortunios y una cadena de vicios.

Una cárcel, á lo menos entre nosotros, en vez de

ser un lugar donde se mejore la condición moral de los presos, es un desván de ignominia y de padecimientos estériles : es una especie de infierno, cuyas puertas ocultan todos los dolores, todas las lágrimas y miserias que bullen y se agitan en horrorosa confusión ! — (a)

(a) Se habla aquí de un modo especial de la cárcel de Guayaquil, donde no se ha puesto en práctica ni en lo que se puede hacer sin gastos y sin ninguna incomodidad, el sistema penitenciario de las naciones medianamente civilizadas.

VI

La vida está llena de puertas: unas se abren y otras se cierran para siempre á cada paso.

La verdadera felicidad tiene su templo cuyas doradas puertas se han tapiado para el hombre, y no se abren sino cuando se levanta la piedra del sepulcro, que es la puerta de la eternidad.

Muchas hay que son de esperanza, adonde el género humano se agolpa para pasar sus dinteles. La esperanza es el *viático de la vida* que á nadie falta, y pocos, muy pocos son los corazones enfermos para quienes esta virtud divina ha cerrado las puertas de su alcázar.

La gloria tiene también su magnífico y fulgurante palacio, cuya cúpula se levanta grandiosa en el espacio. A sus puertas llaman muchos; mas no se abren sino para pocos, porque no es dado entrar en

él sino á la virtud y al genio. Es un santuario destinado para los libertadores, como Bolívar y Washington; para los sabios, como Newton y Humboldt; para los hijos predilectos de las musas, como Homero y Dante, para los corazones abnegados y benéficos, como Las-Casas y Vicente de Paul.

Para los tiranos, para las inteligencias vulgares, para los corazones depravados, el templo de la gloria está guardado por un ángel que tiene en su mano el fuego del cielo, como aquel que cuida de las puertas del paraíso.

Hay otro templo donde, por degracia, entran muchos infelices: es el templo del favor. « Todo es grande en él, dice un escritor moderno, menos las puertas, que son tan pequeñas, que es necesario entrar por ellas arrastrándose. »

Un filósofo de la antigüedad grabó en su puerta esta inscripción un tanto vanidosa: *por aquí no entra cosa mala;* en las puertas del templo del favor debe de escribirse al contrario: « Por aquí no entra cosa buena »; porque los hombres dignos, los ciudadanos honrados, los valientes, los de inteligencia remontada, no son reptiles asquerosos que se arrastran por el suelo. Los villanos y cobardes, los ignorantes, los que han perdido toda dignidad, éstos son los insectillos que diariamente vemos besar la tierra en las infamantes puertas del templo del favor.

Como estas, existen otras muchas, que nombraríamos si acaso los hombres faltos de pudor, que entran por ellas, ladearan sus pasos, convencidos de que su humillación es mayor aun que la de aquellos romanos que pasaron bajo el yugo colocado en Caudium por los samnitas; pero esto es imposible: hay seres miserables que cierran los oídos para no escuchar la verdad, y á quienes de nada sirve decirles con Víctor Hugo : « La infamia es una mala puerta para salir de la miseria. »

DOS PALABRAS ACERCA DE LA VIDA MONÁSTICA

A MI MUY APRECIABLE É INTELIGENTE AMIGA

ISABEL

Advertencia necesaria. — El presente artículo está escrito en dos sentidos opuestos : el uno se encontrará leyendo todo el renglón, sin atender al pequeño espacio blanco que separa las dos columnas ; y el otro, que es el conforme con mis opiniones si se lee únicamente la columna que queda hacia la derecha.

Es un hecho histórico conocido que para embellecer los horrores de la tumba, de guirnaldas de laureles y coronas.

Para honrar los Manes del difunto, levantado por el cariño de los deudos, la postrer ofrenda de amor, como el para encomiar sus méritos y su fama, sepulcral.

En presencia de este poético túmulo infausta del hombre, que, en medio para su último lecho, estaba reducido descansando de los azares de la vida, ¿ Qué dices de esas fúnebres guirnaldas ! junto á los fríos despojos de la muerte, Ah ! bello, demasiado bello, para no ser

Conozco que te fascina esa belleza !

Ciertos pueblos antiguos acostumbraban dar sepultura á los muertos en medio de vistosas y aromatizadas flores.

depositaban, además, en el sepulcro una lámpara funeraria, que era como símbolo del recuerdo de todos los que aun se hallaban al otro lado de la losa

¿ Qué dices, amiga mía, de la suerte de esas flores que servían de almohada á un cadáver lívido que parecía dormir, el sueño de la eternidad ?

Qué del destino de aquella lámpara que alumbraba el recinto del sepulcro ?

muy triste, me dirás.

Pues bien.

Lleva adelante tus firmes propósitos !
y aún superior, hablando estéticamente.
una saludable y nobilísima emoción ;
los espíritus vulgares, pero digno de
que desdeñan las miserias del mundo.
luminosa, como la estrella de una noche
Sé que aspiras á una eterna felicidad :
morada de Dios, para escucharle en la
Bendita sea tu resolución !
Cumple con tus laudabilísimos deseos.
no pierdes, no, tus encantos, cuando
servir de adorno con tus galas al altar,
el retiro no equivale á disiparlo en
sino en los ámbitos de la eternidad. . .
para irradiar tu esplendor en lo infinito,
el místico santuario, esto es, prefieres á
la bóveda estrellada de los cielos. . . •
¡ Mujer que no gustas de estas delicias :
Mil y mil goces y dulzuras encierran
donde se ampara la inocencia ; porque
maculadas que muy pronto llegan á ser
sin perder nada de su blancura de armiño
no conocen las horas en que los hombres
quemado por el fuego de las pasiones.
almas inocentes, de aquellas envidiables
Amo tanto la vida solitaria, que hasta
cautivan, así como sus cortesanas me
Las púdicas reclusas del *Haella-huasi*,
me encantan mucho en su aislamiento, y
con sus desgracias.
Si he de hablar con toda ingenuidad,
é inmortalizadas por la historia, no
en el campamento de los Volscos ; no
aun cuando respete sus acciones, ni
disputando los laureles al poeta Píndaro
las tímidas y humildes vírgenes del Señor.
nada es ante la sencilla hija del evangelio
que la Baronesa de Stael y otras, no
que una esclarecida Teresa de Jesús ó
por abnegada, por modesta que sea
Al comparar á nuestras religiosas con
entre los más vivos trasportes de alegría,
las unas por humildad, y las otras
me entusiasman y admiran las primeras.
imitando á las antiguas espartanas, y
han alcanzado mucha gloria : pero no
como las heroinas de la Religión católica
en obsequio de sus convicciones y su fe,
Ninguno puede poner en duda que
aquí abajo en la tierra, esclavizándonos

Tu destino llegará, tal vez, á ser igual
Sé que vienes alimentando en tu pecho
un sentimiento funesto y cruel para
las almas muy sensibles como la tuya
Yo sé que en tu mente flota una idea
melancólica y sombría.
— tratas, pues, de ocultar tu vida en la
soledad de los claustros de un convento.

Flor hermosa de los vergeles de la tierra,
tratas de marchitar tu suave frescura y
difundir el aroma de tus virtudes en
la tenebrosa mansión de los muertos
Lámpara brilladora del apacible hogar,
deseas consumir tu vida, alumbrando
la bóveda harto siniestra de una tumba
. . . .
te compadezco con toda mi alma !
aquellos tristes y sombríos monasterios
suelen recibir en su seno criaturas in-
felices, cuando todavía el pensamiento
late con toda vehemencia ; cuando aún
sienten el hervor de la vida en el corazón
¡ Y tú te empeñas en ser una de aquellas
criaturas
las Vestales de la antigua Roma me,
inspiran constantemente lástima. . . . .
las Vírgenes del Sol de nuestros Incas
me han movido siempre á compasión

entre las mujeres de grandes méritos,
admiro á Veturia, madre de Coriolano,
venero á la virtuosa y ejemplar Cornelia,
me infunde entusiasmo la ilustre Corina
Tengo en mucho y aplaudiré siempre à
Hipatia, la célebre filósofa de Alejandría
Creo que M. de Roland y M. de Sevigne,
han servido al género humano más
que cualquiera de nuestras monjas,
en medio de su vida contemplativa.
las bellas jóvenes de Aquilea, cortándose
la abundante y hermosísima cabellera,
para los arcos guerreros de sus esposos,
Las valientes y denodadas españolas,
derrotando á las huestes de Napoleón I,
son al menos para mí, mujeres sublimes
que se han engrandecido por el sacrificio
y que bien merecen servir de modelos.
destruir los vínculos que nos unen
á nuestros semejantes, es morir en vida,

para conquistar la inmortalidad : no como lo ha dicho un escritor francés, —,
— Cuando se vive lejos de Dios pero con El se convierte en eterna dicha á quien la autoridad justamente había siquiera una sola vez à la semana, llamar la atención pública, á fin de á hurtadillas, los frutos sazonados y desde un escondite que estaba cercano, extraña que viniera á halagar sus oídos,
La sociabilidad es muy necesaria, y desde que no había buscado á Dios. — retirada de la sociedad ; pero siempre pudiera muy bien aislarse en el mundo, para el alma que busca la perfección. de dos sustancias diversas, conjunto dos principios totalmente contrarios. de sino luchando con anhelo por re nar aún con menoscabo de la materia. su espíritu no se avenía con la carne, revelaban demasiado su espiritualidad, Cuando abandona el hogar doméstico : Perfeccionarse en la escuela del bien. acrisolar las virtudes del corazón, y
¡ Oh heroicidad digna de imitarse ! !
Un monasterio es un gran refugio ; llegan nunca sino á sus umbrales, aunque braman desencadenadas, jamás vano, azotándolos por fuera, en confuso y
La Mitología de los griegos refiere que y de los muchos crímenes del hombre,
Muy bien pueden realizar esta bella y las mujeres verdaderamente católicas, en medio del estrépito y bullicio del siglo, ó buscando el sosiego de los claustros.
Contempla esas solitarias mansiones. ah ! y no encontrarás, seguramente, Estas espantosísimas enfermedades que la humanidad toda, nunca inficionan á en paz, y ruega al Cielo por los que, son tristes víctimas de males inmensos y
Males sin ninguna clase de consuelo !
Muerta para las cosas terrenales, nada tiene; y bien querría que en donde vive contenta, estuviese el lugar donde
Nada le causa zozobras; y si acaso implora á la Divinidad, para que ese lozanía, sienta de nuevo en su pecho la
— Querida por sus compañeras, no á quienes prodigó su amor y su ternura,

es cometer el crimen de suicidio moral Piénsalo bien, querida amiga.
nada es más terrible que el aislamiento Cuéntase que cierto infeliz leproso separado de todos los hombres, abría las puertas de uno de sus jardines, para que los niños entraran en él á robar las flores y así tener la dicha de escuchar, al menos el timbre de alguna voz siquiera por unos breves instantes.
este desgraciado leproso tenía razón
— La habitadora de un convento vive unida moralmente á todos los hombres : así es; pero esto no basta de ningún modo La pobre naturaleza humana, mezcla de luz y de polvo, unión misteriosa de alma y de cuerpo, no vive ni se agita únicamente en la alta esfera de lo ideal El sabio Plotino lloraba esta desgracia. y sus mismas lágrimas elocuentísimas eran la prueba de lo que digo.
Qué es lo que se propone una religiosa ! Sacrificar su preciosa libertad, á fin de huir de las tempestades del mundo.
Oh sencillez sin ejemplo ! !
las soberbias oleadas de las pasiones no respetan los enhiestos y elevados muros ; penetran por ellos, y se agitan en vertiginoso torbellino. . . . . .
Astrea, queriendo huir de este mundo voló hacia los cielos.
sabia ficción del tiempo del paganismo No se dejan las pasiones mundanales sino dejando la tierra con la muerte Pensar de otro modo, es engañarse. Ve lo que pasa en una reducida celda : la desesperación y los remordimientes se enseñorean envenenando el corazón de la solitaria monja, que vive siempre bregando con el pesar y los recuerdos atormentadores.
Y sin remedio alguno posible !
conoce que detrás de aquellas paredes está el techo á cuya benéfica sombra se ostentó su cuna.
recuerda á su virtuosa y anciana madre, árbol bienhechor . que perdió ya su savia juvenil.
busca las primeras amigas de su infancia, pero inútilmente.

En sus contemplaciones piadosas, tiempo perdido vanamente; del tiempo desde mucho antes, venturosa y muy entre Dios y la criatura, amor puro lleno de resplandores y delicias . . . . .

Ve sin inquietud sus últimos días, treviendo los ciclos, y sin agitarse en tan desconocidos para las almas justas.

Conociendo tantas ventajas apreciables, Cumple con tus justas aspiraciones, sino

Nada, nada tiene el mundo digno de tí. y pospón todo á la felicidad de tu alma. con el poderoso auxilio de la gracia, no Confía en la Providencia, que sin ella porque nuestra naturaleza es débil; como si fueran débiles briznas de paja, cuando sopla el huracán . . . .

Es una verdad, fuera de duda, que pero con mayor facilidad en el claustro; pero se la siente mejor en el retiro: mientras permaneces bajo su techo, mas busca el del Señor, que está siempre

suspira ah!, quizás recordando del que sin duda estaba llamado á hacerla, feliz, por medio de aquel amor santo que convierte la tierra en un Paraíso . . . .

y agoniza lentamente, y desfallece entre las bascas y los paroxismos del dolor Ahora bien,

sueñas tú, amiga mía, con el claustro. quieres sacrificar tu corazón!

Medita larga y seriamente en lo porvenir Deseas entrar en una lucha en, que se sucumbe miserablemente. los temperamentos magnánimos caen; hasta las águilas se abaten en la prisión y, los más robustos cedros vienen á tierra . . . .

donde quiera se puede servir á Dios, su divina presencia todo lo vivifica; adórale en el santuario del hogar, y haz de sacerdotisa en este augusto templo, lleno de celestes encantos y armonías!

LAS UÑAS (1)

Entre los observadores de los fenómenos de la naturaleza, no ha faltado quienes aseguren haber visto hombres con cuernos.

Los observadores de las costumbres sociales, ó más bien dicho domésticas, también hablan algo á este respecto; pero no queremos tocar este asunto puntiagudo, pues no siempre se ha de decir peliagudo.

Si no es pura grilla lo que dicen los naturalistas, hay que compadecer á los hombres con cuernos, porque éstos vienen en línea recta de Minotauro,

(1) No hablamos sino de las uñas de los dedos de las manos, las de los pies quedan á disposición del quiropedista M. Winter.

hijo de la reina Pavifae que tanto dió que hablar á los crédulos griegos de la antigüedad.

La única sustancia córnea que tiene el hombre no se halla en la cabeza, sino en las extremidades de los dedos, y son las uñas, pues la membrana del ojo que se llama córnea no es propiamente tal.

Esta sustancia dura es opuesta á las yemas de os dedos y resulta que al conservar éstas su posición natural, miran siempre á la tierra, y las uñas al cielo, actitud noble que sólo la coronilla de la cabeza puede disputarlas, en sus tendencias á mirar hacia arriba; de aquí se sigue que hay cierto paralelismo entre las uñas y lo que tiene de más digno y elevadó el hombre. Hay una circunstancia más, y es la de que el pelo que cubre la cabeza, extremidad del cuerpo, y las uñas que son las extremidades de los dedos, son las únicas partes del organismo humano que pueden ser cortadas impunemente y sin apelar á ningún anestésico, ni siquiera á la cocaína de la que no cesa de hablar el Dr. Bromoformo y con la cual dice que puede cortar pescuezos, sin que el operado pueda en rigor llamarse *paciente.*

Sin necesidad de afilar las uñas ó hacer un esfuerzo de ingenio, han observado los naturalistas que la uña del dedo del corazón se desarrolla más depris que las de los otros dedos; y he aquí una uña rela-

cionada con otra parte noble de la organización humana, como lo es el corazón.

Quien no tiene un genio observador, debe de ponerse en veinte uñas, esto es echarse boca abajo ante el que ha descubierto que cada año crecen las uñas poco menos de un milímetro. Este sabio especialista en *uñeología* que indudablemente fué hombre que vivía mirándose las uñas, que en castellano equivale á vivir ocioso, dedujo de su observación que se necesitaban cuatro meses para que una uña tuviera su completo desarrollo; de manera que con estas condiciones sacó en limpio que un hombre de 70 años de edad habrá cambiado las uñas 210 veces, y que, tomando 25 milímetros como término medio. cada dedo habrá tenido, durante la vida del septuagenario, una uña de dos metros, ó sea un crecimiento total de 62 metros por los dedos de las dos manos.

Aquí recordamos que el célebre Lucilo, hablamos del poeta latino, dice en una de sus estrofas que tenía gusto en dejarse arañar por las uñas de la bella Cinthia, que por supuesto han de haber sido cimbrabas, transparentes y de color de rosa; mas estamos seguros de que ni ese Lucilo ni ningún otro Lucilo del mundo antiguo ni moderno sería capaz de sentir placer en que una Cinthia de 70 años le pasara los 62 metros de uñas ni siquiera para rascarle la cabeza.

Los makasares de la India se cortan las uñas tres veces por semana, porque creen que cuando son largas, el diablo se oculta en ellas. Nosotros conocemos makasares que aunque se cortaran las uñas cada hora, siempre quedarían suficientemente largas, para que pudiera enroscarse debajo de ellas el diablo de la codicia en unos, de la calumnia en otros, de la envidia en éstos y de la petulancia en aquellos tontos iracundos que vuelven malas y hasta risibles las obras de la venganza, porque les domina la fatuidad.

Ya que hemos hablado del crecimiento de las uñas, conviene decir que aseguran que éste se halla relacionado con el régimen de nutrición y que se ha observado que los que ayunan, por ejemplo, impiden que las uñas crezcan. Para convencernos de esta verdad, no tendríamos que consultar á los célebres ayunadores Tanner y Succi, en nuestras propias uñas podríamos hacer la experiencia aquí en Guatemala y á la hora presente, en que las cocineras nos están haciendo ayunar, con motivo de que en la plaza de mercado no corren los *guacamoles*, ni los billetes del « Banco internacional », ni los del Banco de don Recaredo. Querrán las pícaras vivanderas que sólo corrieran el oro y la plata, sin advertir que de tanto correr se han ido tan lejos, que han quedado fuera de nuestro alcance.

Por fortuna, pronto llegará el día en que dejaremos de comer *guacamoles* y cesarán de soplarse las uñas las vivanderas, cocineras, fondistas y dueños de casas de huéspedes.

Meditándolo bien, qué útiles son las uñas! y qué doloroso será el no tenerlas, sobre todo si se las arrancan como hacían esos tiranos perseguidores de los discípulos de Jesús, cuando éstos eran mártires y no perseguidores!...

Como muestra de la utilidad de las uñas copiaremos el siguiente párrafo que debe de ser el resultado científico de las profundas experiencias de algún famoso discípulo de Lavatter. Dice así :

« Las uñas largas y afiladas indican imaginación y poesía, amor á las artes y pereza; largas y aplanadas, juicio, razón y todas las facultades graves del espíritu; anchas y cortas, cóleras y brusquedad, controversia, oposición y obstinación; sonrosadas, virtud, salud, dicha, valor y liberalidad; uñas duras y quebradizas, cólera, crueldad, pendencias, disputas y homicidios; encorvadas en forma de garfios, hipocresía y ruindad; blandas, debilidad de cuerpo y de espíritu; uñas cortas y roídas hasta la carne viva, tontería y libertinaje. »

Quiere decir que para conocer á un hombre no hay más que mirarle las uñas; sobre todo para dar con su carácter; la inteligencia se le conoce á cualquiera

con un cuarto de hora de conversación, mientras que los sentimientos son muy difíciles de ser conocidos, desde que el mundo está lleno de aquellos que tienen uñas de gato y cara de beato.

Todos tienen en la uña aquella máxima de Sócrates : « Conócete á tí mismo ». A estas palabras agregó Cicerón : *non statuam, non figuram;* pero sí las uñas, puede decir el autor del párrafo copiado. Gracias sean dadas á Dios, ya uno puede, no sólo conocer á los prójimos de una sola mirada, sino conocerse á sí mismo, que es lo que todos los filósofos han creído poco menos que imposible.

Hase observado que los pavos comunes, cuando están esponjados, echando el airoso pecho hacia adelante sobre el que cae el encendido moco; cuando se contonea en el corral, golpeando el suelo con la punta de las alas y dando cierto gruñido que en su idioma querrá decir: aquí soy yo el rey!, cuando está así, decimos, y llega á verse las patas, en el acto se desesponja; pues así cuando algún hombre pretende ser algo distinto de lo que es, y luego se mira cualquiera de las uñas, le sucederá lo que al ave de corral.

Volviendo al párrafo copiado y para terminar, admiremos la sabiduría de la naturaleza.

Sabido es que los artistas, sobre todo los malos, son generalmente pobres, pues al darles uñas largas,

ha sido para que se las comieran y quedasen ahitos. Asímismo al adornar con luengas uñas á los perezosos, ha tenido el laudable fin de que sin trabajar puedan llevarlas muy lejos y salir de apuros y.... como ladrones es verdad, pero esto es *pecata minuta* para un perezoso.

Hacer que los pendencieros tengan uñas quebradizas, es en obsequio de ciertas mujeres que lo primero que tienen á las manos son las uñas; porque éstas al batirse á arañazos, se les quiebran pronto las armas, sobreviene la calma y se firma la paz.

Sobre todo, eso de que los libertinos han de tener uñas roídas hasta la carne viva, es lo más sabio; hasta dónde no han de tratar de roer los libertinos, sino hasta la carne viva?

No hemos de concluir sin recordar una ventaja más de las uñas, y para nosotros, la más preciosa, y es que sin ellas no habrá en el mundo ni un solo amigo de uña y carne.

LA PRIMA ALGODÓN

Cualquiera dirá que ésta es alguna sustancia textil, como el capullo del gusano de seda ó el vellón de la oveja, que, bien lavado, queda casi tan blanco y fino como el algodón; pero no se trata aquí de semejantes afinidades, sino de la prima que la Comisión de industria del Congreso quiso conceder á los cultivadores de aquella planta.

Bulliciosa estuvo la prima, puesto que dió mucho que hablar á los Diputados, sobre todo en la última discusión del proyecto; pero á la tercera, fué echada á rodar la desgraciada, con disgusto de los miembros de la comisión que se habían metido en un algodonal, mejor dicho, en un berenjenal.

En materia de primas, yo estoy por todas las que me den, así como tengo tirria á los primos que

gozan de la merecida fama de ser una verdadera calamidad en los noviazgos y aun en los matrimonios.

Entre las divisiones del día artificial, hechas por los romanos, me gusta la prima, ó sea las primeras horas del día.

Si fuera hombre de sable, me agradaría estar de guardia en las horas que forman lo que en la Milicia se llama prima para los centinelas.

Si tuviera la dicha de ser canónigo, es seguro que no se me pegarían, como á los otros, las sábanas de lino en el cuerpo, y que rezaría prima, con más devoción que *laudes* y las otras horas canónicas que se rezan por la tarde.

De ser rasca tripas en alguna guitarra, tendría marcada preferencia por la prima que es la primera en el orden, aunque no niego que también es la primera en arrancarse, en virtud de que en esta vida, todas las cosas se arrancan por la parte más débil.

Pero la más sabrosa de las primas, en el premio que conceden los Gobiernos á los que toman á su cargo alguna empresa de utilidad pública; prima que es miel sobre hojuelas si la empresa es particular disfrazada con el carácter de pública, cosa que yo he visto, tú has visto, él ha visto, nosotros hemos visto, vosotros habéis visto y ellos han visto, como diría el alemán conjugador.

Una prima de esta clase es mejor que una bendición episcopal, y vale infinitamente más que la prima de los germanos, pues éstos llaman prima la camisa; y una buena ganga como la apuntada es no sólo camisa, sino pantalones, chaleco con reloj de oro en el bolsillo, levita, joyas preciosas, coche con buen tronco de caballos, casa propia, fincas rurales, dinero en el banco, consideraciones sociales, en fin la mar y sus arenas.

Costa-Rica, según malas lenguas, ha sido la tierra clásica de las grandes primas; y digo grandes, porque eran parientes de gente grande... y no faltará algún lector que conozca más de un ricacho, para quien dichas primas fueron hermanas, esposas y hasta padre y madre; aunque en cambio las mismas hayan sido cuñadas, suegras y madrastras para la pobre Nación.

Volviendo á la prima del algodón, que se había fijado en cinco pesos por quintal, unos estaban por ella para estimular la industria fabril del país que ya tiene dos telares, que podían consumir dicho producto, exportándose el sobrante; otros querían que la prima tuviera un tipo más bajo, cuando si algo desea uno es que sus primititas tengan tipo aristocrático y distinguido; éstos opinaban porque la prima fuera un lote de tierras baldías; aquellos porque no debía ser gorda, sino flaca y hasta se

llegó á decir que era peligrosa, seguramente para quien entrara en chicoleos con ella.

Quizás habría dado en el clavo quien hubiera exclamado en los momentos de la discusión : tranquilizaos, Señores Diputados, que no llegará á pagarse la prima, porque no habrá quien cultive todavía el algodón, pues ya se ha probado plenamente que le lleva Pateta al que, entre nosotros, emprende en esta labor que es una buena pejiguera.

El hecho es que la prima que según unos debía estar entre algodones, y según otros ser abandonada, fué realmente desechada por la mayoría del Congreso ; y á buena hora, porque si dura más la discusión la barra habría tenido que ponerse algodón en los oidos ó tomar el portante.

Y VA DE MÚSICA

Alfredo de Musset dijo en unos lindos versos que la Malibrán era « la hija del dolor y la armonía » ; pues yo digo en fea y mala prosa : que los músicos de la banda militar en nuestros países, son los hijos de la armonía y de los sufrimientos, razón por la cual los quiero y compadezco más que Musset á la Malibrán, así como les tengo inquina á los que hacen con ellos lo que el infame marido con aquella célebre cantatriz . . . .

Infeliz estrella la del hombre que nace con vocación y embocadura para músico de una banda militar!

Si yo fuera uno de ellos, erraría intencionalmente mi vocación ; pues antes que ser músico, sería cualquier otra cosa, por ejemplo, excavador de minas,

aereonauta, cobrador de contribuciones, agente de policía, demandadero y hasta maestro de escuela de algún pueblo de los nuestros.

Aunque un cuartel no es como el cielo, ni mucho menos, tiene sus coros: ahí está el de las dominaciones y potestades que lo forman los que se hallan en la gradería ascendente, desde el cabo hasta el primer jefe del batallón; y allí está también otro coro, el más simpático de todos, el de los mártires, que lo componen, de una manera exclusiva, los músicos de la banda.

Convengo que cuando haya guerra, vaya la banda marcial á la cabeza del ejército, para comunicar valor á los cobardes y más brío á los valientes; convengo también en que durante el tiempo de la paz sea ocupada en todo lo relativo al servicio, pero no convengo en que la banda sea llevada á todas partes como palito de barquillero, que es lo que sucede entre nosotros.

Hay que enterrar el cadáver del capitán Don Perico de los Palotes, pues la banda debe tener cera en el entierro é ir atrás del muerto sopla y más sopla, hasta llegar al cementerio.

Se bautiza el hijo del zapatero, del General tal ó del Ministro cual, la banda va á tocar en la iglesia, donde se hace cristiano al niño.

Es el cumpleaños de la novia del Licenciado Juan

de las Viñas, la banda está ahí para dar la serenata de la víspera y la del día del Santo ó Santa del adorado tormento que le lleva á mal andar al señor Licenciado.

Llega la fecha del sorteo de una lotería, pues ¡música, maestros! y la banda tiene que sacarse el premio gordo y tocar dianas por cada número premiado y polcas, mazurcas, schotish, pasos dobles, marchas y trozos de ópera, en los intermedios y después de ellos.

Hay función de títeres, volatínes, del burro sabio, de la osa que baila en dos patas, del cerdo que juega al dominó ó de la mona que, como político, hace piruetas en la cuerda floja, pues necesariamente tienen que estar ahí los infelices músicos de la banda, para tocar cada vez que el payaso lo ordene, y que se luzcan los *artistas* y aplaudan los espectadores que no dejan de ser también aficionados al *arte*.

Llega el terrible mes de las fiestas cívicas y no hay escapatoria, la banda hace su agostillo en los largos y mortales días en que tiene que ir detrás de las mojigangas, alegrar el bárbaro juego de los toros y dar retretas al Presidente de la República ó al Gobernador de la Provincia.

Pero todas estas molestias son nonadas para los sufridos músicos, en comparación de lo que trabajan en los almuerzos ó comidas de mantel largo.

Mientras los convidados y no convidados al festín comen y desocupan botellas, los músicos tienen que soplar y producir armonías, que casi equivale á soplar y hacer nuevas botellas...

Si los fondistas fueran más justos, deberían poner en lo que se llama *menu*, las piezas de música que acompaña á cada plato, por ejemplo Benedictis podría hacer uno por el estilo :

Sopa de ostiones con « Lucía de Lamermour. »

Pastelitos con menudillos y « El último pensamiento de Weber. »

Cordero con salsa blanca y « el duo de la Norma. »

Chuletas de cerdo con guisantes y « Guillermo Tell. »

Salmón con salsa tártara y la « Marcha de Atila. »

Ternera asada con el « Trovador », etc., etc. y etc.

A la hora de los postres, que es la del champagne y los brindis, los músicos tienen que estar con los instrumentos en la boca y atentos á los aplausos de los convidados, para tocar la consabida diana, antes y después del parto, es decir del bríndis, diana que en muchos casos vale por una silba, pero tan disimulada que le deja orondo y satisfecho al orador.

En cuanto á los bríndis, los músicos, lo mismo que este su buen amigo, querrían que se invirtiera el orden, y que en vez de ser á la hora de los postres, se pronunciaran antes de la sopa ; porque así, no

habiendo comido ni bebido mucho los oradores, no se prolongarían los almuerzos hasta las cinco de la tarde ni las comidas hasta las doce de la noche.

Y sucede á veces que aunque hayan concluído las dianas, es decir los brindis, y se haya acabado el entusiasmo, es decir las botellas, los cuitados músicos no descansan; porque se le antoja á algún convidado, de los magnates, se entiende, seguir la *parranda*, y viene el baile y revive el entusiasmo de los *comensales* y *bebensales* y los señores se divierten y los músicos echan los bofes.

Si, pues, la banda militar sale hoy para los entierros, los bateos, las serenatas, los espectáculos públicos, los sorteos de la lotería, los patines, las fiestas cívicas, las meriendas de los caballeros particulares; mañana es posible que salga también detrás de los carros que riegan las calles y cargan con la basura de las casas; y que á la vuelta de pocos días, vayan los pobres artistas al hospital con los pulmones deshechos, y después al cementerio, que es el único lugar donde pueden descansar á su gusto.

Conclusión ingenua. Yo que critico que los músicos de la banda salgan para dar serenatas, no llevaría á mal que me dieran una, como pública manifestación de que opinan conmigo en todo lo que se dice en este articulejo.

EL REY DE COPAS

Los naturalistas han asegurado que el hombre es un animal omnívoro; así será pero yo conozco á más de uno que es la excepción de la regla. Este tipo que lo llamaré el Rey de copas no ha llegado por ejemplo á comer pedernales, á pesar de su afición á todo lo que produce CHISPAS.

Sí, no come de todo, pero bebe cuanto le llega al embudo, es decir á la boca.

Este hijo legítimo del tallo de la caña y de la señora Vid, nació al mundo, no para vivir, sino para beber.

Es el hombre de los grandes sorbos y de los buenos tragos, cuya historia con el andar de los siglos, ha de llegar á perderse en la oscuridad de las bodegas; para este insigne potista no hay invento más

prodigioso, ni más Dios ni Santa María que el alambique; así como no hay personaje más ilustre que el gran bebedor Atila, ni mayor bandido que Domiciano, quien mandó arrancar las vides de la Galia.

Especie de arenal, chupa con avidez desde el agua de cepas hasta el alcohol; tônel viviente como el de las Danaidas, nunca se llena; cuba humana que jamás está vacía; envase de carne y huesos en que fermentan mezclados el vino, la cerveza, el coñac, la ginebra y el ron.

Cuando los achaques de la edad y del vicio paralicen sus miembros, bien puede no mover ni los párpados, pero siempre estará expedito para empinar el codo.

El Rey de copas se bebe los aires por asistir á toda reunión de TOMISTAS, donde hay botellas ahí está para formar un saraguete y si puede convertirlo en una bacanal. Varrón decía que el número de convidados en un festín debe, por lo mneos igualar al de las Gracias y no pasar del de las Musas; mi héroe de los tragos no para mientes en semejantes niñerías, y en cualquier banquete de cascabel gordo bebe lo mismo en amor y compaña de tres Maritornes y nueve arpías, que en una junta de doscientas.

Cuando está con la copa en la mano se halla en el apogeo de su gloria y á fe que lo está tan amenudo que si el fondo del vaso fuera una lente de aumento,

ningún astrónomo del mundo le ganaría en observar los cielos y las estrellas aun á medio día.

Se cura de todas las dolencias con el método hidropático sabiamente corregido y aumentado por él; instintivamente y cuando está á duerme y vela para cualquier achaque, llama á la curandera que es la botella, se da un bañito interior y santas pascuas!

Si, merced á la posición de la luna, son demasiado fuertes las mareas del líquido candente que se agita en el túnel de su estómago, hecha por el atajo, y diciendo con el personaje de Virgilio : *motos prestat componere fluctus*, calma el mar « con tres tragos y otros tres » de ron ó de lo que quiera, y á nadar peces!

Si está acorchado de frío, el remedio es fácil, una media docena de sorbos de *vieux cognac* servido en el as de copas y queda incorporado y en estado de cantar :

« Ande yo caliente
y ríase la gente ».

Si se caen las pajarillas y siente calor, se diríge hacia la señora de sus pensamientos, y diciéndole :

« Cien veces ciento
Mil veces mil
Más besos dame
Jarra gentil
Hasta que agote
Todo el barril »

clava los labios en la boca de la jarra del campechano *guaro* y se duerme y luego despierta más fresco que una lechuga.

Pero si el Rey de copas es buen bebedor, es pésimo catador, porque ya no tiene sensibilidad en el paladar, y para él da lo mismo una cántara de ácido sulfúrico ó de plomo derretido que una copa de Chateau Iquen, de Lacrima Christi ó de Valdepeñas añejo: bebe todo con igual gusto, bebe sin arte, bebe por beber.

El agua pura es su mayor enemigo. Dice que los sabios enseñan que en ella se crian ranas y que el diluvio está probando que no se puede tomar agua sino por castigo de Dios.

Un donoso escritor español, despúes de afirmar que el agua nos sostiene, pero que el vino nos enciende, dice que « un hombre que bebe agua es un fósforo apagado. » Juzgando por aquí el Rey de copas es más que fósforo encendido, es una llama de círio pascual, una hoguera de la Inquisición, la columna de fuego de Moisés, el incendio de Roma y de Pentápolis.

Por lo que queda dicho, se saca que cuando la muerte le quite la botella de la mano á éste parroquiano de las trastiendas de los vendedores de licor; cuando saboree el último y supremo trago de su vida y vaya á beberse las calderas de Pero Botero,

si es que allí le dan posada, llorarán su muerte los cañaverales y los viñedos, y se cubrirán de luto los depósitos de Bordeaux, de Jerez, de Tokay, de Borgoña y de Frontignan, inclusive las fabricas de destilación.

El lector puede talvez conocer algún Rey de Copas por el estilo; por lo que á mí respecta he pintado ligeramente un tipo, cuyo original no es difícil que exista aquí y en cualquier otro lugar.

LOS DOS SISTEMAS

De las antiguas medidas de longitud, capacidad, peso, moneda, superficie y volumen no nos queda sino el recuerdo y una de sus hermanas que las ha sobrevivido: la medida de tiempo que hasta hoy no ha sido reemplazada por otra; gracias á la inconmensurabilidad que existe entre el año y el día unidades naturales del tiempo; de lo contrario esta vieja no seguiría contando por siglos, años, meses, semanas, días, horas, minutos y segundos, sino por algo parecido al sistema decimal.

El sistema antiguo ha sido muerto entre nosotros por la ley; pero en su lugar está en las regiones oficiales el Sistema métrico-decimal: ojalá todas las leyes fueran así, y que cuando á uno le quitaran algo, le repusieran con una cosa igual ó mejor.

Supongo que la ley tiene su respectiva sanción, y para que los lectores de « La Escoba » no incurran en las penas señaladas, debo hacer algunas advertencias utiles, á buena hora que son *estúpidos*, como dijo el « Diario de Costa-Rica », y entre nos debemos entendernos y echar un parrafillo sobre la materia.

Siempre se ha dicho « ver una cosa á cien leguas », es decir desde muy lejos ; tener un asunto « su legua de mal camino », para indicar que tiene sus dificultades ; mas hoy no se puede hablar así ; porque ya no hay leguas sino kilómetros, pues 5 de éstos y un poquito más forman una. Ahora hablar de las *leguas del Cacho*, sería un delito que merecería la cárcel, desde que no existen ni las españolas ; aunque en verdad yo opino que debía conservarse el nombre por lo largas, incómodas y abrumadoras que son las leguas del Cacho, sin duda porque son homónimas del partido político de Nicaragua que lleva el mismo glorioso dictado.

Suprimida la *vara*, ninguno que quiera desquitarse de la mala acción de un perverso, puede decir : « con la vara que mides serás medido », sino : « con el metro que mides serás medido », lo cual es mejor, porque al medirle á uno, verbigracia las costillas, es bueno que sea con una medida más larga que la vara, á no ser que ésta sea de las que usan, para comprar, ciertos mercaderes de ésos que pueden ser

incluídos en el adagio que reza : « En cojera de perro y vara de mercader, no hay que creer. »

La disposición legal tiene algo de malo para los señores militares y es, que en una batalla ya no pueden ganar terreno *palmo á palmo*, sino milímetro á milímetro, lo que aumenta las fatigas y las dificultades ; pero en virtud de la ley de las compensaciones, no pueden retroceder ni una *pulgada*, pero ni una *línea*, porque no existen estas divisiones. Aquí debo agregar que llegada la hora del sálvese quien pueda, y si hay que retroceder podrán hacerlo por decámetros, hectómetros y kilómetros, según la agilidad de las piernas y la prudencia del ánimo de quien se retira honrosamente del campo.

Antes, cuando se quería hablar de un zoquete sin pizca de juicio, decían : no tiene ni dos *dedos* de frente, hoy pagaría la multa quien dijese lo mismo, no por la injuria, sino porque tampoco tienen razón de ser los 16 *dedos* de que se componía un pie ; cuando más hay los cinco del pie natural que nada tienen que ver con los 3 de que constaba la vara ; de manera que para negarle el juicio á un hombre se dirá que no tiene ni dos milímetros de frente.

Por lo mismo que los *pies* se fueron, los muertos no necesitan de los 7 pies de tierra, sino de dos metros y unos cuantos centímetros ; con esta variación nada se ha perdido ni ganado tampoco, pues

lo único bueno a este respecto sería que se descubriera un sistema para no necesitar de agujeros de ningún tamaño en el cementerio general.

Antes de que empezara á regir la ley de que he hablado, cuando un Presidente quería provocar una crisis ministerial, ó un novio dar calabazas á la novia, no había más que dejarles con una ó dos *cuartas* de nariz ; ahora ni dichas personas ni nadie puede hacer lo mismo, pues según el sistema decimal, hay que dejarle al individuo desairado con una nariz de un metro ó de cualquiera de sus múltiplos, con la seguridad de que queda mejor que Ovidio, que según el poeta ; « érase un hombre á una nariz pegado ».

Iguales ó parecidas advertencias podría hacer respecto de las otras medidas ; pero prefiero antes observar cómo se pone en práctica el nuevo sistema, para que mis consejos sean fundados en la experiencia.

Dicen los que entienden de la materia, que se adoptaron palabras griegas y latinas para la nomenclatura del sistema métrico-decimal, con el objeto de que fuese invariable y pudiese ser admitida en todas partes : ya nosotros la tenemos, pues, lo único que falta es que desde el principio la acepten de buen grado ciertas gentes como las del campo, cosa que dudo, cabalmente porque las voces son

tomadas del griego y del latín y porque la rutina puede mucho.

¡Qué de escenas se han presentado ya en los primeros días, en la plaza del Mercado, en las tiendas de comercio, en los talleres, en las taquillas y en todas partes!

Una Señorona, de esas divinidades cuyo tronco solamente pesa un quintal (quiero decir, 46,00093 kilogramos) tuvo acalorados dimes y diretes con un platero; porque éste le aseguraba que el oro de las alhajas ascendía á un hectogramo, dos decagramos y ella juzgaba que había gato encerrado en no hablarle de onzas, adarmes y tomines.

Una costurera entabló demanda contra el dueño de una tienda de comercio; porque el dependiente, en vez de darle 14 metros de género, le dió 14 varas; el sujeto aseguró que lo había hecho en fuerza de la costumbre; lo que creo sin dificultad; pues también yo en el párrafo anterior iba nombrando la palabra quintal, sin ánimo de faltar á la ley ni á la señora.

El administrador de una finca de Santa Clara no pudo conseguir que un mozo del Mercado le vendiese unos 5.558 decalitros de frijoles, y se fué de la plaza sin atreverse á pronunciar la voz *fanega*, mucho menos la palabra *cajuelas*, dando así un ejemplo de obediencia á la ley, y contribuyendo quizá á que los

trabajadores de la finca protesten contra el sistema métrico.

Por una botella de vino, que el cantinero juraba que contenía un litro y unos cuantos decílitros, y el comprador decía que ése era un robo en poblado y una iniquidad, iba á verificarse un duelo á muerte, que á tiempo impidió la autoridad de Policía, que en estos días anda pesquisando duelos.

Un sirviente doméstico fué á comprar en una Botica un grano de morfina; el dependiente creyó que nadie, sin faltar á la ley, podía recurrir á una medida de peso del sistema antiguo, y en vez de un *grano* despachó un *gramo*, con el cual fué también despachado el enfermo, víctima de una inocente y acertada ley y de la ciega obediencia á ella de un aprendiz de boticario que, con el tiempo, promete ser otro Doctor Tumbavivos.

Otros ejemplos manifiestan que va reformándose el sistema métrico-decimal, pues no ha faltado ganapán que trate de beber un *vasogramo* de la chicha de Zacarías, ni cocinera que tratara de comprar un *racímetro* de plátanos.

El remedio para evitar otros casos *verídicos* como los anteriores, es comprar « Las Tablas de Equivalencias » por Manuel Antonio Quirós.

LOS BENDITOS

Desde que veo bendecir los objetos, tengo desconfianza de ellos; porque mucho de malo deben de tener cuando los bendicen, según se ha dicho del agua; y además por experiencia sé que á menudo estas bendiciones llevan aparejadas consigo algo que hace de menos valer á las cosas sino las vuelve del todo insignificantes.

Ya que he mentado el agua, todos convendrán en que es un elemento de vida indispensable y de suma importancia; pero la bendice el cura y queda en estado de no poder ser bebida ni por Tántalo, y de la cual hasta el diablo, con ser quien es, se espanta y huye precipitadamente, éso cuando no revienta, lo que es probado. El pan, quién no lo apetece y lo busca y lo compra y lo come; pero se le ocurre á la

Iglesia bendecirlo el día de Santa Teresa, y nadie lo compra; de manera que los sacristanes tienen que repartirlo gratis á las pocas personas que lo reciben para guardarlo, sobre todo si hay niños en la casa; porque dicho pan bendito, no es siquiera cocido, y si es verdad que el que lo come con devoción queda perdonado de los pecados veniales, también es cierto que puede contraer una seria y mortal indigestión.

Una cera apagada me parece que es la más inservible de las ceras que uno puede tener; pues la cera bendita es una de ésas, porque no arde sino un momento, cuando le ponen en la mano de un moribundo, que no está para ver luces ni ellas son capaces de alumbrar las sombras de la muerte que le envuelven; de manera que la cera de bien morir representa un capital improductivo y es como los bienes de manos muertas ó poco menos; eso sí cuando el que la tiene cierra los ojos, queda bien muerto, lo que también es probado.

Las palmas, mientras no se las bendice el Domingo de Ramos, están gallardeando con su elegancia en la montaña y sirviendo allí de laúd para que el viento juegue con ellas y produzca esas armonías de que tanto hablan los poetas; pero se las corta, se las bendice y van á los rincones de las casas para cubrirse de polvo y de telarañas y luego ser echadas al fuego cuando truena y relampaguea, porque dicen

que el humo ahuyenta la tormenta, cosa que no me atrevo á asegurar porque nunca he hecho la experiencia.

En el grave asunto *científico* de si las palmas benditas libran una casa de los estragos del rayo, parece que no están de acuerdo los doctores; y creo así, porque he histo en las torres de las iglesias, que son las casas de Dios, en vez de palmas las barras metálicas que los físicos llaman para-rayos.

A propósito de ésto, aquí voy á traer ante los buenos creyentes, en cuyo número me cuento, á Mr. Camilo Flammarión, y sin que le valga su fama ni su ciencia, le he de presentar, como cierto caballero presentó á otro, en unas juntas, con un escudo cuya letra decía :

Aquí traigo al que ha de ser,
Según son sus disparates,
Príncipe de los Orates.

Siendo uno de los disparates más gordos del astrónomo francés el decir que al segundo día en que se bendijo cierto campo donde había muchas ratas, se aumentó extraordinariamente el número de estos roedores que por su puesto dieron buena cuenta con la cosecha.

Pesía á mí! si yo creo en esta afirmación impía, pues convengo en que las cosas benditas pierden su

antiguo valor y que todas ellas forman una morrondanga, pero no en que se vuelvan perjudiciales; y esto lo creo á pesar de ejemplos en contrario; pues no ha mucho el Papa León XIII bendijo el banco « L'Unión generale » y en seguida quebró aquel establecimiento, y yo mismo presencié á ojos vistas en Panamá que el sabio, santo é ilustre Obispo Sr. Paul bendijo una mina cargada de toneladas de dinamita que iba á inflamarse y hacer volar un monterillo, en el trayecto del Canal, y que ni con la mecha ordinaria ni con la chispa eléctrica pudo inflamarse el combustible una vez bendito, perjudicando de este modo á los trabajadores que pasaron el tiempo sin lograr su objeto.

Dejando las cosas y pasando á los hombres digo, que si me hicieran escoger entre ser bendito ó maldito, de mil amores me quedaría á lo segundo; porque es corriente y moliente que en la práctica de la vida, el pobrecito á quien se le aplica el infausto calificativo de *bendito*, no merece comer en manteles y es indigno hasta de los Sacramentos.

Conozco á Dn. Publio Cornelio, que es un casado que sin ser rey ni siquiera roque, llegó á coronarse de... laureles, por sus merecimientos como buen esposo, pues todos dicen en coro y por separado que ésto poco monta, porque Dn. Cornelio es un bendito.

Conozco también á D. Cándido : ocupando una posición regular por su dinero, sus parientes y comprovincianos lo proclamaron candidato para la Legislatura ordinaria, triunfó á pesar de que no estaba en la lista ministerial, en virtud de la libertad de sufragio, que es un hecho positivo en nuestros países; pero cuando el Ministro supo la elección, alzó los hombros ligeramente, puso cara de hazteallá y exclamó : no importa, D. Cándido es un bendito!

Recuerdo de un Sr. Dn. Servilio que llegó á ponerse en pinganitos y subió al Ministerio : allí recibía el pienso para no pensar, daba acuerdos acordados por el Presidente, firmaba como en barbecho, era la sustancia blanda del personal gubernativo, y nadie lo extrañaba porque Don Servilio era un *beatus vir* y un bendito!

El lector puede haber conocido, como yo, á algún Dn. Inocente, ciudadano muy amable que cabía en todas las manos; firmaba los remitidos virulentos de los periódicos que debían ser acusados; servía de recadero y llevaba billetes amorosos á las muchachas que tenían padres que eran unos verdaderos tigres, y se prestaba gustoso para ser el abanderado de todas las causas perdidas; y el día que por su amabilidad algunos moscateles le sacudían el polvo de las costillas con gentiles garrotes dejándole más molido que la sal del taller, nadie sacaba la cara

por el desgraciado, ni siquiera le compadecían, en razón de que Dn. Inocente era un bendito de Dios. Y por este orden hay otros benditos de la misma fábrica, marca y contramarca.

De suerte que al tratarse de bendiciones, paso por todas, desde la que antaño daban los padres á los hijos, hasta las que hogaño dan los Padres de confesión á sus hijos espirituales; pero no convengo con las de la sociedad que al bendecir á un hombre, le deja peor que un retablo de duelos y un cuadro de las benditas almas del purgatorio.

Nota bene, lector, que no me pronuncio contra todas las bendiciones : hay una que me vendría de perlas finas.

Cuéntase que cuando Franklin recibió en París la visita del Patriarca de Ferney, le presentó el sabio americano á su hijo menor y le pidió que le bendijera : « God and Liberty » (Dios y Libertad) dijo Voltaire, levantando las manos hacia la cabeza del joven; hé aquí la única bendición que conviene al hijo de Franklin. »

¿Será una bendición semejante á esta que dió el ilustre octogenario al joven americano?

Quia! la única que deseo es la bendición del Papa que « es la bendición de Dios », como dijo García Moreno.

Qué mejor gollería había de querer!!

EL POETA CÉLEBRE

Hace cuatro noches que en la tienda llamada de los Asturianos y tan conocida entre nosotros, un grupo de artesanos y trabajadores braceros formaban corro á un hijo del pueblo que rasgueaba con habilidad la guitarra, acompañando al canto que todos oían en silencio y de pie. Esta armonía popular escuchada de paso por cuantos á esa hora transitábamos por allí, motiva las presentes líneas.

En casi todas las naciones existe un poeta que ha expresado en versos sencillos los vuelos de su fantasía y los sentimientos del corazón humano, este poeta inspirado es el pueblo, bardo infortunado que, aun en nuestros países que se llaman pomposamente democráticos, recorre su camino recogiendo coronas, no de gloria sino de martirio, general-

mente despreciado por los grandes y encadenado por los tiranos; pero siempre llevando consigo su lira; porque sus opresores pueden quitarle la libertad del cuerpo, mas no la inspiración y los afectos del alma.

Muy raro es el país que está desprovisto de cantos populares, y quienes han estudiado este punto demuestran palmariamente la verdad, poniéndonos á la vista desde las dulcísimas baladas de la antigua Grecia, que revelan que la imaginación de sus hijos era tan despejada como su cielo y tan limpia como las ondas de sus mares, hasta los cánticos del habitante del Norte de Europa, cánticos de cierta inspiración vaga que participan de las brumas de su horizonte patrio y de la escarcha que cae sobre el suelo donde se levantan sus hogares.

Se ha dicho que el hijo del pueblo tiene necesidad instintiva de cantar, como el ave; y lo mismo el pobre negro en medio de sus eternos y ardientes arenales, como el habitante del polo entre las nieves perpetuas que le rodean; lo mismo el morador de un pueblo inculto, como el de un civilizado, manifiestan claramente que no carecen de la facultad poética.

Nuestra América no es, por lo mismo, una excepción; y ni podría serlo, si en las venas de sus hijos circulan gotas de sangre de los de aquella noble

nación que poseyendo el idioma más rico y armonioso del mundo, ha producido, á este respecto, bellezas de primer orden y acaso sin rivales en los fastos de la historia ; sí, los hijos del pueblo de la América Latina llevan consigo una lira que ha inmortalizado sus cantares : su musa tierna y patética, unas veces, nos ha regalado con estrofas llenas de dulzura y de cierta languidez propia del abatimiento ; entusiasta y juguetona, otras, ha hecho que chacotee el corazón, con sus aires rebosantes de alegría ; supersticiosa y ligera en algunas ocasiones, ha cantado creencias misteriosas y visiones de la otra vida ; y no pocas veces, animada del espíritu de la libertad, ha logrado hacer que hiervan de entusiasmo las masas y excitado el valor contra los opresores de la patria.

Algunos países de la América Española hemos recorrido, y logrado conocer, más ó menos, de lo que son capaces los hijos del pueblo con su viveza de ingenio, su palabra fácil, y su brillantez de imaginación, para pintar todas las pasiones con una variedad infinita de colores, una vez que están acompañados de la agradable y popular guitarra.

Detenerse en media calle y poner cuidado á esa manera de improvisar cuartetas llenas de gracia y de donaire, es gozar con la poesía sencillísima y á veces profunda que domina en las canciones popu-

lares; poesias que, por cierto, no hay que juzgarlas aplicándolas un estricto análisis literario; porque, como un célebre autor ha dicho, « son alas de mariposa imposibles de manejar sin que se ajen, son florecillas del bosque que sucumben en el jardín y que con el simple contacto pierden su frescura, son diamantes que en el crisol se evaporan. »

Bien quisiéramos aquí sacar á la luz un manojo de esas florecillas del pueblo costa-ricense, ya que el canto de uno de sus hijos nos ha dado tema para escribir estos renglones; pero no las conocemos; mas todavía, creemos que no existen, y que este pueblo, aunque tiene raras aptitudes para la música y aun el canto, no posée, como otros, esa facilidad para expresar los sentimientos del corazón y los caprichos de la fantasía por medio de la rima.

Veamos ligeramente, y según nos ayuden nuestros recuerdos, algo de la musa popular de algunas de las naciones hispano-americanas, que en varios casos iguala á la de la madre España.

Si pedimos á un hijo del pueblo, enamorado, la definición del amor, nos la dará diciendo:

El amor es un fuego
Tan devorante,
Que si encuentra murallas
Pasa adelante.

Sí acometido por este fuego devorador que salva todos los obstáculos que se le oponen, da un paso en la senda que empieza á recorrer, y al fin la pasión se arraiga en su alma, entonces lanza este grito de enamorado :

De mi casa á la tuya
No hay más que un paso,
Por encima de todos
Dame un abrazo.

Si alguien le habla de la intensidad de su pasión, dice :

Mucho quiero á San Francisco
Porque tiene cinco llagas,
Pero más quiero á mi Chica
Porque Francisca se llama.

Cuarteta expresiva que nos recuerda aquella del pueblo español :

Te quiero más que á mi vida,
Más que á mi padre y mi madre,
Y, si no fuera pecado,
Más que á la Virgen del Carmen.

Hase dicho que el amor es como la luna, que cuando no crece, mengua ; suponiendo que el de nuestro poeta popular se aumenta, la primera galantería que le dirige á su adorada es decirle :

A los ángeles del cielo
Les he mandado á pedir
Una pluma de sus alas
Para poderte escribir.

Hipérbole propia del hombre del pueblo que ama, y cuyo estado es para hallar en todo un incentivo de la pasión y para que todo vaya á herirle suavemente en el corazón ; de ahí que el pueblo español canta :

Calcula que seiscientas
son tus pestañas,
cada pestaña negra
es una espada.
Cuando las mueves,
con seiscientas espadas
niña, me hieres.

O bien la siguiente estrofa :

De tus ardientes ojos
tras las pestañas
hay rayos de luz negra
que muerte lanzan.
Cruja el incendio
y en él chisporrotée
roto mi cuerpo.

Ahora, bien, imaginémonos un desencanto en el enamorado á quien se le trata con desdén ; cantará entonces :

El azucar en el agua
A mi amada se parece,
Si la dejo se desagua,
Si la toco se endurece.

Y si cada día se aumentan los desengaños y llega á persuadirse de que no es correspondido, exclama :

Cuando doblen las campanas
No preguntes quièn murió ;
Supuesto que no me amas
Quién ha de ser sino yo.

éso cuando no estalla la tempestad y dice :

Algún día llorarás
Por quien te supo querer,
Pero nada has de poder
Porque ajeno me hallarás...

sentida conminación que trae á la memoria aquellas palabras de la amante de Eneas :

... *et nomine Dido*
sæpe vocaturum...

Y por último terminará el despechado amante, afirmando que :

Poner amor en mujer
Es escribir en el agua,
Guardar nieve en una fragua
O en la mar un alfiler.

*
* *

Pero no sólo el amor es el objeto de los cantares del pueblo, también la tristeza pulsa á veces su laúd; hé aquí una manifestación natural de sus pesares :

Hombre soy que en este mundo
Gusto cabal no he tenido,
Apenas conozco un bien
Cuando lo lloro perdido.

A veces filosofa á su manera, vuélvese sentencioso y da pruebas de que sabe aprovecharse de las lecciones de la experiencia ; por ejemplo :

De la guayaba madura
No se come la pepita,
El hombre que fuese pobre
No busque mujer bonita.

Quien no previene su daño
Ni sus peligros advierte,
Al golpe de un desengaño
Razón será que despierte.

*
* *

Por fin en sus elogios y en sus críticas, la musa popular se muestra siempre con donaire y á veces con cierto picaresco ingenio : aquí están estas muestras :

Del cogollo de la palma
Nacieron las Isabeles,
Delgaditas de cintura
Y de corazón alegres.

Echa verso y echa verso,
El verso del aguardiente
Que á los mudos hace hablar
Y al que es cobarde, valiente.

Las mujeres son el Diablo
Parientes de Lucifer,
Se visten por la cabeza,
Se desnudan por los pies.

No terminaríamos este artículo si continuásemos citando. Con lo dicho basta para manifestar que el pueblo es un poeta sin pretensiones de tal; que sus cantares reflejan la índole de la nación y que en sus sencillas producciones hay muchas veces más unidad entre el sentimiento y la expresión y más poesía que en muchas de las obras de los que, entre nosotros, se venden por poetas y atormentan al público, llenando las columnas de los periódicos con una prosa mal rimada é insoportable.

ÍNDICE

PARÍS — IMPRENTA DE LA VDA DE CH. BOURET



